

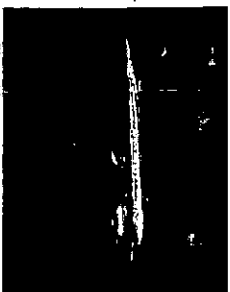
Villa

Luis Gusmán

Villa | Luis Gusmán



novela  edhasa



Cuando era un joven, y se desempeñaba como "mosca", una especie de cadete-secretario, Villa se definió a sí mismo con precisión: "Donde me daban lugar, me quedaba". Por entonces, a comienzos de la década del sesenta, vivía en Avellaneda y buscaba un cómodo lugar en el mundo.

Lo encontrará unos años después, durante el gobierno de Illia, cuando ingresa a trabajar al Estado, en el área de bienestar social. Un hombre clave en su carrera, Firpo, le dice que con la memoria que tiene debería estudiar medicina. Villa sigue el consejo y se recibe de médico. Sin llegar a ser respetado, sin dejar de ser un "mosca", escala en su repartición. Es diestro en el arte de la ubicuidad, y supone que está al margen de los vaivenes de la época, la primera mitad de la década del sesenta.

Se equivoca. El Ministro de entonces es López Rega, las ambulancias van cargadas de armas, el clima es irrespirable. Villa, una vez más, se acomoda a la situación. Pero la Historia no es inocente, y aquella sentencia, "donde me daban lugar, me quedaba", se vuelve una trampa. Los militares están en el poder, y los médicos al servicio del Estado pueden cumplir funciones que nunca hubieran imaginado.

Novela inolvidable, *Villa* narra la tragedia de un hombre que hasta el final parece ignorar su miserable destino. Es también un relato ejemplar de la Argentina violenta, la del final del gobierno de Isabel Perón y, mucho más aún, la de la dictadura: visa por un amor, por alguien que no guarda recuerdo de las traiciones y concesiones que acumuló en su vida.

ISBN 950-9009-52-0



9 789509 009523

LUIS GUSMÁN

VILLA

Luis Gusmán
Villa - 1a ed. - Buenos Aires : Edhasa, 2006.
v. 1, 264 p. : 14x23 cm. (Edhasa literaria)

ISBN 950-9009-52-0

I. Narrativa Argentina-Novela. I. Título
CDD A863

A mi amigo Luis Chitarroni

Diseño de la cubierta: Pepe Far

Primera edición en Argentina: marzo 2006

© Luis Gusmán, 1995, 2006
© de la presente edición: Edhasa, 2006
Paraguay 824 6° piso, Buenos Aires
info@edhasa.com.ar

Avda. Diagonal, 519-521. 08029 Barcelona
E-mail: info@edhasa.es
http://www.edhasa.es

ISBN: 950-9009-52-0

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright* bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Impreso por Cosmos Offset S.R.L.

Impreso en Argentina

Esa mañana había entrado en su despacho por la puerta privada. Nos dimos cuenta después cuando, como en los viejos tiempos, me llamó por mi nombre para pedirme que le llevara el diario.

—Villa, *La Prensa*.

Era el único en la oficina desde que me había recibido de médico que ni una sola vez me había llamado doctor. Miré el reloj y le dije a su secretaria:

—Como en los viejos tiempos. Firpo, el doctor Firpo, llegó temprano.

Me demoré mirando por la ventana hacia la Plaza. Había una manifestación, había muchas últimamente. Ésta era por los presos políticos. Me corrió un poco de miedo por el cuerpo. La Plaza tan escolar, con la Casa Rosada, la Pirámide, el fuego eterno de la Catedral, súbitamente se comenzaba a llenar de gente, y se volvía desconocida. Probablemente tuviésemos que actuar. Nunca me gustó actuar. Esa mañana era el único médico de guardia, no había otro. Sólo yo y Firpo, el director. Me fui a fijar al panel de instrucciones y verifiqué que el helicóptero y las ambulancias estaban en servicio.

Firpo me volvió a llamar. Entré y comencé a leerle los titulares. Parecía abstraído. En los últimos meses se enteraba de cómo iba el mundo sólo a través de algún diario. Le hice una señal para que se acercara a la ventana. Prefirió preguntarme:

—¿Qué pasa, Villa?

—Hay una manifestación. Por lo que gritan me parece que va a ser violenta.

—¿Qué gritan?

—Piden la cabeza del Ministro.

—Ya lo escuché otras veces. ¿Qué más?

—Nada. Las ambulancias y el helicóptero están en servicio.

—Y los aviones.

—No me fijé. ¿Para qué servirían los aviones?

—Nunca se sabe.

Ya no miraba. Su mirada se había perdido en el paisaje de esa foto familiar que estaba sobre el escritorio y donde aparecía con su mujer y sus hijos: un paisaje selvático que siempre me intrigó hasta que me enteré de que era un tabacal. Una plantación de tabaco en el límite con Paraguay, la plantación de Nobleza Piccardo. “Donde hacen los 43”, me dijo aquella vez, mientras mis ojos se adentraban en la selva interminable donde estaba el misterio de los 43 con filtro. Los 43 fueron mi marca desde la juventud, y fue un 43 el cigarrillo que prendí a la entrada de la morgue la primera vez en mi carrera que vi un cadáver.

Firpo era parte de ese mundo. Y desde que su mujer había muerto, parecía lentamente dejar de serlo. Una mujer con un apellido francés, y con un parentesco con los Piccardo, sostenía el mundo de Firpo que parecía resquebrajarse desde que ella había dejado de estar en él. Ya no dormía bien y tomaba más whisky que de costumbre. Tenía en la cara unas ojeras profundas. Pero hoy parecía haber recuperado su porte. Su elegancia no la perdía nunca. Traje Príncipe de Gales, camisa celeste grisácea casi al tono del traje. Una corbata levemente azul, tan leve como para que se notara el alfiler de corbata. Esa cabeza de caballo reluciente que admiré tantos años. “Tengo el caballo de oro”, solía decir mientras se acariciaba el alfiler de corbata.

Esta vez su manera de detenerse en el alfiler fue casi automática, se notaba que tenía que hacer un esfuerzo para hablar. Me preguntó por lo que sucedía en la Quinta, y para que me diera cuenta de que estaba al tanto de los asuntos del Ministerio, dijo:

—¿Alguna noticia de Olivos?

—Ninguna. Hay un operador en la radio las veinticuatro horas.

—¿Cómo sigue Perón?

—Algunos dicen que es cuestión de horas, otros de días.

—¿Y usted qué dice, Villa? Usted es médico.

Era la primera vez que me trataba como a un médico. Sentí un poco de vértigo y comencé a marearme. Creí que me caía. Le respondí vagamente:

—No sé, doctor. El diagnóstico es confuso. Yo no estuve cuando lo internaron de urgencia en el Cetrángolo. Usted sabe que estaba tratando de conseguir el oxígeno. Era sábado y no había por ningún lado.

—Sí, conozco la cosa, tenía un cuerpo médico permanente al lado y no habían previsto tener tubos de oxígeno. Pero usted, Villa, debería averiguar algo más que las noticias de la radio. Mire si llama el Ministro y me pregunta si hay alguna novedad del estado de Perón.

Su mirada se volvió a perder en el tabacal. Y yo comencé a caminar con él por la plantación. Los dos queríamos perdernos, los dos, por motivos diferentes. Él, porque hacía rato que habían dejado de consultarlo; yo, porque no me habían consultado nunca. Quizá tampoco lo hubiese querido, pero cuando él brillaba, yo brillaba con él. Como esa pequeña cabeza de caballo.

—Trataré de hablar con el jefe de la custodia de Perón.

—Dígame, Villa, qué tiene que ver el jefe de la custodia con un parte médico.

—Ya sabe, doctor, ellos trabajaron con nosotros. Trabajan. Quizá si uno se lo pide como un favor... de manera confidencial. Tal vez puedan...

—Antes prefiero no enterarme. Nunca fui peronista, pero las jerarquías existen. Él es un Presidente y yo un director. Usted sabe que fui médico del sha de Persia y de Charles de Gaulle cuando estuvieron en la Argen-

tina. ¿O cree que esos diplomas al mérito que me otorgaron y que hoy cuelgan de estas paredes están de adorno? Mi mérito no empieza con los diplomas que están ante sus ojos. Viene de antes. Desde el día en que tomé la decisión de casarme con una Piccardo emparentada con los Larreta, gente de campo y tabacales. ¿Sabe lo que es casarse con una Piccardo y que el edecán del Presidente y dos embajadores, el de Francia y el de Paraguay, vengan a la fiesta? Entonces debía tener unos años más que los que usted tenía cuando empezó a trabajar con nosotros. Toda la familia de la novia estaba en la iglesia: Nuestra Señora de las Victorias. Un nombre auspicioso. Me temblaban las piernas. Pero, ¿sabe, Villa?, desde que había jurado como médico sentía una fortaleza interior desconocida. Fue lo que me dio valor para caminar hasta el altar.

Ahora era yo el que miraba la foto y quería escapar por el tabacal. Por la cabeza se me cruzó un 43. No me animaba a prender un cigarrillo en su presencia desde que él había dejado de fumar. Miré el rostro de su mujer. Anita, como la llamaba él. La mirada dulce y segura, la confianza que transmitían sus manos delicadas, una manera de estar en la tierra como si siempre estuviese en la plantación de sus padres. Vi los lunares avanzando por las manos de Firpo. Vi cómo quería disimularlos con esos gemelos brillantes que hacían que uno desviara la mirada hacia ellos, sus manos temblaban un poco. Vi todo eso y yo también me fui del mundo.

Caminaba rumbo al Congreso. Entonces era el cadete de Firpo. Las calles estaban de fiesta porque había llegado el héroe de la Resistencia contra los alemanes. Yo le había pedido a Firpo que me llevara con él. Mi tarea consistiría en cargar su maletín de médico. Recuerdo que me pusieron una credencial que me colgaba del pecho y el corazón me latía de orgullo. Firpo vestía traje de día o traje de noche, según la etiqueta. Todos los otros médicos estaban con guardapolvo blanco.

Fue la primera vez que lo oí hablar en francés. Las palabras brotaban fluidamente de su boca. Le gustaba conversar y conversó largamente con gente de la comitiva que acompañaba a De Gaulle. Ese era el trabajo que más le gustaba hacer. Contar anécdotas banales y apropiadas. Hablar de comidas y de lugares. Todo ese mundo era el mundo de Anita. También entonces habló de las plantaciones y de las diferentes clases de cigarros y tabacos.

Fue cuando De Gaulle se marchó que Firpo nos contó lo que había conversado con él. En ese momento la conversación me pareció íntima, hoy tal vez podría pensar que Firpo no era más que uno de los tantos invitados a una recepción oficial, aunque sabía que por su mujer mantenía relaciones formales con la Embajada de Francia. Quizá lo que hacía más misteriosa y emotiva la anécdota era que también nosotros volábamos, como De Gaulle, en aviones de la Segunda Guerra, y nos sentíamos un poco héroes. Íbamos a buscar

a un político que había tenido un accidente en la provincia y al que había que trasladar en avión a la Capital. En los viajes importantes, el médico era Firpo, y yo una especie de secretario en vuelo. Le servía el whisky, iba a comprarle gotas para la nariz, le acomodaba la ropa o le llevaba la valija, también era su valet. Pero esa noche estábamos en el aire y el avión se movía debido a un temporal. Nuestro destino se volvía incierto, lo que hacía interesantes nuestras vidas. La anécdota también estaba dedicada a un político de turno y a un comodoro que era familiar del accidentado, y que nos acompañaban en el vuelo.

“De Gaulle me felicitó por mi francés y me preguntó dónde lo había aprendido a hablar tan bien. Le dije que había ido al Liceo, y además que mi mujer era de familia francesa. En la plantación que tenían en Paraguay, el padre daba las órdenes en francés y en guaraní. También agregué que había adquirido vocabulario leyendo a Bichat —un libro de la biblioteca de mi padre— cuando estudiaba anatomía patológica. Lo leía en su idioma original.” Me miró y se sonrió. Tan alto como era le volvió a surgir la voz de trinchera, y con ese mismo vozarrón casi gritando, me dijo: “Era mi autor preferido durante la guerra. Para él, la enfermedad era una guerra contra el organismo, por lo tanto planeaba cómo defenderse y cómo atacarla. Tenía una visión de conjunto que me resultaba útil. En Bichart aprendí más estrategia militar que en otros libros dedicados al tema.”

Por un momento fue como si hubiésemos cambiado de paisaje, y era el Mar del Norte el que estaba bajo nuestros pies. Entonces yo era joven y confiaba tanto en las cosas que tenía menos miedo que hoy. Firpo era una de las cosas que me impedían tener miedo. Y ahí estaba seguro volando en ese avión a hélice, en medio de la oscuridad y de la tormenta. Firpo y Villa, con el mundo a sus pies.

Lo del sha fue una cuestión más íntima. En esa ocasión no lo pude acompañar. Me lo contó una noche en que le hice de chofer. Nunca había manejado un auto oficial y me daba la impresión de estar metido en un ataúd negro y brillante. Firpo parecía tan inalcanzable, perdido en algún lugar del mullido asiento tapizado en gris, que tuvo que subir el tono de voz para que lo pudiera oír, íbamos a su casa en la calle Paraguay. Vivía en una especie de residencia, era su pequeña plantación en medio de la ciudad.

A pesar de la corta distancia, el viaje se hacía lento. Era un auto oficial y tenía miedo de chocarlo, por lo tanto iba a poca velocidad. La anécdota duró lo que duraba el viaje, el tiempo justo para que Firpo pudiera discurrir sin aburrirse con el chofer, como si tuviese preparada una anécdota para cada viaje que hacía puntualmente, salvo alguna emergencia a las siete de la tarde, desde el Ministerio hasta su casa. Cuando todavía tenía el automóvil oficial a su disposición y Salud Pública no se había convertido en Bienestar Social. "Ahí perdió su carácter asistencial y se transformó en

una vulgar forma de la caridad", nos decía Firpo, añorando el antiguo nombre que era más heroico y elegante.

Cuando entré como cadete todavía tenían las insignias con las alas, y me dieron unas de metal que lucía orgulloso en la solapa del saco. Mientras tanto, Firpo viajaba hacia su plantación envuelto en el humo de un espeso cigarro. Nunca me ofreció uno. Eso sí, me regalaba las cajitas de madera en que venían, y yo las coleccionaba con devoción.

Cuando Firpo nombró al sha de Persia, el Oriente se vino de golpe a mi cabeza. No lo contó por casualidad, sus anécdotas siempre tenían que ver con algo de lo que uno estaba hablando, creo recordar que le hablaba de la primera vez que revisé a un enfermo y lo que experimenté al palpar un cuerpo vivo. Firpo, a su vez, me habló de la primera vez que revisó a un príncipe.

"Todo comenzó después de un asado en la Quinta de Olivos. El sha sufrió una ligera indisposición que no vacilé en diagnosticar como un cólico. Por lo tanto, como se hace en esos casos, indiqué Buscapina inyectable.

"Estábamos en las habitaciones reservadas a los huéspedes de honor, y el sha se encontraba tendido sobre un canapé de época. Era evidente que disimulaba el dolor delante de los extraños, y lo siguió disimulando aun cuando el número de personas que lo rodeaba se fue reduciendo. Servicio de Inteligencia, gente de la custodia de Olivos y de la propia, hasta que nos quedamos el médico personal y yo. Me conduje natural-

mente, aunque no desconocía la jerarquía del enfermo. Todos los enfermos son iguales ante los ojos del médico, Villa, pero a la vez cada uno es diferente. Yo no olvidaba que estaba ante un príncipe.

"El sha no probaba bocado sin que antes lo probara una persona que siempre estaba a su lado, y que también entró cuando nos quedamos a solas con su médico. Como le dije, yo actuaba naturalmente, y naturalmente preparé la jeringa para aplicarle la inyección. Y hasta hice un movimiento para acercarme al cuerpo del sha. El hombre que era su sombra me detuvo de golpe con un movimiento brusco que hizo que la jeringa se cayera al piso. Le expresé en francés mi desaprobación. El médico trataba de explicarme algo, sus palabras se mezclaban con el árabe. Así en esa media lengua me dijo que nadie tocaba el cuerpo del sha porque era un cuerpo sagrado, y que el sha no desnudaba su cuerpo delante de un extranjero que era ajeno a la religión del Corán. La situación se volvió incómoda dada la jerarquía de los personajes, ¿quién se iba a inclinar para recoger los vidrios rotos? Como leyéndome el pensamiento, se inclinó y comenzó a recogerlos. Mientras tanto, busqué de nuevo una jeringa y una aguja para preparar otra inyección. Hice todo ante los ojos del médico para no generar desconfianza. Frente a mi decisión, el hombre no volvió a intervenir. Cuando terminé de prepararla se la di y le dije: 'Lamento que con nuestro malentendido hayamos hecho esperar a un enfermo. Por otra parte, jamás se me hubiera ocurri-

do dañar el cuerpo de un príncipe.' El sha, por un momento, pareció salir de su dolor. Su cara contraída comenzó a relajarse, y al ver que iba a marcharme, le hizo una seña al médico para que me detuviera, el sha me había autorizado a permanecer en la habitación.

"Lo volví a ver el día en que se iba cuando saludó a todos los colaboradores. No sé si fue una impresión mía porque él no dijo una palabra pero sentí, como se dice en criollo, 'que me daba un apretón de manos'."

En el viaje de vuelta, solo en medio de ese automóvil fastuoso, sentí que el mundo se agrandaba ante mis ojos, se agrandaba tanto como los ojos de Firpo detrás de sus lujosos anteojos de carey, y en cada semáforo que me detenía me acariciaba las alas de metal y volaba. Volaba lejos de ahí, no con el vuelo de un insecto sino de un águila, un águila del mismo color de las plumas que lucía el sombrero de Firpo.

Me volví a acariciar las alas y traté de llevarlo también a él a esa mañana luminosa en que todo el sol de la Plaza entraba por la ventana.

El peligro parecía estar en los gritos que provenían de la manifestación, pero las alas me hincharon el pecho de valor y me hicieron perder el miedo y por primera vez pensé en salvarlo y no en salvarme, y lo quise llevar al pasado, a ese pasado donde, antes de subir al avión, saludaba desde la escalerilla, mientras su mujer sola en la lejanía se iba achicando más y más hasta trans-

formarse casi en un punto, y yo le servía el primer whisky del viaje.

—Doctor, ¿se acuerda del primer día que entré en su despacho?

—Fue durante el gobierno de Illia.

—Usted tampoco era radical. Me lo dijo al poco tiempo de empezar a trabajar, cuando le conté la emoción que sentí al darle la mano al Presidente.

—Villa, entonces era Villita, aunque siempre lo llamé Villa.

—Van a hacer más de diez años que trabajo para usted. ¿Se acuerda de que me preguntó de qué había trabajado antes y yo le dije de mosca? Y usted se me quedó mirando, disculpe si hoy le digo que hasta tratando de ocultar su sorpresa. Después sentí como que había cometido un pecado al nombrar algo que usted pudiese ignorar. En ese momento en cambio pensé que lo podía deslumbrar.

—Sí, y yo recuerdo que le dije: “Aquí va a volar más alto”. ¿Me equivoqué, Villa?

—No, volé en avión, volé por todo el país. Me recibí de médico. Yo quería estudiar abogacía y usted me preguntó por qué y yo le contesté: “Porque me dijeron que se aprende todo de memoria”. Me salvé, doctor, no tengo carácter para defender a nadie. Acá, lo primero que aprendí de memoria fue el código aeronáutico. Todo el día repetía la matrícula del Cessna, todavía no teníamos el “Guaraní”.

—Alfa, Charlie, Foxtro.

—Entonces Butti, un integrante de la custodia del nuevo director, quiso cambiar el código porque le parecía antiargentino. Durante días tuvimos que traducir el código a una versión que él había inventado. Para Alfa no encontraba traducción, para Charlie decía Carlos, y para Foxtro, no me acuerdo qué palabra había encontrado. Usted con paciencia le repetía: es un código internacional, no se puede cambiar.

—Hace tiempo que no lo veo. ¿Todavía trabaja con nosotros?

—Después de lo del código lo trasladaron a Olivos. Fue decisivo que usted dijera que podía poner en peligro el tránsito aéreo.

Firpo ya no me escuchaba. Su mano había pasado de la cabeza de caballo a las alas que tenía en la solapa. Sus alas eran de oro. Se había puesto triste de golpe. Quizá yo había estado torpe en nombrar al nuevo director. Pero de pronto también me sentí triste y no sabía cómo despedirme, cómo arreglármelas para salir de la situación. Sin embargo, me animé a hacerle una pregunta:

—Doctor, ¿se acuerda de lo que me dijo además de que iba a volar alto?

—No, Villa, ya no me acuerdo.

—Me preguntó si quería ser su mosca. Si era su mosca, iba a volar alto.

Y yo que era tan torpe con mi cuerpo, comencé por acariciarme las alas de la insignia, y después intenté ensayar pasos de baile, y empecé a revolotear a su

lado, moviendo los brazos como si fueran alas, esperando quizás el manotazo que me aplastara, sin saber calcular el momento en que iba a empezar a ponerme pesado. Y todo eso lo imaginé hace más de diez años cuando entré de cadete, y después, cuando me dijo años más tarde: "Con su memoria, Villa, usted tiene que estudiar medicina".

Firpo me tendió la mano y me dijo una frase que iba a quedar revoloteando en mi cabeza, desde esa mañana, y vaya a saber por cuánto tiempo:

—Por algo se lo dije, Villa, por algo.

Mientras caminaba hacia los teletipos para mandar un mensaje acerca de una provisión de vacunas a la provincia de Corrientes, las últimas palabras de Firpo seguían en mis oídos. De manera mecánica comprobé si las dosis y las cantidades eran correctas, sin pensar siquiera que estaban destinadas a ser aplicadas en cuerpos reales, y que sus vidas dependían de las vacunas. Todo me parecía tan irreal, como si la mirada de Firpo hubiera contaminado la atmósfera, y el mundo se hubiera reducido a recuerdos, a papeles y cifras sin valor real que uno cargaba en el teletipo.

Este trabajo se había vuelto tan diferente del primer trabajo de mi vida. Mi primer trabajo de mosca en Avellaneda: la cabeza en la tierra, el cuerpo en el aire. Si hay moscas en otros lugares, yo nunca los vi.

El Polaco me enseñó todo lo que debe saber un mosca. De los que conocí, era el mejor. Mejor que Dapena y el Nene Fernández. Todos esos moscas parábamos en la sede de Racing, en el corazón de Avellaneda.

¿Podría decir que, aún después de tantos años, trabajo de mosca? “¿Qué es ser un mosca?”, me había preguntado alguna vez Firpo. “Un mosca es el que revolotea alrededor de un grande. Si es un ídolo, mejor”, le respondí.

Los grandes eran hombres de la noche. Años después cuando era practicante de guardia en el Fiorito, también en el corazón de Avellaneda, tuve que atender a un grande. Garrido apareció una noche con un balazo, y mientras lo desnudaba, trataba desesperadamente de calmarlo, sin advertir que él estaba más tranquilo que yo, y se daba cuenta de cómo me temblaban las manos porque no apartaba la mirada de ellas, y yo trataba inútilmente de acordarme de memoria cómo se procedía con una bala en el estómago. Hasta que él pudo hablar y me dijo: “Llamá a alguien”.

El Polaco también se hizo un hombre de la noche. Durante el día, los moscas desaparecían. El Polaco, sin embargo, tenía un defecto, la altura: lo llamaban Escalera o Escala, según la confianza. Era demasiado alto y corpulento para ser mosca. Por eso cuando los hombres jugaban a las cartas y él estaba detrás de ellos esperando alguna orden, su sombra se erguía demasiado imponiéndoles cierto temor a los jugadores. En algunos, hasta un temor supersticioso porque esa sombra podía ser la suerte negra que caía sobre ellos. El Polaco lo sabía, y para disimular trataba de achicarse y caminar encorvado, pero su juventud y su cuerpo tan atlético se lo impedían, y entonces se volvía a erguir,

era inútil y ridículo andar por el mundo caminando agazapado. Sin embargo, conservaba su lugar porque el Polaco era el mejor de los moscas.

Por un momento extrañé mi mundo donde, por estar al lado del Polaco, todo se volvía más confiable. Volví a encontrarlo en un pequeño aeropuerto de Santiago del Estero. Surgió caminando desde la arena, quizás un poco menos erguido por los años.

Yo había ido a buscar un traumatismo de cráneo. El avión aterrizó en medio de un arenal. El Polaco sabía que llegaba un avión de Buenos Aires y planeó volverse con él. En el viaje de vuelta no podía apartarme del enfermo porque tenía a cada instante que se me muriera. Pero en los momentos en que lograba confiarlo a la experiencia de Estela Sayago, la enfermera de a bordo, conversábamos sobre nuestras vidas. No sé qué extraña sucesión familiar lo llevó hasta ahí. Pero verlo surgir del arenal como antes lo veía venir saliendo del colegio, caminando por la avenida Belgrano con paso seguro, mirando el mundo desde arriba, me devolvió cierta tranquilidad. Y creo que ése fue mi mejor vuelo asistiendo a un enfermo. Con el Polaco no volvimos a vernos, pero recuerdo su último gesto. cruzando los dedos, mientras miraba al hombre que estaba en la camilla. Y por una vez cruzar los dedos dio resultado.

Me miré en el espejo y me vi frente a los teletipos. Estaba solo en el juego. Las horas iban transcurriendo en la monotonía de radios y *memorándum* burocráticos que se mandaban de una provincia a otra. Ascensos, cargos, partidas de dinero. Algunos destinos dependían de esos papeles. Varias veces me acerqué al radiooperador y, casi a la manera de Firpo, le pregunté si había novedades de Olivos. Me encerré en mi oficina, cuando estaba de guardia tenía una oficina, y me alivió oír que los gritos de la manifestación se iban apagando. Sólo la sirena de algún patrullero y de alguna ambulancia del ámbito municipal. Firpo me había enseñado que sólo interveníamos cuando se trataba del ámbito nacional.

Abrí un cajón, me encontré con un mazo de cartas y empecé a hacer un solitario. Llamé al ordenanza y le pedí un café. Pensé: el negro Thompson es mi mosca, un mosca de lujo porque es negro. Yo fui un mosca blanco. El Polaco era un mosca en la leche. Volví a las cartas y las que fueron apareciendo me llevaron a otras. Los jugadores sólo aceptaban un mosca alrededor de la mesa. Más de uno molestaba, por eso hacíamos turno sentados en la barra. Un mosca mirando a otro mosca. El mosca de turno repartía su mirada entre la mesa de juego y la barra. Si algún jugador necesitaba alguna cosa y el mosca tenía que salir a buscarla, ya había otro reemplazándolo. Hacíamos una seña y rápido, otro mosca salía hacia la mesa. Así se nos iba la noche entre pasos de baile y miradas. Podíamos tra-

bajar para el mismo jugador durante meses. Dependía de la suerte y de cómo venían las cartas. Si un mosca quedaba ligado a la suerte de un jugador, podía perder su trabajo para siempre.

Recibí la respuesta por teletipo: "doctor Villa las dosis y la cantidad de vacunas son correctas". Arranqué el mensaje y lo pegué en la cartelera con otras novedades.

Sentí que me palmeaban el hombro. Era Villalba, el jefe administrativo. En realidad, era el jefe. En otro tiempo había sido la sombra de Firpo. Su mano derecha. Pero cambió de mano. Antes era manriquista; ahora, Lópezrreguista. Yo también había sido su protegido. También le hice un poco de mosca: le pagaba cuentas, hacía citas a escondidas con su amante y le prestaba mi departamento para esas citas. Lo conocí cuando era manriquista. El ex Ministro le hablaba con mucha confianza. En realidad a todos les hablaba con mucha confianza. Un día, desde el aire, cuando el avión ya había salido de Mar del Plata, me pidió que fuera a sacarle entradas para el cine. Yo era médico, pero él era Ministro. Lo llamé a Mussi, el chofer, y fuimos tocando sirena en ambulancia hasta el Gran Rex.

Ahora López Rega y un tal Brunetti también le hablaban con mucha confianza. Planeaban medidas de seguridad, Ezeiza los había tomado muy desprevenidos. Resolvían asuntos de los que Firpo ni siquiera se enteraba. No quería perder su confianza y le contaba algunas cosas.

A Firpo querían desplazarlo. Había dos cuestiones que no le perdonaban. Una, su denuncia de que en algunas de las ambulancias que salieron del Ministerio el día de lo de Ezeiza fuera gente armada. La otra, que cuando se dio cuenta de lo que sucedía en Ezeiza y de lo que iba a venir, les dijera que existía una posibilidad de que las cosas se aquietaran. Quizá no había necesidad de desviar al aeropuerto de Morón el vuelo en que Perón venía de España. Todos lo miraban esperando sus palabras, y él dijo: "La solución es que Perón hable desde el avión. Tienen que conectar los parlantes de Ezeiza con el avión. Si escuchan su voz, todo se va a calmar". La idea les pareció apropiada; consultaron con el Ministro que la aprobó, sólo que la conexión se debía hacer a través de un móvil que estaba bajo las órdenes del coronel Osinde quien, por estar enfrentado al Ministro, se negó a colaborar. Así estaban las cosas en ese momento.

No toleraron que Firpo hubiese hecho la denuncia. Sin duda lo habían investigado. En ese lugar todos estábamos investigados; o al menos, lo creíamos, o al menos, querían que lo creyéramos. Esa ambigüedad era lo que me infundía miedo. Sin embargo, con Firpo tenían cuidado; tomaban sus precauciones, quizá por los contactos políticos que tenía. Solía almorzar en el Círculo Militar, y más de una vez acudió a alguna recepción que dio la Embajada francesa. Por otra parte, estaban los Piccardo. En secreto, yo estaba del lado de Firpo, pero muy en secreto.

—Villa, acabo de hablar con Olivos y el desenlace es inminente. No sabemos qué puede pasar. Con la muerte de Perón se va a desatar la tormenta, y nosotros tenemos que saber dónde estamos parados.

—Sí, señor. ¿Qué tengo que hacer?

—Fijarse si las ambulancias y los aviones están OK. Hable con los pilotos de los cuatro palas para que estén atentos. Quiero a todos los médicos y enfermeros aquí. ¿OK, Villa?

—Sí, señor. Yo mismo me encargo.

—No, Villa, usted haga que el personal administrativo, los operadores de guardia se encarguen. Usted sólo dé las órdenes. A veces, Villa, hay que dar órdenes.

—¿Le comunico las novedades al doctor Firpo?

—No, Villa. Para qué traerle preocupaciones. ¿No se dio cuenta de que es como si estuviera en otro mundo?

—Sí, es verdad, señor, yo hace tiempo que lo advertí. Mejor no decirle nada.

—OK, Villa.

Me dirigí a la central de operaciones e imposté un poco la voz para que Díaz o algún otro operador de guardia, cumpliera con el alerta general. Para impresionarlo, le hablé en código: "Estamos en alerta tres. Hay que estar preparado para pasar al dos, y hasta llegar al uno". Díaz me miró. Entonces, para reforzar la orden, le dije: "Es una orden de Villalba". Él ni siquiera

ra me contestó y comenzó a marcar el número de teléfono de los pilotos. Después oí que hablaba con la base del Palomar y con Ezeiza.

Hoy el poder parecía estar en manos de Villalba. Él manejaba los hilos. Lo oí hablar por teléfono con Brunetti, ya estaban hablando de construir una cripta en Olivos. Con Villalba nunca sabía cómo trabajar. Siempre me hacía dudar. Nunca terminaba de saber qué significaba para él, y no hay nada peor que ignorar esa cuestión para estar en manos de alguien. Aunque yo tenía mi secreto, el de su amante; un gran o un pequeño secreto según las circunstancias.

Con Villalba nunca se sabía. Le gustaban las cosas sensacionales. Hacer aterrizar un avión en la carretera y que muchos autos al costado del camino iluminaran el asfalto negro, y que la noticia saliera en los diarios y en la televisión: "Salvataje de un niño en medio de la noche". Todos en la guardia sabíamos que ni el diagnóstico ni el estado del enfermo justificaban el vuelo a esas horas: se hubiera podido volar a la mañana siguiente. Pero de día hubiese sido un vuelo de rutina para la estadística. Y a él las estadísticas sólo le interesaban cuando eran cifras redondas que podían significar las cosas más diversas: horas de vuelo, enfermos trasladados, muertes a bordo que siempre se olvidaba de anotar.

Villalba se parecía a Sívori, aquel jugador para el que trabajé de mosca. Siempre pensaba cosas raras: con el tiempo llegué a creer que se trataba de cábalas que

le pasaban por la cabeza. Una vez, a la madrugada, tuve que salir a buscar orquídeas porque se acordó de que cumplía un aniversario de casado. En las partidas siempre había un momento en que se acababan los cigarrillos. Sívori fumaba Camel. En ese tiempo no era fácil conseguir importados, y menos a esa hora, y menos en Avellaneda. Como buen mosca que era, y quería llegar a ser, había aprendido a guardar otro paquete, pero eran muy caros, y quién tiene plata a los quince años.

El encargo más extraño tuvo que ver con una muerte. Tenía que ir en su nombre a saludar a los deudos. Era raro que Sívori no fuera personalmente. Los otros moscas estaban tan sorprendidos como yo. Fue así que estampó su nombre en una tarjeta blanca, y esa noche en lugar de una orquídea tuve que salir a buscar una corona. Antes de ir al velorio, pasé por "El Tucán", la única florería de turno en Avellaneda. Abierta para la vida y para la muerte.

Cuando llegué al velorio, me enteré quién era el muerto. Yo estaba vestido "caquero", algo que parecía inadecuado para la situación. Para los moscas y los "caqueros" siempre era verano. Saco azul, pantalón Oxford blanco, mocasines negros, medias azules que combinaban con el cinturón de lona del mismo color. Hebilla de metal reluciente. Camisa Grafa gris, en el bolsillo la sevillana. Igual podría haber ido a un baile.

Entré a buscar a los familiares, prendiendo ostentosamente un 43 con mi carusita. A esa hora de la madrugada los deudos eran pocos. Buscaba en esas caras

algún rasgo familiar que me hiciera recordar a Sívori. Saludaba tímidamente, sin animarme a preguntar, y aunque envueltos en el dolor, se los veía un poco extrañados por mi presencia. A pesar de mi aprehensión, pensé que lo mejor era entrar en la sala mortuoria. La corona que me había hecho mandar Sívori no me daba ninguna pista, sólo me había dicho que pusiera "Sívori hijo". Me encontré con el muerto de frente y me quedé paralizado: en esa cara, en el cajón, reconocí los rasgos familiares. Era una réplica de Sívori, sólo que más viejo, sólo que estaba muerto.

Se acercaron unos familiares y me preguntaron:

—¿Quién sos?

—Villa, el mosca de Sívori.

—¿Un mosca? —me preguntó alguien, extrañado.

—Sí, una especie de cadete secretario. Vengo de parte de él. No pudo venir. Está viajando por el interior por asuntos del Club. Una gira del equipo de básquetbol.

—¿Ahora se dedica al básquetbol? —me preguntó alguien, un hombre que parecía ser muy allegado.

—Sí. Es manager del equipo de básquetbol. Una gira en Río Negro. Cuando se enteraron en el Club lo localizaron y él me encargó por teléfono que enviara las flores y viniera a saludar en su nombre. Se disculpó por estar tan lejos. No había vuelos hasta el día siguiente y en ómnibus no hubiese llegado. Se lo oía muy triste, tenía la voz quebrada.

Me detuve a tiempo. Recordé las palabras del Polaco: "Un mosca no debe exagerar". Y me daba cuenta de que estaba exagerando.

Fue la primera vez que como mosca tuve que mentir. Si un mosca se vuelve mentiroso pierde su reputación y no puede trabajar para nadie. Cuando volví al Club todavía seguían jugando. Sívori me miró a los ojos para ver si había cumplido el encargo. Sentí que me turbaba, que me iba poniendo colorado, él trataba de adivinar si lo estaba juzgando. Ya sabía que yo sabía. Lo miré y le dije: "No conseguí la corona de claveles rojos y blancos. Sólo había blancos, los rojos se terminan más rápido".

—Lo que importa, Villa, es el hecho.

—Había poca gente por la hora.

—¿Gente del comité?

—No sé, yo no conocía a nadie.

—Hacía años que no me veía con mi padre. Él siempre fue radical; yo, toda mi vida, peronista. Nos separó la política, entre otras cosas. Hubiera sido linda una corona partidaria. Una señal de que no le guardaba rencor.

Después hizo un gesto como para que me marchara. Caminé hacia la barra donde estaban los otros moscas. Caminé con mi secreto de que en el velorio se me había ido la lengua. Tuve que mentir para seguir siendo el mosca de Sívori. ¿Acaso no había sido siempre mi política? Donde me daban lugar, me quedaba.

—Villa, haga que me manden el auto.

La voz de Firpo me volvió a este tiempo. Tuve ganas de decirle que se quedara, que no abandonara el barco en este momento.

—Villa, ¿qué pasa con el coche?

Mientras él seguía abstraído, miré a su secretaria, Alicia Montero, y le dije por lo bajo:

—El barco se hunde y él reclama su coche.

—Villa, usted siempre trata de estar bien con Dios y con el diablo.

—Ya le dije que me llame doctor Villa.

—Perdóneme, siempre me olvido de que es doctor.

Nunca nos habíamos caído bien. Su fidelidad me despertaba rencor. Le era incondicional a Firpo por sobre todas las cosas. Creía que el amor lo podía arreglar todo, pero Villa era el que tenía que poner la cara y solucionar los problemas. Ahora se trataba de conseguir el auto. Ir a ver a Villalba en medio de los vertiginosos preparativos y casi rogarle, en nombre de los viejos tiempos, que dispusiera un coche para que Firpo se volviera a su casa.

Entré en el despacho y lo encontré con el portafolio sobre el escritorio y el sombrero puesto. Me disculpé y le dije:

—Doctor, hay pocos coches. Se está preparando un operativo porque parece que la muerte de Perón es inminente.

—¿Por qué no me avisó antes?

—Es que el señor Villalba me comunicó las novedades y tuve que poner en marcha el operativo. Trato de tenerlo al tanto y también cuido mis espaldas, tengo miedo de perder el trabajo.

—Así que ahora usted es un hombre de Villalba.

—No diga eso, doctor, yo siempre le fui fiel. Sólo que no hay choferes ni coches. Si quiere, lo llevo en mi auto.

—¿Desde cuándo tiene auto?

—Se lo conté, doctor, lo que pasa es que últimamente usted se olvida de todo.

—¿Qué me contó?

—Villalba tiene un conocido en la Caja de Ahorro y me otorgaron un préstamo de los que dan a los profesionales.

—Pero usted no reúne los años de antigüedad...

—Villalba logró que hicieran una excepción.

—Lo mejor que dijo Villalba sobre usted fue ese chiste que se le ocurrió el primer día de trabajo: "Ah, se llama Villa, entonces es una parte mía ya que yo me llamo Villalba!". Usted y él finalmente hacen una buena sociedad. ¿Y usted para qué quiere un auto?

—Usted sabe, doctor, vivo lejos, en Avellaneda, al fondo, casi Sarandí, y ahora estoy *full time*.

—Sí, eso también se lo consiguió Villalba.

—Doctor, yo nunca lo he traicionado. Es más...

—¿Es más qué, Villa? Dígame todo lo que sabe.

—Afuera, doctor, afuera le cuento. Voy a decirle a Villalba que lo llevo hasta su casa.

—¿Qué auto es, Villa?

—Un Citroën, doctor.

—Lo autorizo a bajar por el ascensor privado del Ministro. Si alguien le pregunta, dígame que es orden mía. A esta hora suele estar Pérez.

—Sí, en unos minutos puedo estar en la puerta de Defensa. Yo no estoy autorizado a estacionar en la cochera oficial.

Ni le avisé a Villalba. Sabía que me iba a decir que sí pero que iba a agregar algún comentario irónico. Rogaba que no estuviera el que Firpo llamaba Pérez, que no era otro que el ex campeón mundial. Campeón de peso mosca. Todos le decían Pascualito. Hasta el Ministro Manrique que lo tomó. Todos le hacían el mismo chiste: cuando subían al ascensor se llevaban las manos a la cara y estiraban los ojos como si fueran japoneses. Entonces Pascualito, como aquel día en Tokio, empezaba a arrojar golpes al aire. Yo le tenía respeto, pero me daba piedad. Pascualito había sido un campeón olímpico. Y yo vivía en el barrio de los Olímpicos. Un barrio de chalets que Perón había mandado construir en su primera presidencia. Enfrente del Policlínico, todo nuevo, todo de juguete. En ese barrio vivía Delfo Cabrera, campeón olímpico. Yo soñaba con verlo aparecer corriendo, entrenando para alguna maratón. Y una noche, de pronto, surgió de la oscuridad, como el Polaco surgió del arenal.

Aquella noche corrí junto a Cabrera que entrenaba en los terrenos del Ferrocarril. Yo sólo quería que me

contara cómo ganó la maratón en Wembley. Pero él no hablaba mientras corría, y había una camioneta que lo seguía mientras un hombre le tomaba el tiempo. El hombre de la camioneta me quiso echar, pero Cabrera hizo un gesto para que me dejara. Las mismas calles, ese mismo terreno desconocido que llamábamos Robustiano y que abarcaba La Gasógena, los ferrocarriles, parte de los corrales y los Mataderos, y hasta la laguna que era una placa de vidrio delgada y espejeante. A veces uno creía que podía correr por ella como en el hielo. Todo lo que era inabarcable, bajo los pies de Cabrera, se volvía una superficie limitada, y creo que esa noche hasta dimos dos o tres vueltas al Robustiano.

Yo parecía electrizado. Cuando Cabrera se detuvo junto a la camioneta se colocó un buzo mientras su acompañante le hacía masajes y le daba algo de beber. Al mismo tiempo yo movía el cuerpo como si estuviera corriendo: "Pará, pibe, te vas a morir".

Casi temblando con el poco de voz que me quedaba, con la respiración entrecortada porque sentía que el estómago me dolía y el corazón me iba a explotar, le dije: "Cuénteme lo de Wembley".

"En los mástiles había veintitrés banderas. Uno se sentía representado. No sé si me entendés, la bandera no era una cosa ajena. Éramos cuarenta y tres corredores. Hacía mucho calor y había setenta mil personas. Corría desde atrás, último. No para regular el ritmo, como dijeron después los periodistas. Era que

salimos del estadio de Wembley y me encontré con un campo. Había dos compadres que corrían conmigo, uno de Bahía y otro de Mendoza. Dos fenómenos. Yo corría de atrás porque seguía al pelotón, tenía miedo de perderme. Si iba en la punta y no conocía el lugar, me podía perder. El primero que tomó la delantera fue un coreano. Segundo iba un belga. Pasados los diez kilómetros apareció un chino, parecía una locomotora por la potencia y la velocidad. Se llamaba Wen Lou. Entre el belga y el coreano alternaban la delantera hasta que el belga volvió a tomar la punta. Cuando entramos al estadio, no sé cómo, yo estaba segundo, sólo lo tenía adelante al belga. Ahí ya no tenía miedo de perderme, y lo pasé. Di una vuelta entera al estadio y me encaminé hacia la recta final. El belga parecía que se iba a desmayar, el chino era sólo una sombra. Ya conocía el camino, como si volviese a casa. Como quien corre por el Robustiano. Primero la torre de La Gasógena, el olor conocido y agrio donde se mezcla un poco de gas y un poco de pis, a lo lejos los corrales y sobre el fondo, en el horizonte, los siete puentes. Ya no tenía miedo de perderme. Hasta tuve tiempo de darme vuelta y comprobar que todos me seguían."

Viajaba con Firpo hacia la vieja plantación pensando que tal vez ya nada quedaba de ella. Probablemente la única salida para los acontecimientos que vivíamos

fuera entrar de una vez para siempre en el paisaje y no darse vuelta ni una vez para mirar atrás.

Firpo estaba inquieto. No sé si la inquietud se la producía la proximidad con su empleado, o sólo eran ideas mías y nos separaba una barrera infranqueable aunque nuestros cuerpos pudiesen estar próximos.

—¿Qué es lo que sabe, Villa?

—Creo que usted ya lo sospechaba, doctor. La llegada del nuevo Director Nacional. Un hombre de la custodia personal de Perón, un hombre del Ministro, un suboficial retirado.

—¿Un suboficial de director? ¡Imposible!

—Sé el nombre, doctor, se llama Salinas.

—¿Qué va a pasar con Aviación Sanitaria?

—La van a reabsorber en una Dirección Nacional, o si no, la transformarán en un ente burocrático.

—¿Quiere decir que vamos a perder los aviones?

—Seguramente.

—Las ambulancias y los helicópteros no me interesan. Por otra parte siempre detesté a Naón, el piloto del helicóptero. Un buscavidas, un cuervo.

—¿Un cuervo?

—Sí, durante años fue piloto en el Sur. Se dedicaba a buscar a los andinistas colgados de los cerros. No lo hacía para tratar de salvarles la vida sino porque los familiares, para cobrar el seguro, necesitaban el cuerpo como prueba. Me lo contó otro piloto que sí arriesga la suya para salvar una vida. Naón daba vueltas en círculos buscando su presa. Hizo mucha plata de esa

manera, si hasta tiene su propia empresa de helicópteros. No es raro que esté trabajando para ese Salinas. En un helicóptero se puede llevar cualquier cosa.

—No entiendo, doctor.

—Villa, usted nunca quiere entender nada. ¿Se acuerda de mi denuncia sobre las ambulancias? No las manejaba nunca un chofer del Ministerio; en cambio el helicóptero, siempre está en manos de Naón. Tranquilamente podría llevar armas.

—Me parece que exagera, doctor.

—No crea, Villa, usted sabe que después de la denuncia de las ambulancias recibí amenazas. ¡Un director del Ministerio amenazado! Dijeron que me iban a volar por el aire. Quizá llegó la hora de su mundo, Villa, un mundo mosca, en el que todo vuela.

—Pero, doctor, aunque perdiésemos los aviones, ¿no sería preferible buscar un lugar más tranquilo, menos peligroso, menos político?

—Villa, la primera regla que aprendí cuando hice el curso de Defensa Nacional en el Ministerio de Guerra fue: cualquier asunto es político.

—Pero esto no puede durar mucho tiempo.

—No esté tan seguro. ¿Acaso no escuchó cuando esa mujer, a la que llaman por las iniciales, me amenazó porque no dejé entrar a hombres armados a la oficina y dije: “Éste es un lugar médico”? Me citó a su despacho de la Subsecretaría, un despacho donde hubo hombres brillantes como Mondé. Me dijo, mientras yo le veía el revólver en la cintura: “¿Cuál es su proble-

ma, Firpo?”. “Ninguno, señora”, le contesté. “Fue sólo una observación que le hubiera hecho a cualquiera, incluso a cualquiera de mis empleados.” “Yo no soy empleada suya, Firpo, me parece que es al revés.” Recuerdo que le dije que mi renuncia estaba a su disposición, a pesar de ser un funcionario de carrera. “No, doctor, no se trata de eso”, me dijo, “es que me gusta ver la cara de la gente de cerca”. Y qué cree, Villa, ¿que no podría estar amenazado?, ¿que son ideas de un viejo maniático?

—No, doctor, seguro que le creo. Y además los aviones ya no son lo mismo, es preferible el traslado. Aviación Sanitaria ya no es lo que era.

—Sí, ahora se encarga de conseguir sepelios y servicios fúnebres gratis. Sabe, este servicio de Aviación Sanitaria se inventó a partir de la peste. Fue en el ‘56, luchábamos contra la polio. Pusimos un pulmотор en un DC 3 piloteado por la Marina, y salíamos a cualquier hora de la noche a buscar enfermos, desde Ushuaia hasta La Quiaca. Luchábamos centímetro a centímetro con la peste, por tierra y por aire.

A medida que llegábamos a su casa me fui quedando sin palabras. Era inútil tratar de convencerlo. Me acordé de Elena. Estuvimos a punto de casarnos. A los doce la tomó la polio. Quizá sin conocerla, Firpo le salvó la vida.

Elena había querido ser bailarina clásica, y a pesar de la polio seguía teniendo las mejores piernas del mundo. Mientras estaba en la cama solo escuchaba a Pat

Boone. En medio de la fiebre, bailaba al compás de *Cartas de amor sobre la arena*. Nunca supe qué suerte la salvó de la peste, nunca quiso hablar de esa época en que no podía bailar.

Muchos años después, cada vez que subía a ese DC 3 del que me había hablado Firpo, cuando la epidemia ya hacía años que había pasado, tuve que ver un cuerpo en el pulmotor. Un enfermo con trastornos respiratorios que traíamos desde Iguazú. Mientras lo veía adentro de la caja de vidrio y de acero trataba de recordar cómo se manejaba, repasando de memoria el nombre de las palancas, las temperaturas de los termómetros, la presión de las válvulas. Al mismo tiempo que tarareaba el tema de Pat Boone, le rogaba a Dios que el hombre llegara vivo a tierra.

La polio era un fantasma blanco que recorría las calles. La imagen más precisa es un chico corriendo, y la peste pisándole los talones. Por eso corríamos, por eso todos queríamos ser como Cabrera. La cal se había apoderado del barrio y las casas, todas blancas, se volvían ajenas como si de golpe hubieran pintado el mundo y flotáramos en una zona extraña entre la tierra y las nubes.

En mi casa, la peste se había transformado en un asunto político. Mi abuelo decía: "Es la maldición por la caída de Perón. Los niños han dejado de ser los privilegiados". Mi padre le respondía: "Si no hubiese sido por la Revolución Libertadora que trajo la vacuna, se habrían muerto todos".

Salíamos a la calle agarrados a la tableta de alcanfor, colgada sobre el pecho como una de las medallas que lucía Cabrera. Después fue la media medalla de Elena, la primera credencial, las alas de metal como una insignia, y más tarde una réplica dorada del caballo de oro de Firpo para lucir en la corbata.

La polio blanca avanzaba y tomaba todo, a los pobres y los ricos, a los lindos y los feos, a los famosos y los desconocidos. Quizás ahí tuve ese primer sabor de venganza íntima: ante la polio todos éramos iguales. Un ligero aire de triunfo, el de sobrevivir, mientras el inigualable Margiante, el mejor alumno, el mejor jugador, podía yacer de golpe en una cama.

No dejaba de producirme cierta satisfacción, quizás agria, como ese olor en el que estábamos envueltos.

En el barrio de los Olímpicos todo el mundo tenía miedo de que la polio alcanzara las piernas de Cabrera. Había muchos que rezaban, decían que Perón quería mandarlo al exterior, pero él no se quería ir. Elena tenía miedo de no poder bailar; yo tenía miedo de no poder correr.

La polio blanca avanzaba y avanzaba. Un padre hizo aterrizar un helicóptero en el planchón del Policlínico y se llevó a los hijos al campo. Quedaba a solas con mi cuerpo y lo miraba tratando de adivinar por dónde podría haber entrado la polio. Estudiaba mis músculos, observaba mis articulaciones, me miraba en el espejo del ropero el color de la piel. Trataba de estar todo

el tiempo en movimiento, siempre un centímetro más allá de la enfermedad, como si en correr estuviese la salvación. Correr con las piernas de Cabrera era como volar.

Todavía llevo colgado en el pecho el nombre de Elena. Terminamos enfrentados por el odio y nunca tuvimos ocasión de devolvernos las medallas. Quizás algún día la vuelva a ver. Quizá le deba un favor a Firpo por haberle salvado la vida. Tal vez sea el motivo que me decide a seguir su destino. Lo acompañaría aun desafiando la desaprobación de Villalba.

Esa noche, mientras volvía de haber dejado a Firpo, el barrio estaba tan desierto como en el tiempo de la polio.

El día de la muerte de Perón estaba de guardia. La noticia nos llegó por radio, la voz de Butti hablando desde Olivos. De pronto la ciudad pareció quedarse en silencio por un instante, y desde el Ministerio sólo se oían los cascos de los caballos de los Granaderos marchando hacia el Congreso.

Después de mucho tiempo, Firpo salió de su despacho y fue hasta la oficina de Salinas. Caminaba erguido, recorriendo los pocos metros que lo separaban del director; sin embargo, me daba la impresión de que el trayecto era interminable: había un abismo entre ellos. Caminaba sin otro sostén que su propia dignidad y, aunque estaba solo, parecía acompañado de mucha gente por la fuerza que irradiaba su persona. Cada movimiento, cada paso, cada gesto revelaban una fortaleza interior que creíamos que había desaparecido. Ése era Firpo. Y así había caminado cuando se dirigió hacia De Gaulle y también hacia el sha. De frente, como solía hacer las cosas. Firpo brillaba a pesar de los acontecimientos. Y atrás marchaba el mosca Villa siguiéndole los pasos.

En el despacho de Salinas también estaba Villalba. Firpo entró sin anunciarse y los dos hombres se sorprendieron.

—Me enteré de que murió el Presidente. Me imagino cómo estará —dijo Firpo con una voz que imponía un respeto que no había visto nunca.

—Aunque lo esperábamos, no deja de dolernos. Estuve muchos años en su custodia personal —le respondió Salinas.

—Lo van a velar en el Congreso.

—Es lo que corresponde —contestó Salinas que ya no le hablaba a Firpo sino que parecía sumergido en su propia historia.

Villalba permanecía inmutable y en silencio, hasta que dijo:

—Hay que planear las cosas para evitar problemas en el caso de que se produzcan disturbios. No sé si tendremos tiempo para ponernos en emergencia. Tal vez sería mejor demorar la noticia unas horas, puede haber desórdenes.

—¿Quién se atrevería con el General en el cajón? —le respondió con dureza Salinas.

—Yo lo digo por el pueblo, va a salir a la calle, y cada vez que sale a la calle hay problemas. Aparte, todos los sectores van a querer capitalizar esta muerte.

Ésas fueron las palabras de Villalba que hablaba con autonomía de lo que pensaba Salinas. Hablaba con frialdad, ajeno a cualquier sentimiento.

—Ese tiempo ya pasó, Villalba. Hay que dar la noticia. ¿O quiere contribuir a la leyenda de la oposición de que el peronismo oculta la muerte? Lo mismo que con la Señora, que le inventaron distintas fechas para su deceso. Lo del General tiene que ser otra cosa. Una hora y un lugar fijo: como una cita.

Cuando Firpo se retiró, después de saludar solamente a Salinas, seguí detrás de sus pasos. Hasta sentí un poco de orgullo por las palabras de Firpo: como si yo mismo las hubiese pronunciado.

Esa noche volvimos con Firpo en un coche oficial. La muerte de Perón ofrecía una tregua. Que lo velaran en el Congreso a Firpo seguramente le recordaba al general De Gaulle.

—Voy a ir al Congreso —me dijo interrumpiendo lo que parecía haber sido una larga reflexión y que había durado el tiempo de una decisión.

—¿A ver a Perón?

—No, al Congreso, donde está Perón. Quizá sea una de las últimas veces que vaya al Congreso.

—No diga eso, doctor. Últimamente está lleno de malos presentimientos.

—No es superstición, Villa. Es vejez.

—Pero, doctor, usted está perfecto.

—Hasta Perón se muere, Villa.

—Es otra edad. Por qué compararse.

—No es el cuerpo, es el espíritu.

-Doctor, usted siempre puede volver al Congreso.

-La política ya no es para mí. Pero quiero ir al Salón Azul. ¿Lo conoce, Villa?

-No, doctor.

-Es una de las cosas que vale la pena conocer. Haga que dispongan de un coche para mañana. Estoy seguro de que por esta vez ni Salinas ni Villalba le harán problemas.

El tránsito hasta la plantación se volvía pesado. Las calles se llenaron de policías y los cascos brillaban con la llovizna que comenzaba a caer. Ya habrían dado la noticia porque había gente que lloraba por la calle. Habían pasado unas horas de la conversación en el despacho de Salinas y la plaza frente al Congreso se llenaba de gente. Los paraguas eran como un luto negro sostenido sobre el cielo.

-Busque otro camino -le dijo Firpo al chofer.

-Voy a tratar -le respondió Mussi, mientras me hacía una seña de complicidad por el espejo.

-¡Qué paradoja! Ahora que está muerto este hombre tiene tanto poder como cuando estaba vivo. Dios me perdone, desde hace años esperé que se muriera. Siempre pensé que con su muerte se acababa todo. Sin duda, me equivoqué.

No pude ver desde la ventana del Ministerio cuándo entraba el féretro en la Catedral para la misa de cuerpo presente. Ni tampoco la cureña cubierta de flores.

Me asignaron a una ambulancia en los alrededores de la avenida Callao, lejos de los acontecimientos, ocupado en desmayos y crisis de nervios. Sin Firpo, mi tarea era insignificante, y las alas no tenían ninguna importancia. Era muy distinto de lo que había sucedido con De Gaulle. Ni siquiera tenía el privilegio de estar en la oficina y seguir los acontecimientos de Olivos a través de la radio. Salinas y Villalba fueron al velatorio, pero no me pidieron que los acompañara. Pudieron entrar al Congreso como funcionarios exhibiendo las credenciales, lo que les evitó hacer esa cola que duró toda la noche.

Yo estaba al lado de la ambulancia, blanco y con la cara desencajada mientras Mussi trataba de quitarme el frío con unos mates que me revolvían el estómago. Quería ocultarme para que no me viese nadie de los Olímpicos, porque ya me había encontrado con Poggi que me había pedido que lo hiciera pasar sin hacer cola, y le tuve que contestar que no me podía mover de mi puesto.

No sé si me creyó, pero unos días más tarde caí por Arsenal, el club de los Olímpicos, y antes del partido de paleta, les conté que había visto a Perón, como de chico me habían llevado a ver a Evita muerta: "Entré gracias a la credencial, sin hacer ninguna cola. Me habían venido a relevar a la ambulancia y era casi de madrugada. Sin embargo, todavía había políticos y cuando estaba al lado del cajón alguien sacó una foto. Quizás uno de estos días salga en un diario". Lo conté cuando Poggi no estaba, porque si no, me hubiera costado mentir.

Los meses iban pasando y el destino se volvía incierto. Con la muerte de Perón, la estrella de Villalba había ido ascendiendo y la de Firpo seguía declinando.

Mi estrella también habría de cambiar ante la inminente muerte de la tía Elisa. Ella me lo anunció: "Siento que dentro de poco me voy a morir. Tenés que buscarte una mujer". No sabía cuánto tiempo tenía para buscarla, porque era lo que le quedaba de vida, quizá fue lo que me impulsó a salir esa misma noche.

Firpo sí que había encontrado una mujer. Antes de él nunca había visto a un hombre tan enamorado. Tenía apuro por volver a su casa y olvidarse de las catástrofes que podían asolar al país: inundaciones, incendios, descarrilamientos, barcos hundidos, aviones perdidos en la Cordillera se podían atravesar en su camino para interrumpir la cotidiana serenidad de su vida. Yo quería tener un amor como el de Firpo.

A los dieciocho años, cuando entré en su despacho, me habló de todas esas cosas, y mi vida monótona se transformó de golpe. Le conté el accidente de auto en que murieron mis padres en algún lugar de la ruta 2.

No sabía por qué pero ese hombre me inspiraba confianza. Como si hubiese esperado dieciocho años para hablar con alguien. Y ahí estaba Firpo, detrás de su escritorio con su voz y sus gestos de hombre de mundo. Y aunque me sentía tímido y nervioso, comprendí que era eso lo que necesitaba en mi vida: un hombre de mundo.

En ese tiempo, me vi solo de golpe y me di cuenta de que no extrañaba a mis padres. Mi vida había transcurrido siempre ajena a ellos. Como al margen, viviendo con esa tía Elisa que era como mi madre y mi padre al mismo tiempo, por ser yo el hijo que nunca había tenido.

Murieron en la misma ruta que años más tarde sobrevolaría con el cuatro palas, durante los meses de verano, para trasladar accidentados. Era una carga pesada que una vida dependiera de mí; cuerpos extraños, quizá tan extraños como los de mis padres.

Atravesé el barrio de los Olímpicos y busqué los vagones abandonados del ferrocarril. En uno de esos vagones vivía la Cuca Cuquilla. Yo miraba el futuro en la bolita de vidrio que era uno de sus ojos. Tenía la mirada extraviada y yo trataba de acomodarme ante esa bola de cristal en que buscaba el destino de Villa.

El ojo me devolvió una mirada borrosa. El Robustiano ya no era una tierra de misterio sino de miedo. Habían aparecido algunos cuerpos muertos en la

extensión que iba desde el Policlínico hasta los corrales. Los dejaban entre el Matadero y el hospital. "Debe ser para que si alguien los encuentra los lleve al hospital", decían en los Olímpicos.

Hacia años que no había ni vacas ni ovejas, tampoco pasaba ningún tren. Las vías habían perdido el brillo, y de la vieja laguna sólo quedaba un olor agrio y podrido. La Gasógena me pareció más insignificante que cuando la veía de chico. La Gasógena era el desvelo de todos ya que siempre estábamos tratando de captar en el aire si había una pérdida de gas. Como si el mundo nos pudiese identificar por la cara tensa, los ojos abiertos, las aletas de la nariz en movimiento rastreando el gas mortífero que podía sorprendernos en cualquier momento. Los que vivíamos en el barrio de los Olímpicos nos podríamos reconocer en cualquier lugar del mundo: una cara entre el alerta y el espanto. Nuestra vida parecía depender de la construcción de ladrillos que se levantaba como una esfinge letal envolviendo en un vapor extraño la tierra que llamábamos Robustiano.

La Cuca Cuquilla estaba en mi destino y mi vida estaba en sus manos, de la misma manera que años atrás, cuando yo era practicante en el Fiorito, la suya había estado en las mías. El hospital donde la muerte aparecía detenida en un reloj que ya desde mi infancia marcaba la una de la tarde.

La una de la tarde no era cualquier hora en la vida de Avellaneda: era la hora en que habían anunciado

el fin del mundo. Fue una vez, a la una de la tarde, que se vio aparecer en el cielo de Domínico la cara de Evita. La gente comenzó a llegar en camiones. Tenía apuro y miedo porque así como apareció de golpe, de golpe podía desaparecer. Cuando llegaron, las nubes habían borrado la cara. Sin embargo hubo gente que se quedó días esperando.

Esa hora formaba parte de mi vida en el camino al colegio. Un camino de relojes que debía atravesar. Primero, la torre del Provincial, en una estación de tren salida de una película del Oeste. Después, el tiempo se detenía en el Fiorito. Más adelante, el reloj de la Municipalidad marcaba la hora justa, y me despertaba del sueño. Su tictac se doblaba en el corazón que amenazaba salirse del pecho ante la idea de llegar tarde a la escuela...

La muerte fulminante estaba adentro y afuera del hospital. Porque bastaba cruzar la calle para encontrarse con todos los perros rabiosos del mundo: las razas y los colores más raros se mezclaban en esa perrera. Ahí estaba Villa, con la muerte afuera y con la muerte adentro, tratando de protegerse sumido en una tarea más administrativa que asistencial. Ordenando historias clínicas y perdiéndose entre el nombre de enfermedades y síntomas desconocidos que no había leído en ningún libro de medicina.

La Cuca Cuquilla se había prendido fuego. Entonces era su destino el que estaba bajo mis ojos y ella buscaba con miedo los míos porque no sabía qué hacer

con el dolor que tenía. Todos me conocían por Villa, y ella también:

—Tenía frío, y me quería calentar el cuerpo por dentro. Tomé alcohol de quemar. No sé cómo se me prendió la ropa y se empezó a quemar el vagón. Escondéme, Villa, los de La Gasógena me están buscando. Los del Robustiano, también. Me acusan de incendiaria. Los serenos de La Gasógena me anduvieron buscando en medio de la noche para matarme, dicen que los podría haber hecho volar por el aire.

No fue un acto de valor el que me llevó a ayudarla. La entendía porque yo mismo había pasado muchos años tratando de esconderme. Cómo no la iba a entender. Era el único sentimiento de solidaridad que verdaderamente podía sentir por alguien. Entonces por unos días escondí a la Cuca en el hospital.

Ella no se lo olvidó nunca. Ni siquiera ahora, después de estos años en que las cicatrices de algunas quemaduras le habían arrugado la cara, y el ojo de vidrio parecía una bola apagada. Le pregunté por la mujer de la que me había hablado mi tía. “Ya está en tu vida”, me dijo. Después se quedó un rato callada, y como mirando hacia alguna parte donde veía esa cara, me la describió. “Va a ser en el aire”, me dijo. Así me di cuenta de que la mujer de la que hablaba la Cuca y que estaba en mi destino era Estela Sayago, la enfermera de a bordo.

—¿Y el trabajo?, le pregunté.

—Apartáte del doctor, Villa, apartáte, hay una mala carta en su camino.

Me fui pensando en tres cosas. Una, en cómo haría para enamorar a Estela Sayago si es que no estaba ya enamorada de otro; dos, si ese doctor del que hablaba la Cuca era Firpo, y tres, qué iba a hacer si en el camino de vuelta me encontraba con un cadáver. Como médico debería denunciarlo, pero nunca me había querido meter en política.

La tía Elisa mientras tanto tejía pulóveres, era una manera de ponerme al abrigo de la muerte. Los pulóveres comenzaban a apilarse en el ropero. Me hacía recordar los “gordos” que tejía Elena, esa especie de “Bari-loches” de mucha lana y de todos los colores. Se los tejía para su ídolo del rock: Johnny Tedesco. Pero eran otros tiempos, era el sesenta, y ahora estábamos en el setenta, y yo tenía que pensar en otra mujer. Tenía que pensar en Estela Sayago y la manera de abordarla.

Le pedí a mi tía que le tejiera un pulóver a Estela Sayago, era una manera de acercarme. Un día en que estábamos de guardia, se me ocurrió decirle que necesitaba sus medidas, que me parecían similares a las de mi tía, a la que le quería comprar un regalo para su cumpleaños. Fue así que mi tía le empezó a tejer un pulóver. Cuando la tía no tenía un tejido entre los dedos, tenía un rosario, y así iba pasando la cuenta de los días.

Al fin se presentó una oportunidad, no por el aire como había predicho la Cuca Cuquilla sino por tierra. Había que trasladar un féretro a Resistencia, y Estela Sayago era del Chaco, de un pueblo del interior. Yo había viajado muchas veces a Resistencia, sólo que había tomado el *ferry* para ir a ver a otra mujer, a Elena, cuando vivía en Corrientes.

El lugar era Quitilipi, y el muerto era un recomendado de un recomendado de un senador. Poco a poco la oficina se había transformado fundamentalmente en una sede de ayuda social.

Yo era el mensajero que llevaba mensajes entre Firpo y Villalba, como si durante meses hubieran estado hablando a través de mí.

—Si ya tienen los votos, ¿para qué necesitan más? —me decía Firpo.

—Es parte de una política de integración con la comunidad —replicaba Villalba.

—Cuando hay Congreso, la cantidad de senadores, diputados, concejales, intendentes con sus recomendados desvirtúan nuestra tarea. Nos transformamos en compañías fúnebres, vaya a saber qué hay, en esos cajones.

—¿Usted pensó en eso, Villa? —me decía Firpo confidencialmente al oído para que Villalba no pudiera oír...

Lo convencí a Villalba de que el muerto era demasiado importante como para que viajara solamente con Mus-

si, y que además Estela Sayago quería viajar para visitar a sus padres.

—¿Está seguro de que lo quiere acompañar? —me preguntó Villalba.

—Sí.

—Lo veo decidido, Villa. Entonces vaya y no le haga caso a los delirios de Mussi.

—Por favor, señor Villalba, no se olvide de avisarle al doctor Firpo que me voy a ausentar. Dígale que usted me autorizó, quiero decir, que usted me ordenó que fuera.

—Por supuesto, Villa, ¿o por un momento se creyó que me engañaba y se ordenaba solo? Se le nota por el brillo de los ojos que está con ganas de viajar. Tal vez le venga bien cambiar de aire, y lo hace en buena compañía, porque además de Mussi, está Sayago. ¿No es así?

Mussi bajó de la ambulancia y me vino a saludar. Estela Sayago sin uniforme me pareció más bella. Sabía que me tenía que imponer de entrada si quería conquistarla y por eso me dirigí enfáticamente al chofer.

—Mussi...

—¿Cómo se llama?

—¿Quién?

—El hombre. Porque es un hombre, ¿no es cierto?

—Se llama Núñez.

—¿Tiene los papeles? ¿Los verificaron?

—Sí, los verifiqué yo misma —me respondió Estela Sayago.

—¿De qué murió?

—De un paro respiratorio, doctor.

—Eso parece un chiste, es de lo que mueren todos. El doctor Firpo dice que tenemos que tener cuidado de hacer de carnada. El nombre de nuestra Dirección lo dice: Aviación Sanitaria. Lo nuestro es la salud, no la política —le dije con dulzura y con firmeza a Estela Sayago. Lo que me había hecho elegirla más allá del presagio de la Cuca Cuquilla era que me llamara doctor y respetara siempre las jerarquías.

—Siempre lo entendí así.

—Entonces, Estela, el viaje será agradable, a pesar de la carga que llevamos.

A partir de ese momento comencé a llamarla por su nombre.

Fue un viaje agradable. Estela Sayago relató algunas anécdotas de la Escuela de Enfermería y describió los escuerzos gigantes que había en Quitilipi. Mussi, que era amigo de casi todos los *Titanes en el ring* nos contó algunas historias, desde las historias de la Momia y Mister Chile, hasta los dedos magnéticos del Indio Comanche que viajaba para imantarlos en una placa oculta y en un lugar secreto. También nos habló de la muerte de su amigo Jean Pierre, el Beatle, el luchador francés, una muerte oscura por razones políticas que nadie investigó porque no tenía influencias. Yo les mostré una foto en Paso de la Patria, en la temporada de pesca del dorado donde aparecía con Firpo que había pescado un enorme dorado. Advertí que en la foto le sostenía la valija con los elementos de pesca. Fue en un viaje que hicimos durante el gobierno de los radicales.

El pueblo se llamaba Roca y quedaba en el límite de la frontera con Formosa. Un conjunto de casas, manchas verdes que mi mirada inexperta confundía con

pastizales y campos sembrados. Un almacén de Ramos Generales —no había ni siquiera un hotelito— y casi a la salida una pequeña fábrica de cítricos servían para alimentar a todo el pueblo.

Al primer hombre que encontramos por la calle le preguntamos por Núñez. Nos dijo que no lo conocía.

—Si vivió alguna vez, hace mucho que se fue. ¿Seguro que era de este pueblo?

—Acá están los papeles.

—Sí, pero tenemos que ir hasta lo del farmacéutico que sabe leer.

Nos miraban con desconfianza, les queríamos dejar un muerto que no era de ellos. Nadie se hace cargo de un muerto así nomás. Trabajar con Lopresti me había hecho olvidar una cuestión simple y elemental: que cada uno entierra a sus propios muertos. Lopresti siempre dice lo mismo: "Con los papeles, doctor, no hay problema, los arreglamos después, cuando firme el certificado de defunción".

Fuimos hasta la farmacia y Maldonado —así se llamaba el farmacéutico— leyó los papeles.

—Por los papeles es un sobrino político de Doña Encarnación —dijo con la seguridad que le otorgaba ser el doctor del lugar, seguridad que envidié por un momento y hasta pensé que eso debería hacer yo: irme al interior. Todos me respetarían, y yo podría olvidarme de lo demás.

Comenzamos la marcha lenta hasta la casa de Encarnación, a paso de hombre porque el que nos guiaba

no quería subir a la ambulancia. Me daba temor ir a entregar el cuerpo de un sobrino a su tía, y pensar que alguna vez podía ser el cuerpo de Villa el que entregasen a su tía, y a la vez me preguntaba desde cuándo los días habían dejado de ser felices. Días donde reinaba la armonía bajo la mirada serena de Firpo, donde cada cosa estaba en su lugar.

Encarnación no se sorprendió con nuestra llegada. Si bien es verdad que el hombre que nos acompañaba —y que ella llamó Reynoso— se nos adelantó para explicarle lo que pasaba, ya había en la mujer una resignación anterior que da la vida, independientemente de su edad.

Nos quedamos en la entrada mientras ellos conversaban adentro. Encarnación salió, pidió que le abriésemos la puerta de la ambulancia, miró el féretro, lo tocó, y nos dijo:

—No tiene cruz.

—Fue de urgencia, señora, nosotros no nos ocupamos, fue la funeraria —le dije entre la disculpa y el consuelo.

Volvieron a entrar en la casa, y se los oyó conversar. Me pregunté qué hacía yo trasladando féretros en ese lugar del mundo, y me acordé de que mi objetivo principal había sido poder estar a solas con Estela y que en algún momento, cuando me enteré de que el muerto era un sobrino, me entró un ligero temblor en el cuerpo, entonces ella me apretó la mano y me dijo: "Es porque tiene el mismo nombre suyo, doctor, es porque se llama Carlos". No me había dado cuen-

ta, pero no sabía si agradecerle, lo que me había dicho me sumía en presagios cada vez más oscuros. Lo cierto es que me quedé sosteniéndole la mano largamente, y me sentí feliz porque ella no la apartó.

Volvió a salir Reynoso y la cuestión ya parecía una obra de teatro. Mussi comenzaba a protestar por el calor y por la hora en que teníamos que volver a Resistencia.

—¿Usted es chaqueña? —le preguntó Reynoso a Estela. Seguramente su tonada le permitía sospechar que eran del mismo lugar.

—Sí.

—Mire, la señora ya no tiene parientes. Algunos se fueron y la mayoría se murieron. El cementerio está a diez kilómetros. Le podríamos pedir un vehículo a los de la fábrica, pero ella está peleada porque una vez echaron a un pariente. La otra persona es el farmacéutico que tiene una Rural, pero no se anima a pedirle el favor porque ya bastante que a veces le regala remedios que ella no puede pagar.

—¿Entonces qué quiere que hagamos? —le preguntó Estela.

—¿Podrían llevarlo hasta el cementerio?

Me encontré caminando a paso de hombre detrás de la ambulancia. Llevaba un ramo de flores, flores desconocidas que no sabía cómo habían llegado hasta mis manos. Nos habíamos transformado en un cortejo fúnebre. Reynoso iba a caballo, y Doña Encarnación

en la cabina de la ambulancia, junto a Mussi y a Estela. Un chico venía en una bicicleta, y dos mujeres de la edad de Encarnación viajaban en un sulky que se agregó en una parte del camino y al cual me subí.

Cuando Maldonado, el farmacéutico, se enteró de que era médico, nos alcanzó con el auto y me pidió encarecidamente que subiera con él a la Rural.

—Estando mi coche, nunca permitiría que un doctor viaje en sulky —me dijo de una manera que me convenció porque la miré a Estela y ella hizo un gesto afirmando que Maldonado tenía razón.

Cerca del cementerio había una iglesita donde nos detuvimos. El cura viejo le rezó un pequeño sermón.

Mientras tanto, Reynoso había emprendido el galope y se había adelantado para avisarle a la persona que cuidaba el cementerio que se encargara de cavar la fosa. Mussi se me acercó y me dijo al oído:

—Lo que falta es que también tengamos que hacer el pozo.

El cementerio era unas pocas tumbas. Sin embargo, había dos bóvedas: una, que reconocí como de la familia Maldonado, y la otra de Cantorini. Me enteré por el farmacéutico que era de los dueños de la fábrica y tenían una casa fuera del pueblo. Estaba invitado a tomar el té. Le agradecí pero le dije que no porque debíamos regresar a Resistencia.

La ceremonia fue breve. Tuvimos que darle una mano a Reynoso, a Maldonado, al chico de la bicicleta y al cuidador del cementerio para llevar el cajón unos

metros. Después fue el golpe seco al caer en la tierra porque no había sogas y la tierra casi colorada lo fue cubriendo mientras Reynoso improvisaba con dos tablas una cruz de madera que quedó clavada sobre esa tierra que lo tapó a Núñez.

En el viaje de regreso conversamos poco. Ni siquiera algún chiste de Mussi logró que cambiáramos el humor. Otra vez Estela volvió a tomarme la mano y ya no me la soltó durante el resto del viaje. Como estaba previsto, Mussi la llevaría a Quitilipi, y yo cruzaría con la balsa hasta Corrientes donde había amigos esperándome. Estela me preguntó si no quería acompañarlos. Le dije que prefería hacer las cosas como estaban planeadas. En realidad, atravesaba el río en balsa como lo había hecho hace diez años para ver a Elena cuando ella vivía en Corrientes. Y ahora, aunque sabía que ya no estaba ahí, era una manera de despedirme de ella para confiarme definitivamente a las manos de Estela Sayago.

Mientras cruzaba el río tenía la cara de Estela despidiéndome en el muelle, y a medida que el *ferry* se acercaba a la otra orilla me acordaba de Elena cuando me esperaba con el pelo largo cayéndole sobre los hombros, y su cuerpo que atraía la mirada de los hombres.

Por qué había terminado por vivir en Corrientes era parte de su historia o parte de la historia de su padre. Teníamos veinte años, mucho no podíamos decidir, sin dinero se pueden decidir muy pocas cosas. Al padre le

habían ofrecido el puesto de secretario de redacción del diario *El Liberal*. En Buenos Aires ya no le quedaba nada para hacer. El alcohol y la política le habían hecho perder casi todo. En Corrientes tenía otra oportunidad.

A ella la conocí en una huelga de estudiantes. Fue ahí que por primera vez oí la palabra "carnero". Me la gritaron y el grito me hizo arder la cara. Sin embargo, no podría decir que era de vergüenza. Era un sentimiento entre el estupor y el miedo. Fue a fines del verano del '63.

Estaba en quinto año del secundario y en esa huelga de estudiantes yo era un rompehuelgas. Debe haber sido la única época de mi vida en que tuve valor para algo.

Elena también entraba al colegio. Había perdido un año por mudanzas, falta de dinero, desidia. Estaba apurada por entrar a Medicina y quería hacer el ingreso mientras cursaba el último año.

Cerca de Crámer, el club donde meses más tarde bailando nos intercambiamos las medallas, la rodearon los huelguistas y le quisieron cortar el pelo. Le agarró como un ataque de locura y empezó a gritar: "El pelo no, el pelo no". Gritó tanto que la dejaron ir, sólo que la llenaron de insultos y de plumas que le pegaron con brea al vestido. Llegó a la escuela llorando, sin poder emitir palabra, y esos ojos llorosos, esa fragilidad en el cuerpo hizo que me acercara.

Así fue que nos conocimos y así ella entró esa noche a la clase de literatura y a mi vida. Palacios, el pro-

fesor, nos despreciaba por "carneros", pero tal vez se despreciaba a sí mismo por estar dictando clase.

La escuela se llamaba José Hernández, y Palacios hablaba del *Martín Fierro*, hablaba de las hazañas del personaje mientras el poema se volvía una cosa lejana, una historia ajena de indios y compadres y de un campo que no había visto nunca.

Como eran los primeros días de clase, fue preguntando el nombre de los alumnos. A mí me conocía del año anterior, pero Elena era una cara nueva. Entonces preguntó el apellido de la única chica de la clase. "Espinell", respondió ella, y fue la primera vez que le oí la voz.

Ahí comenzó nuestro noviazgo y siguió hasta el fin de ese año en que su padre se tuvo que ir a *El Liberal* de Corrientes. Primero se fue él y después la familia, que hizo la mudanza de casa, lo que quedaba de una Anahí injertada en medio de otras casas de material en una cuadra que estaba lejos de ser pobre.

La casa era rara como Elena, que bailaba el rock aunque quería bailar ballet. Una vez me llevó al teatro Roma a ver *La consagración de la primavera* cuando todos iban a bailar al Automóvil Club. Nunca había entrado al teatro, aunque estaba en el corazón de Avellaneda. Formaba parte de otra vida: el mundo de las mujeres, lejano del mundo de los moscas. Era una música que no había escuchado nunca. Guardé el secreto porque me daba vergüenza que se enteraran de que iba a ver ballet.

Su última noche en Buenos Aires fue como el final de algo. Decidieron embalar las cosas con cajones hechos con la madera de la casa. Sus hermanos junto a su ex novio, un hombre de los frigoríficos, comenzaron a desarmar la casa. Poco a poco fueron serruchando parte de las paredes, y la casa fue perdiendo sus ambientes y todo se transformó en un espacio único con un piso de madera que parecía una pista.

Entonces el ex novio la invitó a bailar y a Elena bailar la volvía loca y no veía nada malo en bailar, entonces me dijo: "Una cosa es el baile y otra el amor". Y bailaron el *rock and roll* al compás de los golpes que daban los hermanos que ahora se dedicaban a clavar los cajones y llenarlos con cantidades de libros que tenía que llevar el padre porque para trabajar necesitaba su biblioteca.

Ella también, como Estela Sayago, tenía un pulóver tejido por mi tía. Y las medias medallas lucían en la noche mientras llegaba el amanecer y el ex novio cargaba todo en el camión frigorífico y yo estaba aterido en esa cámara helada y él en la cabina con Elena y la madre. Y me acordé de que apenas unas horas antes yo también caminaba detrás de un cortejo hasta que las señoras me invitaron a subir al sulky y después Maldonado me pidió que lo acompañara en la Rural. Como si siempre estuviese caminando fuera de lugar.

Cuando el *ferry* atracó, todo el paisaje se me vino encima de golpe. Los uniformes de los hombres de

la Prefectura que controlaban a los pasajeros que bajaban de la balsa volvieron a intimidarme como la primera vez, y hasta me pareció ver a Elena llegar en bicicleta apurada como siempre para no perder ese instante del reencuentro que era el mejor, ya que después comenzaba una serie de recriminaciones mutuas, de celos que nos envolvían y que iban aumentando durante los días en que estábamos juntos. Hasta que al acercarse la hora de partir otra vez comenzábamos a extrañarnos y a dejar de lado los pequeños detalles para hablar de las grandes cosas que había entre nosotros.

Caminé primero hasta el edificio del viejo diario *El Liberal*, donde me había sentido importante por ser el novio de la hija del secretario de redacción. Todos me saludaban hasta que Espinel fue entrando en descrédito, por peronista y porque no dejaba de tomar.

Estuve horas vagando por las calles de esa ciudad católica y prejuiciosa pero a su vez llena de sensualidad y exuberancia donde todo era exagerado. En realidad les menté a Mussi y a Sayago: no tenía ningún amigo en el lugar ni lo había tenido nunca. Recordé aquellos días de un verano interminable en que el sol partía la tierra y no teníamos un peso. Iba a cumplir diecinueve años, estaba sin trabajo y ni siquiera había terminado la secundaria. Fue ahí que me llegó un telegrama de mi tía avisándome que me esperaba un puesto en el Ministerio. Sin saber todavía que meses des-

pués conocería al hombre que me iba a cambiar la vida: Firpo estaba esperándome para llevarme con él a través del cielo convertido en auxiliar de a bordo de un avión llamado Natividad.

Cuando diez años atrás había recibido una carta de Elena con una fotografía la había roto. Esta no era Elena, el pelo corto y de otro color. Algo serio debía haber pasado para que ella tomase esa decisión, cortarse el pelo no era cualquier cosa en su vida. Quizá caminar por la playa era lo que ahora me recordaba la historia: en la carta me hablaba del hombre de la Prefectura que la había seguido.

En uno de mis primeros viajes caminábamos de la mano deseosos de encontrar algún lugar donde ocultarnos. Yo había llegado el día anterior, después de un largo recorrido en camión, y casi ni habíamos podido besarnos atrapados entre la locura moral del padre, el miedo de la madre y los prejuicios de esa ciudad.

En la ciudad no había hoteles alojamiento, sólo un hotel en la ruta, pero no teníamos auto para poder llegar. Buscábamos entonces un lugar desierto. Encontramos una especie de subida entre los árboles que nos condujo a unas rocas o piedras donde pudimos ocultarnos. Eran las seis de la tarde y todavía faltaba para que cayera el sol, pero cuando uno quiere ocultarse no sabe dónde hacerlo.

Comenzamos a besarnos y después de tanto tiempo empecé a desnudarla como la primera vez y cuando me incliné sobre su vientre, perdí la cabeza. Hasta que la levanté para volver a respirar y vi a tres hombres de la Prefectura que nos estaban mirando. Me quedé paralizado, cuando reaccioné le dije a Elena que se vistiese y nos fuéramos. Ella no entendía. Yo le dije: "No mires para atrás", y comenzamos a buscar la otra salida de la playa.

Los gendarmes nos estaban esperando al final del camino. Pronto comenzaron a interrogarnos y a pedirnos documentos. Nos acusaban de corromper la ciudad con esos espectáculos en público. "Cómo se atreve. La señorita es la hija del secretario de redacción de *El Liberal*", les dije amparándome en el cargo del padre, pero dándome cuenta de que mis palabras carecían de peso. Uno de ellos pareció no amilanarse y me respondió: "Bien, le voy a contar lo que la hija anda haciendo por la calle. ¿Quiere que le diga el color de la bombacha de la señorita?"

Yo quedé fulminado, y Elena empezó a llorar como loca y, a rogarle que no le contara al padre. Y entre ellos se estableció un diálogo mudo hecho de llanto, suspiros entrecortados y miradas, hasta que el hombre dijo: "Por esta vez se pueden ir. Pero acuérdense de que no queremos porteños que nos traigan malas costumbres".

En la carta Elena me contaba que el hombre de la Prefectura comenzó a seguirla en bicicleta. Hasta ese

momento nunca le había dirigido la palabra pero ya había localizado dónde vivía y la esperaba por la mañana cuando ella iba a su clase de dactilografía. Por eso decidió cortarse y teñirse el pelo.

Necesitaba sacarla de ese lugar y el destino me lo posibilitó. Por unos meses no volvimos a vernos hasta que empecé a trabajar de auxiliar de a bordo. El primer viaje fue con el Ministro Oñativia a la ciudad de Corrientes, y también fue mi primer vuelo con Firpo. Mejor dicho, el primer vuelo de mi vida. Firpo tenía miedo de que me descompusiera, pero volver a ver a Elena me sostenía en el aire.

La comitiva tenía reservadas habitaciones en el Hotel de Turismo, un hotel lujoso y decadente, donde me alojé. Desde ahí con un coche oficial, negro y brillante, llegué hasta la pensión para buscar a Elena. Me sentía Dios y se lo debía al hombre del alfiler de corbata con cabeza de caballo, tal como lo llamé, para mis adentros, desde que lo conocí. Se la presenté a Firpo: "Ésta es Elena". En realidad primero le dije a ella: "Éste es el famoso doctor Firpo".

Así fueron transcurriendo los meses de ese año: el padre que se fundía, los giros de dinero que yo regularmente le enviaba. Para ella era imposible volver a Buenos Aires porque siempre estuvo dispuesta a seguir el destino de sus padres que, a su vez, estaban dispuestos a sacrificarla. Hasta que la cosa no dio más y fue cuando al padre lo despidieron del diario. Entonces decidí ir a buscarla y para eso organicé una gira de tras-

lados de enfermos. Ahí volvimos a tener una noche de mudanza. Les conseguí una casa en alquiler en el barrio de los Olímpicos, una casa cerca de la otra. Y esa cercanía no fue el sueño que había soñado sino el comienzo de una pesadilla.

Con Elena llegamos a comprometernos. En esa pequeña reunión, ella conoció a Villalba. A las medias medallas agregamos dos alianzas con los nombres grabados y una fecha. En realidad el compromiso vino a sellar una unión que más allá de la cama parecía derrumbarse a cada instante. Estaba la locura moral del padre y la bebida que lo iba tomando cada vez más. Y estaba la madre que parecía haber encontrado un amante entre los Olímpicos jóvenes. Y Elena no podía escapar a ese destino porque el trabajo que le conseguí servía para mantenerlos.

Ese hombre tenía una verdadera obsesión por su hija. También por su mujer. Sin duda, así como se odiaban, se amaban. Yo provenía de un lugar tan diferente, una frialdad y una formalidad que creaban una barrera con la gente. Sólo Elena lograba traspasar esa barrera, pero lo nuestro se complicaba cada día más. Yo casi sin quererlo, y por aquellas palabras de Firpo, me había encontrado estudiando medicina. Por las exigencias de su trabajo, Elena no lograba entrar en la carrera, lo cual fue creando resentimiento entre nosotros.

Por otra parte esa mujer me despertaba unos celos enfermizos. La celaba con su jefe, con sus compañeros de oficina. Es verdad que ella tenía una manera de bai-

lar... En todos esos años nunca le pregunté cómo había aprendido a bailar. ¿Cómo había sido la primera vez? ¿Frente al espejo? ¿Mirando una comedia musical? Algunos bailan como si hubieran venido al mundo bailando. Para mí bailar era tan difícil como coger. En cambio el Polaco bailaba el rock en Crámer o en el Automóvil Club, mientras yo me escondía detrás de su cuerpo.

Fue ahí que comencé los cursos de hipnotismo por correspondencia para tratar de hipnotizar a las mujeres. Había leído en una revista la nota de un mago, era una mirada, sólo una mirada, un magnetismo. Una energía que había que ejercer. Ese magnetismo le daba fuerza a la cabeza como un imán y la hacía permanecer erguida como la de un soldado. Cuando perdía el magnetismo la cabeza se me bamboleaba y parecía un alfeñique y no había nada peor que un alfeñique. En los bailes trataba de poner en práctica la lección del mago. Pero resulta que Elena me había hipnotizado a mí. La atormentaba con mis celos y ella empezaba a cansarse. Las escenas empezaron a hacerse cada vez más frecuentes, y yo la miraba fijo queriendo ejercer sobre ella un poder que ya no tenía.

Tampoco ayudaron las circunstancias. Firpo, que me quería cerca para que pudiera alternar mi servicio militar con la oficina, pensó en recurrir a una ordenanza existente en Defensa Nacional que me permitiera estar en comisión en Aviación Sanitaria. Pero nada de eso sucedió. Me tocó tierra en Campo de Mayo y fui un

soldado raso y estuve un mes sin salir. Hasta que llorando lo fui a ver al teniente para pedirle un permiso de salida. Al verme tan desesperado me preguntó: "¿Por qué tanto apuro y desesperación por salir, soldado?". Cuando le dije que era por celos, por el temor de que mi novia me engañara, me miró y me dijo: "Debería tener más orgullo, soldado". Y me negó el permiso.

Entonces me hice mosca del jefe de Compañía, del capitán Dossi, que participó en las Olimpiadas de Tokio. Cuando era su mosca preferido hasta me prestaba su capa y yo me envolvía con ella para volar del cuartel.

A medida que pasaban los meses me volvía más loco, la celaba cada vez más, y hasta llegué a seguirla por la calle. La esperaba a la salida de la oficina y la espiaba. Y si la veía hablando con un compañero, sufría. La miraba caminar y me la imaginaba bailando. Le reprochaba esa virginidad que no me había dado nunca.

Entonces terminé por engañarla con una compañera de la Facultad, casi me exhibí delante de ella para que pudiera verme; pero, como casi todas las cosas, sin darme cuenta. Pero ella me vio. Nos cruzamos en el Obelisco. Y me dijo: "Es el azar". Esa misma tarde ella arrojó los anillos al río.

Después sólo nos vimos una vez cuando hablamos de lo sucedido y ella me dijo que todo había terminado. Entonces de veras se acabó y era un sufrimiento vivir tan cerca porque hasta la oía cantar y a veces reír. Desaparecí del barrio. Sólo iba por las noches y me dediqué a estudiar para recibirme de médico. "Nunca más

me puede volver a pasar", me decía. Un día me enteré de que estaba de novia. Otro, de que estaba por casarse. Nunca quise saber con quién.

Todo eso lo recordaba mientras el *ferry* dejaba atrás Corrientes, y yo me sacaba un poco de arena de los pies tratando de calcular cuándo estaríamos de vuelta en Buenos Aires y si Sayago estaría esperándome en el puerto.

Sí, los dos estaban esperándome. Mussi haciéndome señas de que ya había que salir y Estela Sayago como dándome la bienvenida.

—¿Qué tal el viaje? ¿Qué tal los amigos?

—Como siempre, como si el tiempo no hubiese pasado. A veces pienso que solamente pasa para mí —mientras lo decía me llenaba de remordimiento pensando que no debía empezar mintiéndole. Pero, ¿qué le iba a decir?

—¿Y tu familia? —le pregunté, verdaderamente interesado.

—Bien, muy bien. Siempre me quedo con ganas de quedarme.

—¿Te quedarías? ¿Volverías a vivir en tu pueblo?

—No sé, cada tanto pienso que sí. Si bien a veces parece aburrido hay una tranquilidad de fondo en las cosas que uno puede palpar y hasta percibir.

—Es extraño, yo siempre quise salir de donde había venido.

—¡Qué lástima que no viniste! Quizás así me entenderías.

- Me hubiera sentido como un intruso.
- Al contrario, me preguntaron mucho por vos.
- ¿Por mí?
- Bueno, yo les hablé, les conté cosas.
- ¿Qué les dijiste?
- Que eras médico.

La volví a tomar de la mano como en el viaje de ida y creo que la solté cuando noté que la presión de mi mano la estaba lastimando. Ella se había dormido sobre mi hombro y la oí lanzar un pequeño gemido.

Habíamos empezado con un funeral y terminábamos con una boda. Así eran las cosas por ese tiempo. Mientras tanto la tía Elisa preparaba el ajuar para la novia. Estaba apurada, la apuraba la vida que le quedaba.

A su vez yo me debatía pensando quiénes iban a ser los testigos y el padrino. Finalmente opté por que Firpo fuera el padrino y la mujer de Villalba, la madrina. Nos íbamos a casar en Morón donde vivían Estela y sus parientes, también Villalba vivía allí. Finalmente lograba hacer coincidir una cuestión que me tenía preocupado y que era cómo complacer a los dos al mismo tiempo.

Era como si la boda por venir hubiese resultado el símbolo de una armonía que comenzó en la oficina. Quizá tuvo que ver con una licencia que Salinas tomó por enfermedad y de esa manera nominalmente Firpo volvía a ser el director. Por lo tanto su escritorio se llenó de papeles que tenía que firmar aunque todo estuviese digitado por Villalba. Y puntualmente a las siete Firpo volvió a disponer de su coche.

Todas las noches el automóvil del Ministerio llevaba a Villalba hasta Morón, y él llevaba también a Estela. Yo solía acompañarlos y no sé si era por esa razón que a ella le caía más simpático Villalba que Firpo. Decía:

—El doctor me parece demasiado rebuscado. A veces no entiendo lo que dice y me da la idea de que está fuera del tiempo. Mientras que Villalba es más realista, más práctico. No se puede ir contra la corriente.

Sus palabras me producían cierta desazón y la opinión que tenía sobre Firpo me hacía dudar de si mi decisión había sido correcta, si era la mujer apropiada para mí. Es que la tía no me había dado mucho tiempo. Por otra parte, cuando íbamos en el coche le daba la mano y eso me hacía sentir seguro. Con ella nunca sentía celos y me tranquilizaba que no le gustara bailar.

Sin embargo, no podía sacarme a Elena de la cabeza. Siempre había alguna cosa que me la volvía a traer. Es verdad que ella estaba en el corazón de Avellaneda y cuando pasaba por Crámer me acordaba del día en que bailamos por primera vez y también del día en que, en La Real, le conté que había trabajado de mosca.

Por esos días surgió algo que no estaba previsto y que hacía años que no me sucedía. Un sábado a la noche en que estaba de guardia llamaron del Ministerio para que me presentara a atender a una octogenaria que era la madre de uno de los secretarios de Estado. Subí a la ambulancia acompañado no por Mussi sino por Otero, el otro chofer que era chaqueño como Este-

la Sayago, sólo que de otro pueblo. Solía pedirme algunos favores como que le extendiera certificados sobre enfermedades inexistentes que él presentaba en su otro trabajo en Obras Sanitarias. A su vez él me los devolvía llevándome algunas veces con el auto del Ministerio hasta Avellaneda. Teníamos una relación amistosa. En ocasiones habíamos hablado de mujeres, y hasta llegó a atender por teléfono a alguna que yo no quería atender.

Esa noche fuimos hasta el barrio de Belgrano y entramos juntos en un departamento que aunque era pequeño a mí me pareció inmenso por los cuadros y los tapices tan valiosos. La pomposidad que irradiaba cada objeto me intimidaba. La octogenaria estaba con una especie de dama de compañía. Cuando la ausculté me di cuenta de que se moría, cualquiera se hubiera dado cuenta. Me entró un leve temblor, no sabía cómo hacer para hablarle al secretario y decirle que su madre se moría. Otero, que observó mi temblor, se me acercó y me dijo al oído:

—No te hagas problema, Villa, la madre no debe importarle mucho, si no el secretario estaría aquí con ella. Partí de esa idea, no le interesa, si no, no te hubiera llamado a vos.

Sentí que me calmaba y me ofendía al mismo tiempo. Cómo se atrevía un chofer a hablarme así. ¿Y las jerarquías? Hay que hacerlas respetar y yo no podía. Me entró un encono profundo con Otero y le dije:

—Andá a avisarle al secretario lo que está pasando.
—Pero yo soy el chofer —me respondió sorprendido.
Su respuesta me descolocó y le dije:

—Entonces que le avise el operador de guardia. Que use el teléfono policial que se comunica directamente con la casa del secretario.

Ocuparme de esos asuntos hizo que la octogenaria se muriera en los brazos de la dama de compañía. “Era la persona que más había estado a su lado durante esos años”, nos dijo a Otero y a mí mientras esperábamos al secretario. Cuando entró, me presenté y le dije:

—Lo siento, su madre acaba de morir.

—Me lo imaginé porque me llamaron a estas horas de la noche. ¿Cómo dijo que se llama, doctor? Voy a necesitar que me extienda el certificado de defunción.

—Villa, señor, doctor Villa.

—¿Cuánto hace que sucedió?

—No llega a una hora.

—Doctor, ¿se podría encargar de los trámites funerarios? Yo tengo que ocuparme de los asuntos familiares.

—Sí, señor, por supuesto.

—Gracias, doctor, ¿Villa, me dijo?

—Sí, señor, Villa, doctor Villa.

—Lo tendré en cuenta. Le diré a Salinas que haga una mención en su foja de servicios para las calificaciones anuales.

—Gracias, señor.

A la noche nos ocupamos con Otero de los trámites de la funeraria. Firmé el certificado de defunción, después de colocar como causa de la muerte: “paro respiratorio traumático”. Y sentí un alivio porque mi función terminaba ahí. Pero no la noche; la noche, no. Otero se había quedado picado y cuando íbamos caminando para la ambulancia me dijo:

—Villa, ¿te acordás de mí?

Lo miré sin saber de qué hablaba. Pensé en pedirle disculpas. Finalmente habíamos compartido tantas guardias y más de una vez, como esa noche, me había sacado de un apuro.

—Te repito, Villa, ¿Te acordás de mí?

Su pregunta me remitía a algún pasado anterior al Ministerio. Lo miré y todo el cielo de Corrientes se me vino de golpe a la cabeza.

—Yo hace tiempo que te reconocí, pero no me decidía a decirte nada, ahora Villa sos un doctor, antes eras un pendejo asustado. Pero hoy te vi temblar como aquella vez.

Otero era uno de aquellos hombres de la Prefectura, más precisamente el jefe. Lo quería odiar y no podía, durante este tiempo había surgido cierto aprecio entre los dos. Él más bien parecía divertido:

—Y la chica, ¿la perdiste de vista? Lástima, Villa, porque era más linda que la Sayago.

—Sí, Otero, en eso ando, en perderla de vista para siempre. Sólo que a vos se te ocurre esta broma pesada...

—¿Pero te acordabas de mi cara?

—Sí, Otero, ahora me acuerdo, no sé cómo hice para olvidarla durante estos años.

—Ahora que te casás, te tenés que portar bien, Villa.

—Sí, Otero, tengo que portarme bien.

—Y decíme, ¿figuraba Otero entre la lista de invitados? ¿O no tenía ese honor?

—Sí, Otero, ya te había puesto. Además me dijo Estela que te pusiera.

—Gracias, doctor. Cuente con Otero.

La boda se realizó en la iglesia de Morón, y la fiesta en el salón de Luz y Fuerza. Toda Aviación Sanitaria estaba ahí. Del barrio de los Olímpicos, solamente algunas vecinas de mi tía. De mis amigos, sólo vino el Polaco al que finalmente logré encontrar tras una larga búsqueda que comenzó en la sede de Racing entre los jugadores de frontón, y terminó en la vieja fábrica de chatarra que tenía con la familia. Como de costumbre, fue muy claro: "Villa, no me gusta la gente con que andás. Vos sabés lo que te digo, la gente del Ministerio. Están pasando cosas pesadas en el país. Hay gente que desaparece y dicen que la central de operaciones es ese Ministerio. Villalba es el que menos me gusta, y el otro, el doctor del que a veces me hablás, creo que se llama Firpo, me parece que no tiene ningún poder".

Le respondí que mi trabajo era sanitario, que yo no tenía nada que ver con muertos ni cosas raras, que todos

ahí eran funcionarios o empleados de carrera. Su respuesta me hizo pensar que no lo volvería a ver, y me pregunté por qué perdía de vista a la gente que quería.

Estela Sayago bailaba con Villalba. Se la veía feliz con su vestido de novia. Firpo había estado en la ceremonia religiosa y en la fiesta estuvo apenas unos minutos como para brindar. Con el enojo de Mussi que tenía que llevarlo de nuevo a la Capital: "Siempre nos consideró sapos de otro pozo. Vino por cumplir".

Las palabras de Mussi me hirieron pero no hicieron mella en lo que yo sentía por Firpo. Por otra parte me hubiera gustado preguntarle a Mussi de qué pozo era yo.

No hubo noche de bodas porque el avión salía muy temprano para Bariloche. Los pasajes fueron el regalo de Firpo, la estadía era el producto de la colecta que se hizo en la oficina, mientras que Villalba me regaló un lavarropas: "Algo sólido, que dura muchos años", me dijo casi en tono de consejo.

Esos días en el Sur pasaron rápido. Me confié a la ternura de Estela. Por otra parte el encuentro entre nuestros cuerpos no hizo que me olvidara de mi principal preocupación: qué iba a pasar en el Ministerio. Ella me dijo una frase que se parecía a la del Polaco, sólo que me pareció que la decía con otra intención: "Lo que suceda en el Ministerio tendrá que ver con lo que suceda en el país y viceversa". Le gustaba hacer razonamientos donde pudiera emple-

ar la palabra viceversa. Todo tan simple y elemental como un piloto reversible. El secreto consistía en que de un momento a otro el mundo podía reducirse a esa solución de reversibilidad que le daba una armonía perfecta. La misma serenidad que sentía cuando nos quedábamos mirando el atardecer frente al lago Gutiérrez y ella me daba la mano. Entonces, los cerros cubiertos de nieve, igual que mi carrera, no me parecían tan inalcanzables.

En una de esas conversaciones que teníamos durante la cena, le dije:

—¿Te acordás de lo que te pregunté aquella vez, en ese pueblito? ¿Cómo se llamaba?

—Roca, pero la verdad no me acuerdo de lo que me preguntaste.

—Si te volverías a Quitilipi para siempre.

—Te dije que a veces pensaba que sí y otras que no. Pero ¿qué te preocupa?

—Mi carrera. Necesito tiempo para ascender.

—¿Qué pretendés? ¿El lugar de Villalba?

—Él no es médico.

—¿El de Firpo?

—Eso me queda grande. No me gusta dirigir, prefiero estar al lado de un grande y ser su hombre de confianza.

—Estás pensando que si a Firpo lo trasladaran te irías con él.

—No podría abandonarlo.

—Sabés que no estoy de acuerdo.

—Es la segunda mujer que me dice lo mismo.

—¿La segunda? ¿Quién es la otra?

—Una adivina, o mejor dicho, una vidente. Una mujer de mi barrio. Me conoce desde chico.

—Sos capaz de no escucharla, tu sentimiento de obligación con Firpo es muy fuerte.

—¿Por qué de obligación?

—No sé, digo, no parece ser de agradecimiento. Es algo que viene de más atrás, de más adentro. Por lo menos yo tengo esa intuición.

—Tal vez no sea otra cosa que la cabeza de caballo.

—¿Qué cabeza de caballo?

—¿Nunca viste el alfiler de corbata que lleva? Es una cabeza de caballo.

—Sí, ¿y eso qué significa?

—Es hermosa.

—A mí me parece *demodée*.

Desvié la mirada. Siempre que en la vida tenía ganas de pegarle a alguien desviaba la mirada. Esta vez la desvié hacia un ala de ángel que se formaba en un cerro. ¿Y no iba a ser eso mi vida, un ala de ángel, un espejismo por donde uno cree que camina seguro y de pronto es un vidrio que se resquebraja? Ella se dio cuenta de mi reacción y me dijo:

—Nunca te vi así. Parecés un desconocido.

Después le tomé la mano y confié en que si alguien pudiera leerla encontraría en sus líneas un destino seguro. Un matrimonio con hijos, un hogar feliz, una vida sin sobresaltos, como le habían dicho alguna vez. Y ella

iba por el mundo creyendo en eso. Y cuando me tomaba la mano yo también terminaba por creerlo.

Los presentimientos que había tenido en Bariloche no habían sido vanos. Salinas, recuperado de su hepatitis, volvió a tomar la Dirección. Y eso se hizo sentir no sólo sobre Firpo sino sobre el resto del personal. Como si hubiese querido recuperar el tiempo perdido, retomar el control de todo el tiempo en que había estado ausente. Con Salinas retornaron los custodios, el subteniente retirado Martínez, el subinspector Aguirre que tenía un contrato con la parte de comunicaciones. Lo cierto es que las Itakas y las cuarenta y cinco volvieron a aparecer ante la mirada impávida de los empleados, que otra vez tuvimos que acostumbrarnos mansamente a esos objetos que por un tiempo habían estado fuera de nuestra vida y de nuestra circulación. No sé si lo nuestro era resignación o una aceptación temerosa, y me daba miedo de mí mismo porque me llevaba a una indiferencia tan absoluta que hacía que esas armas se vieran abstractas, desafectadas de su función real. Y aunque a veces incluso las controlaban o las limpiaban delante de nuestros ojos, no pensábamos que eran para matar, y mirábamos el "service" como si se tratara de una aspiradora o cualquier electrodoméstico. Sólo Firpo se oponía y casi por un problema estético. Él mismo lo decía: "Fíjese, Villa, en mi carrera y en mi espe-

cialidad tuve que abrir cuerpos con el bisturí y no me tembló el pulso, incluso practiqué caza menor y mayor. Pero cada cosa en su lugar. Esto parece un aguantadero, no un destacamento de aviación. En esa foto Onganía está inaugurando la red sanitaria entre Buenos Aires y el resto del país. Y en esta otra, Illia está entregando ambulancias Rambler. Y esa casi borrosa es el capellán naval bendiciendo el 'Esperanza'. ¿Usted ve armas? Esto es una banda, Villa".

Tenía miedo de que lo estuviesen escuchando. Últimamente cada vez que pasaba a su despacho cerraba la puerta. Y durante su ausencia revisaba cada centímetro de su oficina para ver si habían colocado micrófonos para grabarlo.

Me daba cuenta de que Firpo estaba desmadrado y, para mi riesgo y el suyo, hablaba con cualquiera. Primero me lo dijo el ordenanza, el negro Thompson:

"El viejo dice cualquier cosa. Esto se está convirtiendo en un ring. Por un lado Pascualito, por el otro yo, el negro Thompson, falta que lo traigan a Gatica".

Creo que Thompson, como yo, nunca le había pegado a nadie.

Me alarmé cuando una noche, cenando, Estela decidió hablarme de Firpo: "Al doctor lo noto un poco exaltado. Es raro, pasa de estar eufórico y despotricar contra todo el Ministerio a sumirse en un estado de ausencia. Ya habla mal de Villalba, de Salinas y hasta del Ministro. Dice que dejamos de ser un departamento médico para transformarnos en una feria. Parece que

el otro día la Señora Presidenta y el Ministro estaban viendo un programa por televisión, de esos de preguntas y respuestas y de pruebas ridículas, pero en los que también piden ayuda. Entonces llamaron desde Olivos al directo, era la voz del propio Ministro; como Salinas no estaba le pidieron a Firpo que se ocupara del asunto. Parece que por primera vez se negó al pedido de un Ministro diciendo que estaba fuera de su área y que era un asunto que no nos competía por no entrar dentro de la jurisdicción nacional. Tengo miedo, Carlos, de que ese hombre pueda comprometerte”.

Firpo tenía razón. Nos habíamos convertido en una feria. Una corte de los milagros circulaba todo el día por la oficina: rengos, ciegos, deformados, inválidos en sillas de ruedas. Les prometíamos, siempre les prometíamos algo. Sólo que no dependía de nosotros, nosotros éramos médicos.

Fue uno de esos días. Un sábado por la noche en que estaba de guardia que comencé a querer dejar esa oficina. Levanté el teléfono y recibí una amenaza de volar por el aire, la amenaza era de un Comando Revolucionario. También el Ministerio dejaba de ser un lugar seguro. Siempre había pensado que los enemigos podían estar adentro, que nosotros éramos enemigos posibles de ser perseguidos, sospechosos para la gente del Ministerio. Pero no hubiera sospechado que éramos enemigos para esas voces anónimas que nos amenazaban y nos llamaban asesinos.

Aquella fue mi última guardia. Tal como había dicho Estela Sayago, a partir de ese momento todo comenzó a precipitarse en el Ministerio y también en el país. El Ministerio ejercía el poder con mayor violencia y sin tolerar ninguna oposición. Las opiniones de Firpo no eran peligrosas, pero sí molestas y de mal gusto; además las comentaba en los circuitos que solía frecuentar. Por eso no lo querían como enemigo declarado, tenía demasiadas relaciones con médicos, políticos, ministros y algunos militares. A Salinas su presencia se le volvía cada vez más irritante. Firpo representaba el símbolo de una época que debía desaparecer en el Ministerio: “Es un viejo liberal”, había dicho Salinas, como dando por terminado el asunto entre los empleados. Si bien Villalba compartía el criterio de Salinas y quería sacarse del medio a Firpo, durante veinte años de carrera Firpo había sido su jefe y la sombra de su antiguo poder todavía ejercía sobre él cierta influencia.

La suerte de Firpo estaba echada, y la mía también. Cuando me enteré oficialmente de que Aviación Sanitaria abandonaba la instancia operativa para transfor-

marse en una instancia de prevención, me di cuenta de que nos quedábamos sin el poder de los aviones. Lo cierto es que resultábamos desafectados. Nuestra tarea, de ahora en más, consistiría en estudiar la redistribución sanitaria del tránsito aéreo. La política sanitaria consistía en descentralizar.

Firpo se quedó sin los aviones. Y una mañana junto con Alicia Montero comenzó a descolgar los diplomas y las fotos de la pared. Yo seguía con la decisión de seguirlo. Si Villa era alguien, era porque Firpo había hecho alguien de él. Aunque fuese un médico de la memoria.

Como necesitaban armarle una pequeña Dirección, mezclaron gente de carrera y contratada. Alicia Montero estaba destinada a seguir con él. Pero además buscaron a una dactilógrafa, última en el escalafón y que no le caía bien a Salinas. Durán, un médico que Firpo había traído del Instituto de Cirugía Torácica y que tenía un valor puramente asistencial, también fue trasladado. Lo mío no estaba decidido.

Villalba me dijo que era preferible que yo tuviera una experiencia en prevención y me preguntó mi parecer:

—Nunca lo pensé.

—Yo sé, Villa, que su mujer no está de acuerdo en que siga con Firpo.

—Son puntos de vista.

—Usted pensará que ahí va a vegetar en vida, pero yo le aseguro que va a ser importante para su carrera.

—Usted, Villalba, siempre piensa en mi bien.

Me quedé en silencio. Yo no tenía alfiler de corbata de donde agarrarme. Prendí un 43. Aunque no sabía por qué, en lo más íntimo deseaba el pase. ¿Por miedo? ¿Por lealtad? ¿Por conveniencia? La cabeza se me abría en una pregunta infinita. Trataba de encontrar un argumento que más tarde también me sirviera para esgrimirlo ante mi mujer. Como siempre, hubo algo que me salvó. Esta vez fueron las palabras de Villalba:

—Villa, necesito a alguien de confianza al lado de Firpo. Habla con cualquiera, habla del pasado. Habla de usted, de mí. Se da cuenta de que yo cuido mi foja de servicios, es como mi culo. Y tampoco le voy a mentir, yo también le tengo cierto aprecio.

—¿Pero qué dice de mí? —le pregunté a Villalba. No me importaba el peligro que pudieran ocasionarme las palabras de Firpo, solamente me interesaba saber qué decía de mí. Cómo hablaba de Villa cuando Villa no estaba.

—Para darle sólo un ejemplo: dice que usted usó los aviones para fines particulares. Se refiere a cuando trasladó a la familia de su antigua novia. Dice que movilizar un avión sin un motivo justificado y con un fin particular es un delito contra el Estado.

No sabía si Villalba mentía pero igual me dejaba un sabor amargo. Que fuera una mentira de Villalba no me preocupaba moralmente, pero sí que Firpo habla-

ra de Villa de la misma manera, tanto cuando estaba presente como cuando estaba ausente.

Villalba me había dado el argumento para mi mujer: yo sólo cumplía un pedido de Villalba y si la cuestión se ponía más complicada podía decir que había cumplido una orden.

—Y de usted, ¿qué dice? —me atreví a preguntarle.

—Hace mención al asunto de los vales de nafta, que yo los firmaba indiscriminadamente y que estuvo a punto de sumariarme. Que nunca quedó claro si yo estaba en connivencia con los choferes que después los cambiaban por plata en las estaciones de servicio. Que él había llevado la cuenta del dinero todos estos años. Que él me salvó pero ahora me podía hundir.

Siempre lo mismo en ese lugar, uno flotaba pero podía hundirse a cada instante. Todo dependía de una firma, una firma del director, del secretario de Estado, del subsecretario. Una firma nos elevaba o nos dejaba afuera del presupuesto, de la carrera, del Ministerio, de la vida. Durante años, nuestra familia había estado pendiente de una firma. Mi padre había sido un funcionario de carrera en el Ministerio de Hacienda. Todos los días esperábamos la firma que lo ascendiera. Y cuando llegaba, había otra grilla esperándolo. Me costó mucho entender qué era una grilla. Se lo pregunté a mi tía porque todos en esa casa esperábamos la grilla que dependía de una firma. “Una grilla es algo que uno

quiere conseguir”, me dijo. Y ahí estaba yo detrás de la grilla que me cambiara la vida.

Lo miré a Villalba que había logrado todas las grillas. Y ahora se lo mencionaba como subsecretario, pero ese puesto no era de carrera, era político, y era un riesgo, aunque se decía que seguramente podría conservar su grilla y volver a su antiguo puesto cuando tuviera que renunciar. Él me estaba mirando a la espera una respuesta, hasta que me dijo casi como una orden:

—Villa, se tiene que ir con Firpo.

—Sí, señor —le dije.

—Le daré el pase en comisión. Quiero estar al tanto de todos los movimientos de Firpo.

—Si se trata de puntos para mi foja de servicio haré lo posible por cumplir.

—Lo imposible, Villa, lo imposible.

Y así me fui detrás de la cabeza de caballo que iba a ser lo único brillante en esa oficina oscura y gris a la que nos habían destinado.

Cuando se lo comuniqué a mi mujer, ella me hizo una sola pregunta:

—¿Fue un pedido o una orden?

—Un pedido —le respondí rápidamente.

—Hiciste bien, seguí con la misma política que hasta ahora, decíles a todos que sí. Es contradictorio pero los dos confían en vos. Firpo porque está solo y Villalba por la rencilla que tiene con Firpo. Te convertiste en la pieza clave para los dos, los dos te disputan. Sólo tenés que decirles que sí a los dos.

-Es un juego peligroso.

-¿Hay otro posible?

Las palabras de Villalba y las de mi mujer se juntaron en mi cabeza. Había perdido algo esencial, no sabía para quién trabajaba y un mosca debe saber siempre para quién trabaja. Fue otra de las enseñanzas del Polaco en mi juventud: "Aunque te parezca un absurdo y hasta mentira, un mosca siempre trabaja para él mismo".

El tiempo fue transcurriendo lento y rutinario. Me podía medir en el discurso con que Firpo acusaba a sus enemigos, Salinas y Villalba. Con los días, el tono acusativo se fue debilitando para entrar en otro, casi reminiscente. A veces se encontraba hablando bien de Villalba, contando alguna anécdota que guardaba cierto aire épico o sentimental. La visita de un Presidente, los esfuerzos por conseguir el primer avión. Parecía ir desapareciendo detrás de los recuerdos como si su cuerpo se esfumara, y su carnalidad cediera lugar al espíritu que hablaba con la sabiduría que proviene necesariamente de haberse separado de la carne.

A veces, yo mismo, asustado por esa actitud que solía embargarlo cada vez más, trataba de contarle, hasta le inventaba, algún rumor sobre el destino del Ministerio, de Salinas y de Villalba, porque esos tres destinos marchaban juntos. Pero él no parecía interesado, y así cada tarde volvíamos a la plantación, y así me fui enteran-

do de la historia de Aviación Sanitaria que era casi la historia de su vida. Y eso le tomaba todo el tiempo, con la excepción de algún recuerdo de su mujer que le hacía decir: "El mundo sin Anita carece de sentido".

Es cierto que yo inventaba los rumores, pero los rumores también existían. Los rumores eran como la firma: parte del Ministerio. Y cuanto más alejados estábamos del poder, más necesitábamos de los rumores. Se hablaba de reuniones secretas entre Salinas y el Ministro. Villalba se había transformado en un hombre de confianza del lópezrreguismo, y hasta se decía que había abandonado su catolicismo poco ortodoxo para participar de los ritos secretos del Ministro. Hasta se llegó a hablar de un pacto de sangre entre Salinas y Villalba.

Era imposible conseguir un auto oficial. Tácitamente yo esperaba que Firpo decidiera la hora de volver a su casa, me había transformado no en su chofer sino en el hombre de confianza que lo llevaba.

Alicia Montero se retiraba a las cinco. La dactilógrafa estaba la mayor parte del tiempo con parte médico. Durán venía una vez por semana a firmar. O sea que yo, entre las cinco de la tarde y las siete, estaba sólo con Firpo.

Una vez por semana Villalba llamaba por teléfono a mi casa. Después de conversar con mi mujer hablaba conmigo.

—¿Que tal, Villa, alguna novedad?

—Ninguna.

—¿Está seguro?

—Mire, Firpo ya casi no habla del presente.

—¿Qué quiere decir?

—Que se pasa contando anécdotas del pasado, y en ellas habla de usted con aprecio.

—Le creo, le creo. Pero igual esté atento y téngame al tanto.

—No se preocupe, Villalba. No me olvido que estoy ahí para eso.

—Bueno, tampoco se ponga así, Villa. Finalmente lo está haciendo por su carrera.

—Supongo que sí.

—Sabe que su mujer le cae muy bien a la mía. Un día de éstos debería venir a comer un asado, ya que no estamos juntos en la oficina ni tampoco hacemos juntos los viajes hasta Morón. ¿Sabe que lo extraño, Villa?

—Sí, uno extraña.

—Hasta pronto, Villa. No se olvide de hacer lo imposible.

—No me olvido, señor, siempre lo tengo presente.

Colgué el teléfono y me di cuenta de que cumplía con lo que me había sugerido mi mujer. Pero en el fondo no estaba contento, más bien desorientado. Se suponía que estaba con Firpo pero trabajaba para Villalba. Pero, ¿era tan así? Siempre había recibido órdenes y

Firpo últimamente no me daba ninguna, lo que me hundía en un estado de incertidumbre, me dejaba a la deriva. Me sumía en una especie de vértigo, a veces caminaba como perdido por las oficinas del Ministerio. Además, a Firpo le había dado una especie de manía: no quería que me alejara de él. Cuando me ausentaba por unos minutos se ponía de pésimo humor, en realidad, tenía miedo de quedarse solo. Lo cual me hacía un poco feliz, me daba cuenta de que me necesitaba.

Así iban transcurriendo los días. Sobre una de las paredes teníamos un gran mapa del país. Era lo único que nos habíamos llevado de la vieja oficina. Antes, con unos alfileres rojos, seguíamos el itinerario del "Esperanza". El alfiler se movía de una provincia a otra, de una ciudad a otra y a veces el mapa estaba lleno de alfileres. El "Natividad" se movía al ritmo de un alfiler azul y el dos palas, al ritmo de un alfiler color verde. Ahora en el mapa no había un solo alfiler.

—¿Se acuerda, Villa? Hubo un momento en que el mapa estuvo lleno de colores y alfileres.

—Sí, doctor, ahora tendríamos que circunscribir las áreas centralizadas y fijar las cabeceras de zonas. Lo podríamos hacer con un marcador de color.

—Sí, Villa, pero son marcas fijas; ahora con una vez, basta. ¿Usted me entiende?

—Sí, antes estaban en movimiento.

—Entonces todo el territorio del país estaba en nuestras manos... Uno movía un alfiler y movía un avión.

—Pero insisto, deberíamos marcar las cabeceras de base...

—Cómo no, Villa. ¿Le parece bien así?

Y sacó la cabeza de caballo y la clavó en algún lugar del país. Creo que por la Patagonia. Y me dijo:

—Más lento, pero más seguro. En lugar de un avión, mi caballo de oro que me ha llevado tan lejos.

—No lo vaya a estropear, doctor, es tan lindo.

—¿Le parece, Villa? Me lo regalaron mis suegros cuando me recibí de médico. Y me dijeron las mismas palabras: con él vas a llegar lejos.

—Guárdelo, doctor, a ver si se rompe.

—Es de oro, Villa. El oro no se rompe. Es un material noble —dijo, mientras lo apretaba entre las manos sin prenderlo a la corbata.

Cuando volvió a su despacho me quedé mirando en el mapa ese territorio extenso en una cartografía tan simple, casi infantil: el azul para el océano, un poco más leve para los mares, los ríos apenas una línea, las montañas de color marrón. Cuántas veces desde Buenos Aires había seguido el itinerario de Firpo. Ahora en Ushuaia, ahora en Río Gallegos, después comienza a bajar. Ahora dormirá en Esquel, por la mañana saldrá desde Trelew. Hasta que el punto se iba acercando a Buenos Aires y yo me apresuraba a pedir un auto para ir a esperarlo al Aeroparque. En qué punto clavar ahora mi destino con la cabeza de alfiler.

Firpo tenía razón, el movimiento se había detenido. Sin embargo Villalba insistía: "Sígale los movimientos". Cómo decirle que todo se había detenido para siempre, que el alfiler seguía clavado en el mismo lugar.

Por curiosidad, busqué en el escritorio y encontré alguno de esos alfileres. Jugué por un rato con los colores y clavé un alfiler acá, otro allá. Y de pronto el mapa se llenó de movimiento, cobró vida y me pareció oír rugir los motores, despegar los aviones, aletear los helicópteros. Tuve ganas de llamar a Firpo e invitarlo al juego, pero me dio vergüenza. La vergüenza de un grande jugando a ser chico. Y comencé un ritmo vertiginoso. Y de pronto estaba en el Sur y de pronto en el Norte, y los aviones hacían itinerarios imposibles, volaban a velocidades a las que no habían volado nunca, aterrizaban en medio de montañas y desiertos. Hasta que me pinché un dedo y una gota de sangre en el mapa detuvo el juego. Me pareció un mal presagio. Se había manchado el mapa que el doctor quería tanto. Traté de sacar la mancha con mi pañuelo pero el punto rojo no se borraba, como si hubiera quedado clavado para siempre en Comodoro.

Fui al baño a lavarme las manos. Busqué un poco de agua oxigenada, la yema del dedo siempre sangra mucho. Era un dolor punzante. Finalmente la sangre paró, y cuando me miré en el espejo del baño eran casi las siete, la hora de llamar a Firpo. Busqué en el bolsillo a ver si tenía las llaves del coche, las tenía. Busqué en el otro bolsillo mis llaves de la oficina para dejarla

cerrada. En ese momento oí una detonación, un ruido seco como cuando estalla un neumático. Miré por la ventana y no vi nada. Caminé hacia la oficina de Firpo que últimamente estaba un poco sordo. Golpeé como siempre el cristal que anunciaba "Director", y como siempre también, entré al mismo tiempo.

Estaba inclinado sobre el escritorio. El sombrero del águila caído en el suelo, al lado del sombrero había una pequeña pistola. Firpo tenía el pecho ensangrentado, se había dado en el corazón. Es verdad que era buen tirador. Yo estaba como petrificado y no podía avanzar para ayudarlo, ni sabía si estaba vivo o muerto. Tampoco podía gritar pidiendo ayuda.

Estábamos los dos solos. Cuando pude me acerqué y por los ojos supe que estaba muerto. Tuve un sollozo profundo, un sollozo que venía desde adentro. Sentí amor y piedad. Se había terminado para él. Al lado de su mano estaba el alfiler de corbata, como si hubiera querido evitarle a la cabeza de caballo lo sucio de la muerte, como si en el último acto lo hubiera resguardado hasta el final. Todavía parecía más brillante.

Lo tomé entre las manos. Pensé que de alguna manera me estaba destinado, que no era un robo, que nadie lo reclamaría, que sólo yo vivía pendiente de ese caballo. Era mío, nadie más tenía derechos sobre él. Me lo llevé conmigo, era lo único que me quedaba. En señal de despedida, en una ceremonia casi íntima, le murmuré:

—Doctor, el coche está listo.

Él ya no me respondía. Sentí un extraño temblor que no había sentido nunca, un dolor que nunca había experimentado. El mundo dejaba de ser un lugar seguro.

Salí al pasillo y comencé a pedir ayuda. Vino el doctor Bruno, el director de Enfermedades Transmisibles que además era amigo de carrera de Firpo. Entró en el despacho y cuando lo vio, gritó:

—¿Qué hiciste, Tito, qué hiciste?

Nunca había oído que lo llamaran por ese nombre. Nadie parecía que hablaba de un desconocido a pesar de la cercanía y el dolor que mostraba Bruno.

—¿Qué pasó? ¿Cómo fue? —me preguntó.

—No sé, yo estaba en el baño, me estaba curando un dedo.

—¿Curando? ¿Por qué curando?

—Me había pinchado un dedo con los alfileres de orientación. Fui a llamar al doctor para llevarlo como todos los días, hacía apenas un instante habíamos estado hablando al lado del mapa.

—Pero, ¿lo notó raro? ¿Le dijo algo?

—Hablamos del pasado, hablamos de los aviones. Después del último tiempo en que estaba tan abstraído, me pareció que volvía a conectarse.

—Sí, estaba muy deprimido. Villa, ¿llamó a alguien más?

—No.

—Hay que llamar a los familiares, a los hijos.

—Recién ocurrió, no podía reaccionar. Fueron muchos años juntos.

—¿Estaban los dos solos?

—Desde el traslado casi no hay empleados, su secretaria se retira a las cinco.

—Espéreme un minuto que voy a buscar a alguien de mi personal, por lo menos para que se ocupe de las llamadas telefónicas. Trataremos de movernos discretamente, hay que evitar el escándalo. No sé cómo se le ocurrió, estaría muy desesperado.

—Sin embargo, hoy parecía sereno. Si lo hubiese visto agitado lo habría controlado más, quizá podría haberlo evitado. ¿Quién iba a pensar que llevaba un revólver con él?

—¿Por qué con él? Tal vez lo tenía en el cajón del escritorio.

—Lo hubiera visto.

—¿Pero usted le revisaba los cajones?

—Últimamente se olvidaba de todo: su Mont Blanc, su Dupont. Cosas de mucho valor, y estos cajones ni siquiera tienen cerradura.

—Es cierto. Pero ¿qué importa eso ahora? Voy a ver si encuentro alguna empleada, voy a ver si queda alguien, yo también me quedé solo trabajando hasta tarde. Usted mantenga la puerta cerrada.

Me quedé custodiando la puerta mientras pensaba si lo tenía que llamar a Villalba. Mejor le preguntaba al doctor Bruno. Sí, debía preguntarle a él sobre cada uno de los pasos que debía dar. Metí la mano en el bolsillo, me encontré con el alfiler de corbata y acaricié la cabeza de caballo. En ese momento decidí que aunque sospecharan, no iba a devolverlo.

Abrí la puerta porque me pareció oír un ruido. Recién ahí advertí que la otra puerta, la privada, estaba abierta. ¿Y si alguien había entrado por ahí y lo había matado? Él había dicho que lo estaban amenazando. Pero, ¿quién iba a querer matarlo? ¿Villalba, gente del Ministro? Estaba haciendo demasiadas conjeturas. Tal vez hasta él mismo la había dejado abierta. Quizá pensó en irse antes de decidir volver a sentarse en su sillón. O a lo mejor fue Bruno que la abrió cuando entró. ¿Debía cerrar la puerta o dejarla así? Lo mejor era preguntarle a Bruno, pero él ya había dicho: hay que ser discretos. Si cerraba iba a dejar mis huellas en el pomo de la puerta: pero si no era un crimen, ¿para qué hacía tantas conjeturas? Tal vez debía dejar el alfiler de corbata en su lugar. Pero Bruno ya había visto que no estaba, ¿no sospecharía si lo viera ahora? Aunque con el impacto que le causó la muerte de su amigo ni siquiera debía haberse dado cuenta. Por suerte la entrada de Bruno me apartó de todas esas elucubraciones.

—Doctor Bruno, la otra puerta del despacho estaba abierta —le dije.

—Sí, Tito solía abrirla porque últimamente se ahogaba, se sentía encerrado. Entre y ciérrela, Villa, así evitamos alguna mirada curiosa —me respondió con tono autoritario.

Me costó un instante moverme. Me pregunté cómo conocía esa costumbre de Firpo que yo desconocía. Y así cuántas otras que además de Bruno conocería Alicia Montero, incluso Villalba, sin contar a sus hijos. Distintos puntos de vista que yo ignoraba absolutamente. Ahí me di cuenta de que Villa era sólo un punto de vista. Eso me causó algún sinsabor. Cerré la puerta y esta vez crucé todo el despacho desviando la mirada. Ese muerto ya no era Firpo, por eso desvié la mirada.

—Doctor Villa, le pido discreción. Tratándose de una persona como Tito, perdón, como el doctor Firpo, vamos a tratar de ser lo más discretos posible. Vamos a hablar con los familiares. No sé si se podrá evitar la intervención policial y la autopsia. Me parece que va a ser imposible, pero yo mismo hablaré con el comisario. Yo me hago responsable y extendiendo el certificado de defunción como un infarto. Pero está el arma, es muy delicado, ya los hijos están saliendo para acá.

—¿Le avisó a Villalba, doctor?

—Villa, le dije que hay que manejar esto con discreción. Justamente Villalba! Usted sabe que Firpo despreciaba a toda esa gente.

—Sí, tiene razón. Es que estoy un poco perdido.

—Me imagino, Villa, me imagino. Vaya a hacerse un café a la cocina, no quedó ni un ordenanza.

Fueron llegando los hijos, también la policía. Como había dicho Bruno, no se había podido evitar. Comenzaron a sonar los teléfonos. No sé de qué forma se enteró. Pero llamó Villalba que ya sabía lo que había pasado y me reprochaba por qué no lo había llamado. Un inspector de policía me hizo unas preguntas muy amablemente. En todo momento me llamó doctor. Vino el fotógrafo de la policía y dijo con la convicción que da la experiencia:

—Alguien tocó el cuerpo. Por la posición de la cabeza.

Su tono convencido hizo que nadie dudara y nos miraron a Bruno y a mí. Me quedé helado. Pensé en la cabeza de caballo. Bruno me miraba. Entonces, les dije:

—Cuando reaccioné me acerqué, le levanté la cabeza y le besé la frente.

Después de decir esto, perdí el conocimiento.

Al volver en mí estaba sentado en el despacho de Bruno. Me habían trasladado hasta ahí. Una empleada del doctor estaba conmigo.

—¿Se siente mejor? —me preguntó.

—Sí, gracias.

—Muchas emociones juntas —me dijo.

Sólo tuve fuerzas para asentir con la cabeza. A los pocos minutos entró Bruno.

—¿Cómo está, Villa?

—Mejor, doctor. Disculpe, pero no lo pude evitar.

—Déjese de tonterías, Villa, usted tuvo que pasar el peor momento. Ahora ya está, pronto van a venir a retirar el cuerpo. Se hizo todo lo más discretamente que se pudo, pero usted vio que enseguida empezaron las llamadas. Creo que los hijos no quieren hacer velatorio. Debido a las relaciones, lo de la morgue judicial se va a hacer en pocas horas. Mañana lo llevan a la Recoleta, va a haber mucha gente. Tito tenía tantos amigos... Ahora, lo dejo. Nos encontramos en el sepelio.

Bruno tuvo razón. Pese a la discreción, fue un número considerable de gente, más bien de personalidades. Algún ex Ministro, algún ex secretario. Pude oír que dos o tres personas hablaban en francés y pensé: "El mundo de Anita". Algunos médicos, también algunos políticos. Villalba no estaba; Salinas, tampoco. Alguien ensayó un breve discurso, muy breve. Y el sacerdote eligió un pasaje de los Salmos como despedida. En ese momento, Alicia Montero dejó escapar un pequeño sollozo, tan imperceptible que creo que fui el único que me di cuenta porque estaba a su lado.

Alicia Montero estaba en edad de jubilarse y se jubiló. La empleada pidió el pase a otro lugar. Durán renunció. Me encontraba solo en lo que alguna vez fue Aviación Sanitaria. El despacho de Firpo estaba cerrado y vacío. Los hijos se habían llevado los objetos y los diplomas. Sólo quedaban el sillón y el escritorio, la foto ya no estaba ahí. Nunca más volvería a ver la plantación.

En la otra oficina, como siempre, los tres escritorios. Las empleadas se llevaron las cosas personales y, las máquinas de escribir fueron cubiertas con fundas negras. Sólo en mi escritorio había papeles, algunas carpetas y uno o dos expedientes. Me dijeron que tenía que esperar órdenes, posiblemente disolvieran la Dirección.

A veces el doctor Bruno pasaba a tomar un café. Otras veces me invitaba a su despacho. "Si no se resuelve su situación administrativa, yo lo pido para mi Dirección", me dijo una de esas veces.

Seguía cumpliendo mi horario como cuando estaba Firpo. Todavía solía llamar alguien para pedir auxilio y yo lo remitía al Departamento de Emergencias.

Igualmente llevaba una estadística de los llamados que anotaba en un papel con membrete con hora, día y motivo del llamado, con la secreta esperanza de que mostrar esa estadística ante alguna instancia sirviese para que no disolvieran la Dirección o bien para justificar ese tiempo indefinido.

A veces me encontraba contemplando el mapa. Mi mirada se perdía en ese país extenso que decían que se estaba cubriendo de cadáveres. Buscaba un lugar para esconderme. No dejaba de experimentar un sentimiento de rencor hacia Firpo que ni bien aparecía trataba de borrar de mi cabeza. Un ligero reproche porque me había abandonado. Ahora me había dejado solo, si bien en algún sentido era un alivio porque en un momento servirlos a él y a Villalba había sido una verdadera tortura. Pero ahora me sentía al garete. Trataba de reconstruir casi de manera maniática las últimas conversaciones para ver si encontraba la pista de por qué había tomado semejante resolución. Pero tenía tantas que era difícil elegir alguna. Por otra parte podía haber jugado el azar, un dato que yo desconociera: una enfermedad incurable, el mundo que desapareció cuando murió su mujer, la pérdida de los aviones. Pero nada de esto justificaba que le hubiera hecho esto a Villa.

Por otra parte, Villalba no había vuelto a tomar contacto conmigo. Yo sabía que la situación del Ministro era delicada, se hablaba de su renuncia. Cada vez encontraba más oposición entre los militares y ciertos grupos sindicales, pero eso llevaba ya su tiempo. En lo más

íntimo pensaba que Villalba se había decepcionado de mí cuando no le hablé inmediatamente por lo de Firpo, pero mi mujer me dijo otra cosa:

—Es simple, ya no tiene con quién disputarte. Te dije que le interesarías mientras viviera Firpo. Ahora hay que esperar. Quizá la mujer vuelva a invitarnos, entonces podremos hablarle de tu situación. Dios quiera que vuelva a necesitarte, que por alguna razón le seas útil.

—Un futuro optimista.

—Te dije que Firpo era de mal augurio. Alguien que hace lo que él hizo siempre trae mala suerte.

—También me dijiste que a los dos les dijera que sí.

—Hasta ahora no nos fue mal, hay que esperar que se le pase.

—Sí, pero son largas y duras las horas que tengo que pasar solo en la oficina. A veces pienso que debería aceptar la propuesta del doctor Bruno.

—Ese lugar no tiene futuro porque no es político. Y por otro lado no veo qué podés tener que ver vos con las enfermedades transmisibles. Ni siquiera hiciste la especialidad.

Tenía razón, esa mujer siempre tenía razón. Enfermedades Transmisibles hubiera sido como la polio blanca. La peste avanzando y yo teniendo que retroceder hasta poder empezar a correr como los Olímpicos, envuelto por la malaria, el tifus, el mal de Chagas. Miles de chancros que me producían horror, aunque sólo

tuviera que verlos escritos como meras estadísticas y sin ningún avión para poder volar.

Como buen mosca, como hacía siempre, ese día cuando entré en la oficina me toqué las alas de la insignia para que me trajeran suerte. Quizás hoy habría alguna novedad.

Cuando el teléfono sonó y oí la voz de Villalba, no pude dejar de sospechar que Estela había hablado con él o con su mujer. Eso me produjo cierto desagrado, hasta tuve la osadía de decirle que no había reconocido su voz.

—Está varado en esa oficina, Villa. ¿Se quedó sin combustible?

—Estoy esperando. Usted me había prometido...

—Nunca prometo nada, Villa. Pude haber dicho, pero prometer nunca le prometo nada a nadie.

—Quizás entendí mal, malinterpreté sus palabras.

—No se haga problema si está *Qtr* en su *Qth*.

Me quedé un minuto en silencio tratando de recordar el código Q. Me hablaba con el código de los radioaficionados. Esto quería decir que yo estaba fuera de servicio en mi central.

—Estoy esperando —le respondí.

—¡Ah! ¡Quiere volver a volar! Hay muchos vuelos en este momento: dos o tres catástrofes, las inundaciones...

—Sí, me lo contó Estela y por otra parte lo leí en el diario. Cuando la veo preparar el uniforme y el botiquín, extraño volar.

—QSL, QSL, Villa.

Esto quería decir que me había comprendido y que había reemplazado el OK por el QSL.

—Quizá la semana que viene tengo novedades para usted, vaya preparando todo. Seguro que le hago avisar por su mujer. Estela es muy eficiente, Villa, siempre de confianza. Hasta pronto.

Dos días después me citó en su despacho. Me reencontré con los antiguos compañeros y me pareció que algunos me saludaban y me daban condolencias como si yo hubiera sido un deudo de Firpo. Quizá lo era, quizás era el último testigo de su existencia, no sólo porque estuve cerca de él en el momento de su muerte sino porque les recordaba algo de su presencia en la historia de la Dirección. Como si conmigo algo de su espíritu entrara en la oficina.

Tal vez Villalba tuvo la misma sensación cuando me vio. Quizá sin darme cuenta había adquirido alguno de sus gestos, algo del tono de su voz, una manera de arrastrar las piernas al caminar. Porque también para él era como si hubiera entrado un fantasma. Pero se repuso rápidamente cuando me dio la mano, quizá porque se dio cuenta de que la mía transpiraba.

—La vuelta del hijo pródigo. Sabe que por un instante me pareció que era Firpo el que entraba por esa puerta. ¡También, Villa, con su manía de imitarlo! Debe haber sido por la fragancia. ¿No me diga, Villa, que está usando el mismo perfume que usaba Firpo?

—No, señor, no se me ocurriría.

—Menos mal, Villa. Por un momento me pareció que con usted entraba ese aroma empalagoso. Disculpeme, yo no sé nada de perfumes, ni siquiera los uso, pero ¿no le parecía un poco fuerte?

—En verdad nunca lo había pensado. Pero ahora que usted lo dice...

—Sí, él le estrechaba la mano y uno quedaba impregnado de esa fragancia. Mire cómo me desagradaría que durante todos los años que estuvimos juntos nunca se me ocurrió preguntarle cómo se llamaba. ¿Usted sabía el nombre?

—Sí, se llama Vetiver.

—Seguramente es francés.

—Sí, claro.

—Él siempre quiso vivir el mundo de su mujer y nunca el propio. No le vaya a pasar lo mismo, Villa.

Durante ese largo diálogo yo había permanecido de pie. Cuando me invitó a sentarme, saqué un pañuelo del bolsillo y me sequé las manos.

—Es cierto, Villa, usted no usa el mismo perfume.

—Le dije la verdad.

—De eso se trata entre nosotros, Villa, de la verdad. Necesito creerle. Mejor dicho, volver a creerle. Porque no me puedo olvidar de que no me llamó por lo de Firpo. Dejó todo en manos de ese Bruno. Sabe que nunca me cayó simpático. ¡Siempre tan discreto! Debería haberme avisado. Por suerte, parece que fue un suicidio, imagínese si hubiera sido otra cosa. Yo debería

haber sido el primero en saberlo, mire si hubiera sido un asunto raro. Sabe que en este momento en el país muere mucha gente, otra desaparece de un día para otro. Está bien que Firpo siempre fue un conservador. Pero mire si estaba ligado a alguna ideología extrema, o trataba de proteger a alguien, a alguno de sus hijos...

—Pero no había nada que informarle.

—Siempre se dice lo mismo, pero siempre hay un detalle. Mire si hubiera necesitado mi ayuda, mire si lo de Firpo no hubiera sido lo que parece que verdaderamente fue. ¿Quién era el primero a quien debería haber llamado?

—A usted, señor.

—¿Y por qué no lo hizo?

—No sé. Estaba muy impresionado, le pregunté al doctor Bruno qué tenía que hacer.

—¡Al doctor Bruno! ¡Pero si ni siquiera hace falta que me cuente qué le contestó! Usted tenía una orden y había hecho un pacto conmigo. Y las órdenes y los pactos están hechos para ser cumplidos. ¿Está claro, Villa?

—Sí.

—Está claro que si usted vuelve a poner un pie en esta oficina no se debe olvidar nunca más de estas palabras.

—Sí, está claro.

—Entonces vaya embalando los papeles y preséntese el lunes en la oficina. Ya veremos qué función le

asignamos. Y dígame, ¿Firpo dijo algo importante para nosotros antes de matarse?

—No. Habló de los aviones que había perdido.

—Los había perdido hace mucho. Sin piloto, Villa, un avión no vale nada. No se olvide nunca de eso, Firpo hacía tiempo que se había olvidado. Creía que los aviones eran de juguete.

Volví para mi oficina. Aún le quedaban unas horas al viernes. La llamé a Estela para avisarle la novedad. Estuve tentado de preguntarle si ella le había hablado, pero me callé la boca. Ella se alegró y me dijo: “¡Qué pronto!” con lo cual pensé que efectivamente algo había tenido que ver con ese encuentro. Si hubiera sido Elena, me habría llenado de celos, pero no era Elena.

Guardé los papeles en el portafolio. Me fui a despedir del doctor Bruno que se alegró de mi traslado y me dijo que no dejara de pasar a visitarlo. Cerré la puerta y comencé a caminar por el pasillo como despidiéndome de Firpo para siempre. Sentí el mismo vacío que había sentido todo ese tiempo y que me contraía el diafragma. Me toqué el pecho y palpé la cabeza de caballo, me tranquilicé. Cuando llamé al ascensor apareció Pascualito y me estiré los ojos para hacerme el japonés. Ya estaba, había subido al ascensor y bajar tan rápido me produjo vértigo. De pronto, le pregunté si podíamos volver. Me había olvidado el mapa.

El primer día de mi regreso me fui a presentar a la oficina de Villalba, que me mandó decir por la secretaria que lo esperara: cuando se desocupara iríamos juntos a saludar a Salinas. Me inquietaba volver a ver a Salinas y a sus custodios, volver a ver las Itakas y los revólveres, pero dado que volvía, ¿no debía acaso acostumbrarme?

Salinas me recordaba a un suboficial que había tenido durante la conscripción, de apellido Hernández. Un zumbo que nos hacía zumbar por el pasto mientras se acercaba a mi oído y me decía: “¿Quiere zumbar, Villa? Va a zumbar”. Y comenzaba el zumbido en los oídos que durante años me despertó en medio de la noche. “La musiquita”, como la llamaba Hernández. Era el mismo zumbido que me invadía cada vez que iba a ver a Salinas.

Con Villalba pasamos al despacho de Salinas. Me recibió muy delicadamente. Como si él mismo hubiese tomado algo de los modales de Firpo. Además no se veía ningún arma. Sin embargo, yo estaba nervioso.

—Me alegro de su vuelta. Estamos tratando de encontrarle una función. En pocos meses todo cambia, uno

se vuelve prescindible. Hasta yo tuve ese sentimiento cuando me enfermé de hepatitis. No debería preocuparse, a todos nos pasa. Lo importante es reintegrarse a esta pequeña familia que es Emergencias.

—Es un honor para mí, señor.

Como en aquel velorio del padre de Sívori, sentí que había hablado de más, me había ido de boca.

—Villa, no esperaba tanto, pero si usted lo dice...

La respuesta de Salinas me puso más inquieto. ¿Se habría dado cuenta de que me excedía? No sabía dónde poner las manos, me ofrecieron un café y no acepté para que no advirtieran mi temblor. Por eso tampoco podía prender un 43.

—¿Le gustaría volver a volar, doctor Villa? —me preguntó Salinas.

No tuve tiempo de responderle porque Villalba se me anticipó:

—A Villa siempre le gustó volar. De joven trabajó de mosca.

El mundo se me venía abajo. Firpo le había contado aquella primera conversación en la oficina. Por un momento, lo odié. Pero era lógico, entonces yo era un cadete, mientras Villalba era su hombre de confianza.

—¿Cómo es eso de mosca? —preguntó Salinas.

Otra vez Villalba no me dio tiempo a responder.

—Nada, señor, es que de joven Villa hizo guantes en la misma categoría que Pascualito. Cuarenta y cinco kilos, el peso ideal para un mosca.

¿Por qué había dicho eso? ¿Me quería demostrar su poder para que me diera cuenta de que me podía salvar y hundir al mismo tiempo? Me había hecho saber que sabía cosas de mí que yo ignoraba que sabía. Saqué el pañuelo del saco para secarme la frente porque el del bolsillo del pantalón ya estaba todo mojado. Me sequé la frente, de golpe algo cayó sobre el vidrio del escritorio de Salinas. Era la cabeza de caballo.

—¿Qué hace usted con eso, Villa? Es un alfiler de corbata igual al que usaba Firpo —dijo Villalba.

Si decía la verdad mi vida iba a quedar clavada a ese alfiler como una mariposa detrás de un cristal. Le mentí:

—Es el mismo. Me lo regaló el doctor Firpo.

—¿Se lo regaló? —había sorpresa en su voz.

—¿Cuándo?

—Poco antes de morir. Un día que lo llevaba a su casa.

—Parece muy valioso —dijo Salinas.

—Al menos para mí, señor.

—Digo, que cuesta mucho dinero. Es de oro —dijo Salinas que lo tenía en la mano y lo miraba con atención.

—Un lindo objeto —agregó y me lo extendió.

Villalba permanecía en silencio. Creo que estaba lleno de sospechas y de resentimiento. Por un lado desconfiaba, sabía lo que significaba esa joya para Firpo. Seguramente también sabía en qué ocasión se la habían regalado, y conociéndolo a Firpo era raro que hubie-

se decidido que el alfiler no quedara en la familia. Por otra parte, que en los últimos tiempos Firpo me hubiera tomado particular aprecio y en medio de la soledad hubiera tenido para conmigo un gesto de reconocimiento era algo probable, pero que quizás él no terminaba de creer, y tenía razón.

—Con esto del alfiler nos distrajimos, Villa, y no me contestó si estaría dispuesto a volar. El puesto de médico de guardia es el más sacrificado. No hay sábado ni domingo, no hay Fiestas. Uno debe olvidarse de la familia, es como empezar de nuevo.

—Tengo ganas de volver —le respondí a Salinas.

Salinas me despidió y siguió conversando con Villalba. Yo no podía dejar de pensar en que iban a comentar lo^o de la cabeza de caballo. No me consideraba un ladrón, pero tenía miedo de que Villalba pudiera pensarlo. Era como estar absolutamente en sus manos. Por un momento tuve un sentimiento adverso hacia la cabeza de caballo. Sentía que marcaba mi destino con un mal signo. Estuve a punto de deshacerme de ella y la misma idea me dio miedo. Pensé en llamar a los hijos y decirles que su padre me la había regalado antes de morir pero que lo más correcto era que la tuvieran ellos. Nada de lo que pensaba me calmaba. La única estrategia que se me ocurría era desaparecer de la mirada de Villalba, evitar un encuentro a solas con él en el que pudiera hacer alguna alusión al incidente. Pero eso era imposible. Enton-

ces pensé en ocultarla y el único lugar que tenía era el cofre en la sede del club donde jugaba a la paleta.

Hice otros dos vuelos como médico de a bordo acompañado por mi mujer como enfermera. Cierta armonía y equilibrio que se habían quebrado entre nosotros se restablecían lentamente. No le mencioné para nada el episodio del alfiler, pero una de esas noches fui hasta Arsenal para guardarlo.

Llegué al Club agitado, había caminado ligero, casi corriendo. No quería que me vieran llegar así porque enseguida comenzarían a apostar sobre mi vida. En Arsenal se apostaba todo el día, se apostaba a cualquier cosa: a los caballos, al boxeo, a los gallos de riña. La boca se abría sólo para apostar, se miraba hacia el cielo y se apostaba si la tormenta iba a llegar o no. Se apostaba sobre la caída y el destino de Perón, sobre si antes de la primavera podía desaparecer la polio blanca, o si antes del invierno Evita moriría. Se apostaba sobre la vida y la muerte, apostar era una manera de medir el tiempo.

Hacía muchos años que sucedía lo mismo. Como todos los que paraban en el Club, yo no estaba exceptuado de ese juego macabro. Entonces, antes de atravesar la entrada, también aposté: Villalba sabe o no sabe lo que realmente pasó con el alfiler.

Entrar en Arsenal era como entrar en el hipódromo o en la Bolsa: una conversación ruidosa que a veces

llegaba hasta el grito, un coro de fondo que pronunciaba nombres de jockeys y caballos, mezclados con cifras, pesos, razas y colores. Como si se hablaran muchas lenguas, como si toda la inmigración del país estuviese apostando en Arsenal. Cada una en su propia lengua y en todas a la vez.

Saludé en la mía atravesando ese ruido incomprendible y me encaminé al vestuario. El armario era un lugar inviolable. Cada uno tenía un nombre y no eran muchos los que en Arsenal tenían un armario. Lo abrí y me encontré con mi ropa de entrenar. Ahí estaba la vieja camiseta del ídolo olímpico, sólo faltaban las medallas que yo nunca había ganado. Casi por costumbre revisé el botiquín para ver si algún medicamento estaba vencido. En uno de los compartimentos, adentro de una cajita, estaba la llave de la caja; la saqué para ir hasta la Administración. También saqué la paleta y una muñequera. Mientras me cambiaba, pensaba que Arsenal era un lugar secreto que no conocía nadie del Ministerio ni tampoco mi mujer. Guardé la ropa en el vestuario y sólo me quedé con la paleta y la llave en la mano. El caballo de oro estaba en mi bolsillo.

El administrador me hizo pasar adonde estaban las cajas. Abrí la número 18, saqué las carpetas que llevaban el sello del Ministerio y abrí un pequeño cofre: una caja dentro de otra caja, como los regalos que nos gustan y nos sorprenden. Hacía tiempo que no tenía la media medalla entre las manos. Ver grabado el nom-

bre de Elena me produjo una pequeña emoción, saqué la cabeza de caballo del bolsillo y la guardé con la media medalla. Ahora las dos cosas se juntaban, como dos que quieren ser enterrados juntos. Parte de mi historia y de mi destino estaba en esa medalla partida y en esa cabeza de caballo.

En el cofre también había fotos, hacía tiempo que no había vuelto a mirarlas. Pensé si algún día no debería quemarlas, tal vez en algún momento podrían comprometerme. Las fotos con los presidentes eran mi relación con la política.

En una estaba con Onganía: había venido a inaugurar la red radial que comunicaba a Aviación Sanitaria con distintos hospitales del país, desde La Quiaca hasta Ushuaia. Para esa visita me compré un traje a crédito en González. En la foto se observaba un detalle significativo: yo me llevaba la mano a un bolsillo interior del saco. Recuerdo que la custodia presidencial había pedido que no hiciéramos ningún gesto, ningún movimiento sospechoso. Seguramente buscaba un pañuelo, yo siempre estaba buscando un pañuelo. Pero fue en ese momento que sentí que me tomaban el brazo y un golpe en el estómago me cortó la respiración. Todo tan rápido que nadie se había dado cuenta. El Presidente seguía hablando con Ushuaia. Después de palparme de armas, me llevaron a la cocina, me sentaron en una silla y le dijeron al ordenanza que me sirviera un café. Me pidieron disculpas, pero la consigna había sido clara: ningún gesto sospechoso. También

recuerdo que en ese momento pensé que si ya me hubiera recibido de médico no me habrían tratado así.

Las fotos no se queman. Uno siempre quiere una foto con un Presidente. Quizás algún día las necesitara como carta de presentación. Ante cualquier problema, podía mostrar la foto con el Presidente.

Las otras eran en Aeroparque, rodeado de aviones. Al pie de las fotos había una fecha borrosa. Quizá 1964. Estaba en segundo año de medicina. El Presidente Illia caminaba entre los soldados que le rendían honores. Era una serie de fotos que iban siguiendo la caminata del Presidente. Yo no aparecía ni en la primera ni en la segunda; en la tercera, el Presidente extendía la mano para saludarme. Alguien del Ministerio había tomado las fotos para el archivo de Aviación Sanitaria. El día estaba nublado y las figuras apenas se distinguían. Lo importante era que se reconocieran las dos caras, pero la foto era tan pequeña... Quizá debería ampliarla.

Elena tenía copias. Le había regalado esas fotos con orgullo. Acerqué la lupa, las miré y vi mi juventud. La cara del Presidente había cambiado: parecía la de un anciano apacible estrechándole la mano a un joven-cito.

Siempre la misma historia: Villa casi no aparecía o aparecía borroso. Había que buscarlo con lupa. En cambio el Polaco, siempre en primer plano. Me acordé de que en la película *El hijo del crack* aparecía con la cara ocupando toda la pantalla. La fuimos a ver mil veces. En cambio, Villa tendría que haber aparecido

al lado del ídolo en *Fin de fiesta*. La pelea se filmó en la puerta de la casa de Barceló donde ahora está la Escuela Técnica: Favio caído en el suelo, y él ayudándolo a levantarse. Cuando se estrenó, Villa no aparecía en la pantalla. "Fue muy rápida, hay que verla otra vez", dijo el Polaco, y nos quedamos a la otra función. En la otra función tampoco apareció. Después me enteré de que hacían mil tomas de las que quedaba una, ésa no quedó. Sin embargo, cada vez que pasaban la película no dejaba de buscarla desesperadamente en la pantalla en la que nunca iba a estar.

No me animaba a quemar la foto. "Es borrosa, inofensiva, quizás un día vuelvan los radicales", me dije y la volví a guardar en el cofre. Y la de Onganía podría servir. "Dicen que si cae López Rega, tal vez vuelvan los militares", pensé y también la guardé.

Cuando guardé la lupa era como un ojo que hacía que todo lo que había en la caja se agrandara. El nombre de Elena parecía un cartel luminoso. Las caras de Illia y Onganía se agrandaron de golpe. El caballo parecía un centauro.

El ruido de la caja cerrándose me dio cierto alivio. Por fin había logrado sacar el alfiler de circulación. Arsenal era un lugar seguro. Ahí nadie robaba ni espía-ba la vida de los otros. Las cajas eran sagradas, nadie se metía con ellas, era sobre lo único que no se apostaba. Como si todos tuvieran una doble vida encerrada en esas cajas y el silencio velara sobre ellas. A nadie se le hubiera ocurrido decir: "Te apuesto a que en la caja

de Villa hay tal cosa o tal otra". Sólo de pensarlo me parecía estar profanando un secreto.

Cuando terminé de jugar, me duché y tomé un Fernet en la barra. Como todos, hice alguna apuesta sobre alguna cosa. Después empecé el camino a casa. En la puerta del Club me encontré con Torres, el masajista, casi nos chocamos. Nos dimos la mano y nos apuramos porque empezaba a llover. Él miró hacia el cielo y me dijo: "Te apuesto a que llueve toda la noche".

Una mañana, sentada en una silla con las cuentas del rosario entre las manos, la encontramos muerta a la tía Elisa. Su rostro parecía pacificado, no había en él señales de sufrimiento, como que lo había decidido así. Una armonía entre el cuerpo y el alma, uno acompañando a la otra. Esa misma armonía fue quizá lo que hizo que viniera tanta gente al velorio.

Cuando la vi en el cajón experimenté un sentimiento extraño: ella estaba sola como cualquier muerto, sin embargo, parecía acompañada. Las vecinas rezando por su alma, los chicos visitándola en silencio, esos hombres de club que por un momento interrumpieron el chiste macabro y la puteada.

Ella, que pensaba que había pasado desapercibida en la vida, con la muerte se había hecho sentir. La vida consistía para ella en no molestar al prójimo ni quejarse de lo que le había tocado en la Tierra. Había pagado por anticipado los gastos de su propio sepelio. Se fue de la vida como había vivido, dulcemente. Sentía por ella un afecto verdadero, profundo, no tenía nada que reprocharle, y si eso es bueno con un vivo lo es mucho más con un muerto.

En el corazón de Avellaneda nos quedamos solos con Estela Sayago. Ella tenía una meta en la vida: ser enfermera universitaria y, tal vez con el tiempo, instrumentadora. Sin ninguna duda a esa mujer el pulso no le temblaba.

Por esos días, yo hacía una semana de guardia activa y otra de guardia pasiva. Al contrario de lo que yo pensaba, Villalba no hizo ninguna alusión a la cuestión del alfiler. Pero eran días agitados. Me sentía importante porque me habían adjudicado un aparato de radiollamada para poder ubicarme en cualquier momento de la noche.

Nuestras cenas se volvían cada vez más silenciosas porque vivíamos pendientes de un acontecimiento exterior, que dependía de lo que podía ocurrir en el Ministerio aunque "la política no se lleva a casa", como solía decir Estela Sayago con una firmeza y un convencimiento absolutos. Entonces fue sorprendente para mí que en una de esas cenas me preguntara:

—¿Qué esperás de la vida, Carlos?

—Nunca lo tuve muy claro. Mucho menos desde que murió Firpo.

—Pero, ¿qué cosa? ¿Dinero, poder? ¿Un lugar en la profesión?

—Supongo.

—Pensar que a mi familia le dije que me había enamorado de vos porque eras médico...

La miré. Nunca me había dicho que se había enamorado. Tampoco nunca me había hecho reproches.

Es posible que también nuestra vida comenzara a complicarse por hablar de estas cosas. Eso fue lo que le dije:

—¿Qué sentido tiene hablar de estas cosas? Si estamos bien así...

—Es que no soporto que no quieras progresar en tu carrera.

—Pero si no tenemos problemas económicos. Tenemos una casa, un coche, plata ahorrada.

—¿Y el consultorio? ¿Cuándo vas a poner el consultorio?

—Ya te dije que la parte asistencial no es mi fuerte.

—¿Y cuál es tu fuerte, Villa? Un médico sin enfermos no es un médico.

Escuché que me llamaba Villa. Sentí que comenzábamos a alejarnos. Como otras veces en mi historia las jerarquías se habían perdido entre nosotros. Antes éramos el doctor y la enfermera, ahora simplemente marido y mujer. Estiré mi mano para tomar la suya, a ver si el mundo volvía a ser un lugar seguro. Ella la retiró entre enojada y ofendida y se levantó de la mesa.

Salí a caminar. Estaba perdido en la oscuridad. Como en otros tiempos me pareció ver una sombra dorada en medio de las sombras. ¿Es que Delfo Cabrera todavía se entrenaba para alguna maratón? "Una carrera de veteranos", pensé. Delfo corría lejos de la gente, lejos del mundo por las calles desiertas iluminado por las antiguas medallas prendidas en su camiseta olímpica.

Era en otoño y el suelo estaba cubierto de hojas. Los pasos de Cabrera apenas se oían. Como en el cincuenta y cinco, el peronismo estaba a punto de volver a caer y veinte años después el mundo dejaba otra vez de ser un lugar seguro, tan seguro como cuando en la juventud trabajé de mosca para algún Olímpico. Nunca para Cabrera que ni jugaba ni tomaba, sólo corría. Y corrí detrás de aquella sombra indiferente a las cosas que sucedían en el mundo, y me pareció que el corazón me iba a estallar en una confusión de sensaciones donde se mezclaban el miedo, la desazón y la soledad.

Me sentía solo. Firpo se había muerto, mi tía también. El Polaco se había ido a algún lugar de Santiago del Estero, no lo había vuelto a ver desde la noche del casamiento. Todavía me resonaban sus palabras: "Este Villalba no me gusta". Y yo sabía que de alguna manera había elegido a Villalba y no al Polaco. La gente siempre quiere que uno esté de un solo lado. El Polaco no me había dejado opción. Yo tenía que hacer mi carrera y Villalba era un eslabón para llegar a ser un médico luciendo alas de plata en la solapa. ¿Por qué eso resultaba tan difícil?

Estela Sayago quería lo mismo, y cada vez que me desviaba de ese camino se alejaba de mí. No podía confiarle ninguna vacilación porque la cara se le llenaba de un desprecio que quería disimular, hasta que el desprecio le llegaba a los ojos, y comenzaban a caerle unas lágrimas que creo que intentaban apaciguar su odio.

No podía hablar con nadie ni confiar en nadie. De la cabeza de caballo ya no me podía agarrar. Paradójicamente, con la persona que más hablaba era con Villalba.

Desde la muerte de Perón y desde Ezeiza, Villalba había llegado a la conclusión de que la seguridad dependía más de las comunicaciones que de las armas. En ese momento, en el Ministerio había mucho dinero y mucho de ese presupuesto iba a parar a Emergencias. La plata se repartía en una función social más que asistencial. El Departamento se extendió y en Ezeiza, cerca del aeropuerto, se construyeron galpones que se abarrotaban de alimentos y equipos de supervivencia. Por otro lado, cada vez se hacían más sepelios gratuitos.

La mayor parte del dinero Villalba la destinaba a equipos de comunicaciones. Hizo un curso de radiooperador en el Correo Central y se instaló un equipo de radio en su casa. Colocaron radios en las ambulancias, en los Unimoc, en los automóviles particulares. Yo había cambiado el Citroën por un Renault y le instalaron un equipo de radio. Estela Sayago estaba contenta porque podía hablar por radio con su familia en el Chaco. Salinas lo permitía porque compartía con Villalba el fanatismo por la radio. También él era radioaficionado.

Comenzó a llegar a la oficina gente de tránsito aéreo. Dos de ellos habían perdido una de sus piernas. El ruido de la oficina empezó a cambiar, se oían los pasos de madera en la madera. La mayor parte del tiempo el ambiente estaba lleno de interferencias. Todo el mundo comenzó a usar auriculares y para hablar teníamos que gritar. Las paredes se revistieron de corcho y todos los empleados, hasta los dactilógrafos, tuvieron

la obligación de aprender el código Q y hacer un curso elemental de cómo se manejaba una radio.

De pronto comenzamos a hablar desde Córdoba a Madagascar, sólo que cambiamos de mapa y de alfileres. Cada contacto de radio que se hacía implicaba un alfiler en el mapa y una tarjeta que verificaba oficialmente el contacto. Las tarjetas, que llegaban desde los lugares más insólitos del mundo, empapelaron toda una pared. Pensé que Villalba se había vuelto loco, como si la realidad no le interesara y se hubiera alejado del país totalmente.

Yo tenía mi opinión acerca de los radioaficionados, sólo que la callaba. Me decía, mientras los miraba encerrados en su cabina de cristal, son mensajeros de la muerte, jinetes del Apocalipsis. Se pasan transmitiendo catástrofes, parecen estar al acecho de cualquier cataclismo. En un minuto se comunican, el mensaje se extiende, comienzan a exagerar y el mundo amenaza estallar en cualquier momento. Pero, ¿cómo hablar mal de ellos si salvan vidas? Imposible, con lo cual me quedaba cada vez más solo porque Villalba estaba ciego.

Los dos que tenían piernas de palo —que imponían y hacían sentir cada vez que entraban en la oficina, como si dijeran aquí llega Pizarro y Pontorno y bailarían entre los dos una danza macabra— llevados por su fanatismo trataban sin éxito de enseñarme el manejo de la radio. Yo estaba perdido, atontado, en medio de esos ruidos infernales. La memoria resultaba inútil. No pude aprender a manejar ninguna radio ni conseguí

que me mandaran una sola tarjeta desde algún lugar del mundo. Por lo tanto, no participaba ni de la expectativa ni de la alegría de las mañanas cuando se recibía la correspondencia.

Sentía que me volvía loco. Con Villalba no se podía hablar, sólo comunicarse. Los fines de semana me llamaba por radio desde su casa a mi auto para comunicarme cualquier cosa. Quería instalarme una radio en mi casa. Yo también comencé a andar por la oficina con auriculares. Cuando salía a la calle había perdido la noción de los ruidos comunes.

Villalba era capaz de hacer cualquier cosa con tal de conseguir dinero. Su casa se llenó de aparatos cada vez más sofisticados y tenía una antena que se elevaba hasta el cielo como la cúpula de una iglesia.

Para que le dieran dinero, Villalba necesitaba poder. Lo había convencido a Salinas de que la red sanitaria era un éxito y éste lo convenció al Ministro. Pero los rumores corrían. La gente decía que servía para enviar mensajes cifrados, que quince cajones de vacunas eran quince cajones de muerto, diez equipos fuera de servicio eran diez muertos, que un equipo mudo era un secuestrado a quien no se pudo hacer hablar. Decían que Salinas tenía el código cifrado en la caja fuerte y que nosotros éramos cómplices porque ya no podíamos ignorar que en ese tráfico nos estábamos manchando las manos.

Pizarro creía que lo que le había pasado —un accidente de automóvil— era una injusticia, por lo tanto caminaba haciendo sentir los golpes de su resentimiento en el suelo, con lo que además justificaba su carácter ulceroso que hacía que bebiera cantidades de leche. Por lo cual al paisaje se agregaron las botellas de leche de Pizarro.

Pontorno creía que lo que él había sufrido —un accidente de moto— era una desgracia, por lo tanto conservaba en su carácter cierta amabilidad, lo que nos permitía cada tanto conversar. Esto cuando estaba solo, porque si se juntaba con Pizarro se transformaba y entraba a formar con él esa especie de pareja resentida con el mundo.

Una vez que lo encontré solo, le confié a Pontorno lo que pensaba de los radioaficionados:

—Es un altruismo exagerado, una pasión por ayudar al prójimo que a veces resulta intolerable. No entiendo lo que los mantiene despiertos por horas y horas —le dije con cierto fervor.

—Somos insomnes, es una enfermedad. Está comprobado que la mayor parte de los radioaficionados padecen de insomnio. Otros salen a caminar, otros leen, pero lo más primario en el hombre es querer hablar con otro. Eso nos pasa. Aparte cumplimos una función social. Por supuesto como en todos los oficios existen caricaturas: Villalba, Pizarro forman parte de ellas.

Lo miré y pensé que tenía un aliado. Tenía razón, hablar era algo primario en el hombre. Si pudiera confiar en Pontorno...

—¿Usted se dedicó a ser radioaficionado después del accidente?

—Siempre estuve cerca, trabajaba en la torre de control de Aeroparque. Pero después del accidente no podía caminar. Y por las noches, el insomnio.

—¿Probó con pastillas para dormir?

—Sí, pero es inútil, uno termina por acostumbrarse. Por un lado tenemos la desventaja de que la lasitud del dormir parece no llegar nunca, pero por otro lado tenemos la ventaja de que vivimos más horas que los demás.

—Acá está muy cómodo. Hay muchos equipos potentes y modernos. Raro que no haya tomado la guardia nocturna...

—A la noche me gusta estar en mi casa con mi mujer y mis hijos.

—Pero esas voces, esos lugares remotos, ¿le despiertan alguna curiosidad? ¿Le gustaría conocerlos algún día?

—No, ya he viajado mucho, mi trabajo siempre me lo permitió. A Pizarro puede sucederle algo de eso. Lo de Villalba es otra cosa, una curiosidad exacerbada; si él pudiera, como Dios, estaría en todos los lugares a la vez.

—¿Usted cree que es para espiar?

—No solamente, Villa. Dios vigila y castiga, pero a veces es dadivoso.

—Se necesita mucho dinero para mantener todo esto.

—Sí, en este momento estamos entre los de primera línea. Y el mantenimiento es costoso. Pero Villalba ha hecho mucho. Lo que comenzó como una diversión

ahora puede cumplir muchas funciones. Va a ver que pronto, aparte de los custodios, pondrán otro tipo de vigilancia. Éste es un lugar que podría ser tomado por la subversión.

No había ningún lugar seguro. Miré hacia el costado y vi todas esas tarjetas tapizando la pared. Parecía una pintura moderna. Mi pregunta era: ¿de dónde sacaba Villalba tanto dinero? ¿Por qué le asignaban tanto presupuesto? Se lo pregunté a Pontorno:

—¿No le parece mucho dinero para la administración pública?

—Sí, pero esto ya entra en otras partidas. Gastos especiales, cuentas que se manejan directamente desde el Ministerio y desde la Casa de Gobierno. Esto no es el álbum de fotos que a veces veo que usted observa con detenimiento y placer. Este lugar se ha transformado.

—¿Usted cree que pueden tomar la radio?

—Entra dentro de las posibilidades. Creo que ignoran que se trata de una central de operaciones donde hay aviones, helicópteros, teléfonos de la gente más importante que rodea al Ministro y a la Presidenta. Horarios, domicilios, hasta las contraseñas y un fichero de las personas más importantes del país. Aparte usted sabe que levanta ese teléfono policial y se comunica directamente con la casa de un Ministro o de un General. Usted mismo, Villa, puede mover un avión. Supongamos que está de guardia, Villalba no está, Salinas se fue de viaje y el jefe del Equipo Médico está volando en otro lado y usted tiene que decidir mover un avión.

Da las instrucciones y todo un mecanismo se pone en movimiento. Desde la tripulación en el caso de los aviones grandes, hasta el piloto en el caso del "Guaraní" o de un helicóptero. Después llama a las enfermeras y a las ambulancias. ¿Se da cuenta? Esto dejó de ser un *hobby* de aficionados.

—¿Villalba y Salinas se dan cuenta?

—Sí, pero Villalba cumple órdenes. Es Salinas el que está al tanto de todo: un hombre que viene del Ejército aunque ahora esté retirado. Y fue parte de la custodia de Perón en España. ¿No le parece que tiene cierta experiencia, Villa?

—Sí, es verdad, Pontorno, no lo había pensado.

Cuántas de las cosas que había dicho Pontorno ni siquiera las había pensado. Inmediatamente las relacioné con las amenazas anónimas y con el hecho de que el mundo desde la muerte de Firpo había dejado de ser un lugar seguro. Pontorno seguía hablando:

—Es un momento en que hay que estar en un lugar o en otro. Villalba lo está, está en el del poder, sólo que cree que hay uno solo y que es en el que él está. Pero para conservar ese poder hay que luchar, hay que combatir. Le repito, es un momento en el país en que se está de un lado o de otro. ¿Me entiende, doctor Villa?

—Sí, sí, yo pienso lo mismo.

—Por eso, doctor, el insomnio es algo que fortalece la lucha. No hay juego mejor que el ajedrez para ejemplificar la táctica y la estrategia militar. El ajedrez desarrolla la mente porque uno está pensando en

el propio movimiento pero también en el del adversario.

—Pero, ¿qué tiene que ver el ajedrez con el insomnio?

—En las noches de insomnio, juego al ajedrez por radio. Nos pasamos de banda y nos encontramos en otra frecuencia y tenemos largas partidas que duran días con gentes de distintos lugares del mundo. Aunque hablamos lenguas diferentes, cada uno puede saber cómo piensa el otro cuando se mueve la primera pieza. Fíjese que hasta Pizarro lo hace cuando se queda de guardia nocturna: cambia de banda y comienza a jugar al ajedrez. ¿Le parece mal? ¿O acaso son mejores los que se cuentan chistes verdes a través de la radio y llenan la frecuencia de obscenidades?

—No, por supuesto.

—¿Usted juega al ajedrez, doctor?

—Apenas los movimientos necesarios para iniciar una partida.

—Debería aprender, doctor; es muy útil para la vida de hoy.

Me despedí de Pontorno abrumado. Aparte de la radio ahora debía aprender ajedrez. Quizá debería haberme ido con Bruno a Enfermedades Transmisibles, siempre existía la posibilidad de los trabajos de campo, las giras al interior en los lugares de epidemia. Le comenté a mi mujer la conversación con Pontorno. Ella me preguntó:

—¿Para quién trabajará?

—Para Salinas.

—No, habló demasiado mal de Villalba y te buscó la lengua. Quizá trabaje para el mismo Villalba y te quiso probar.

—¿Y qué hago?

—Creo que lo mejor es que le cuentes a Villalba. Porque si era una cama, contándole no perdés nada y te aseguras su confianza. Y si Villalba no lo sabe también te ganás su confianza.

—Sí, pero yo también le hablé de Villalba de manera ambigua.

—Eso no tiene importancia. Si te pregunta algo le decís que era sólo para sacarle información.

—Pero, ¿no es quedar demasiado en manos de Villalba?

—¿Tenés otra posibilidad?

Me alejé temporariamente de Pontorno quien trató de acercarse dos o tres veces para hablarme, pero ante mis evasivas volvió a encerrarse en la cabina de radio. Busqué la ocasión de conversar a solas con Villalba. Le conté la conversación con Pontorno. Por un instante salió de ese mundo en que estaba envuelto y me escuchó atentamente. Hasta que me dijo:

—Hizo bien en contarme. Pontorno trabaja para el coronel Osinde.

—¿Y por qué está en la oficina?

—Nos lo impusieron, cosas de la política.

—Pero tiene acceso a mucha información.

—Sí, pero no lo perdemos de vista. Por otra parte, creo que exagera un poco. Como todos los hombres que tienen un problema como el de él.

—¿Y Pizarro?

—Pizarro es de confianza. Aunque no sea tan simpático como Pontorno. Pero creo, Villa, que usted ha dado un paso importante. Es hora de que conozca a otra gente: hombres del gabinete del Ministro, asesores. La semana próxima se va a hacer un cóctel en la Secretaría Privada y voy a conseguir que lo inviten. Quiero presentarle especialmente a dos personas. Puede ser que Pontorno exagere, pero en algo de lo que le dijo tiene razón: es un momento en que hay que estar de un lado o del otro. Creo que a los indecisos les va a ir peor. ¡Ah!, otra cosa: de esto, ni una palabra a nadie. Ni siquiera a su mujer. Ese es el pacto. ¿Está claro?

—Sí, señor, ni una palabra.

Tener un pacto secreto con Villalba me producía miedo pero a la vez me despertaba cierta sensación de poder. Sin embargo, esperaba que no me propusiera un pacto de sangre como de los que se hablaba por ahí.

En el cóctel, las únicas personas que conocía eran Salinas y Villalba. Para no hacer el ridículo no me despegaba de al lado de Villalba quien se movía muy familiarmente y hablaba con todos. El poder del Ministro consistía en su ausencia. Mandaba mensajes de que iba

a concurrir para después cancelar a último momento su visita.

—Siempre hace lo mismo, nunca se deja ver en público —me dijo Villalba en un tono tan confidencial que me hizo sentir que formaba parte del secreto. Finalmente me presentó a dos hombres del Ministro:

—Villa, le presento a Cummins y a Mujica, dos superiores. Las órdenes de ellos son como si fueran las mías. Nunca lo olvide.

—Pero, Villalba, ¿qué va a pensar el doctor de nosotros? —dijo el hombre de apellido inglés, de modales y rasgos muy finos y con unos ojos fríos de un color indefinido. Todo eso favorecía el enigma que parecía envolver su cara.

—Mejor que lo sepa desde el comienzo —le respondió el hombre que Villalba había dicho que se llamaba Mujica.

Extendí la mano con convicción, con fuerza.

—¿Alguna vez jugó a la paleta, doctor?

—Sí, señor, cada tanto, practico. ¿Cómo adivinó?

—Un jugador de paleta siempre reconoce a otro. Alguna vez vamos a jugar un partido. Eso sí, usted sabe cómo es, siempre se juega por algo —me dijo Cummins que se mostraba simpático y locuaz mientras Mujica me observaba en silencio.

Estuve a punto de cometer una indiscreción y decir que a veces jugaba en Arsenal, pero eso hubiera sido revelar el único lugar secreto que tenía en mi vida. Esa reflexión me dio un poco de valor y le dije:

—Podríamos desafiar al señor Mujica y al señor Villalba.

—Muy buena idea, Villa, muy buena idea —contestó Cummins riéndose ante la molestia evidente de Mujica y el asombro de Villalba. Después me saludaron y Cummins me dijo:

—Nos mantenemos en contacto, doctor. Si lo llegamos a necesitar para hacer un desafío, lo llamamos.

Villalba pareció quedar satisfecho de la impresión que les había causado. Hasta me palmeó el hombro y me dijo:

—Despreocúpese, Villa. Mujica es callado, pero parece que les cayó bien. ¿Es verdad que usted juega a la paleta?

—Sí, jugué en varios campeonatos.

—¡Quién hubiera dicho, Villa! ¡Quién hubiera dicho! ¡La vida todo el tiempo nos da sorpresas!

La asistencia al cóctel y las palabras de Villalba me fortalecieron y le conté la anécdota a Estela con cierta displicencia, como dándole a entender que no le contaba todo. Ella pareció desconfiar, al principio insistió con algunas preguntas, pero finalmente me sonrió y me dijo:

—Hoy te pareces al Villa del que les hablé a mis padres.

Le extendí la mano en señal de que habíamos hecho las paces. Volví a sentir cierta seguridad cuando ella la

apretó, y me arrastró de la mano hasta el dormitorio. Esa noche no necesité salir corriendo a buscar la sombra de Cabrera.

Unas semanas después, una madrugada, sonó el teléfono en mi casa. Estela se sobresaltó. Atendí y reconocí inmediatamente la voz de Cummins; le dije a mi mujer que se calmara, que era una llamada del Ministerio.

—¿A esta hora? —me preguntó.

—Sí, a esta hora —y le hice a Estela una señal para que se callara.

—Discúlpeme, señor Cummins, su llamada nos despertó.

—Cuando habla conmigo delante de otra persona, jamás vuelva a repetir mi nombre. ¿Está claro?

—Sí, señor, discúlpeme.

—Se imaginará, doctor, que no llamo a esta hora para jugar a la paleta.

—Entiendo, sí.

—Necesitamos un pequeño favor.

—Usted dirá.

—Vístase y venga a esta dirección: Donovan 44. Es una casa en Quilmes. No anote la dirección. Grábesela en la cabeza.

—Siempre tuve una memoria excelente.

—Muy bien, Villa, muy bien. Empezamos bien.
¿Cuánto cree que tardará?

—A esta hora no hay tránsito.

—No pregunte nada a nadie. Al llegar a la Estación verá que esa calle es paralela a la avenida. Ahí empieza la calle, siga derecho hasta el número que le dije. No tarde.

—Salgo para allá.

—Traiga un botiquín.

Sentí que el mundo se abría bajo mis pies. Una emergencia era algo con lo que nunca hubiera querido enfrentarme en la vida. Le pedí a Estela que me prestara su botiquín que era excelente. Me preguntó:

—¿Querés que te acompañe?

—No es posible —le dije, dándole cuenta de que era la primera vez que yo le daba esa respuesta. Ella lo advirtió y me dijo:

—Cuidáte, Villa.

La casa era modesta, como muchas de las que había en Quilmes, de material por fuera y adentro de chapa y madera. No sabía qué podía hacer ahí gente como Cummins y Mujica, pero tampoco sabía qué era lo que yo estaba haciendo. Había un pequeño comedor con una mesa, unas sillas, un aparador pintado de blanco haciendo de modular. Muy poca luz, pero la suficiente para ver colgado en la pared un afiche de un cuadro de fútbol. Cummins y Mujica me hicieron pasar a un dormitorio también sencillo donde había un hombre tirado en una cama.

—Está herido en el muslo, fue en un enfrentamiento, es un hombre de los nuestros. Tiene una hemorragia, está perdiendo mucha sangre. Revíselo, Villa —me dijo Cummins.

Me acerqué casi en la oscuridad y agradecí que la poca luz me impidiera ver la sangre, aunque la podía oler y hasta palpar esa consistencia pegajosa. El hombre respiraba con dificultad.

—Está en shock —les dije—. Voy a aplicarle un calmante.

Era algo tan general que no me comprometía y mientras tanto podía ganar tiempo. Después de que le apliqué la inyección, retiré como pude las toallas ensangrentadas y traté de mirar la herida, desinfecté y armé un torniquete:

—Hay que trasladarlo inmediatamente para pararle la hemorragia. El balazo podría haber comprometido una arteria, una vena. Hay que internarlo: si no, se desangra.

—Busque el lugar, Villa.

—Pero, señor Cummins, va a haber que dar intervención a la policía, en cualquier hospital van a preguntar.

—De eso nos hacemos responsables nosotros, quédese tranquilo. Usted busque el lugar y la manera. ¿Puede ser trasladado en un auto o tiene que ser en una ambulancia?

—No nos demoremos, no hay que perder tiempo. Llévemolo hasta el coche. Vamos a ir al hospital de Quilmes.

—Siempre es bueno tener un médico amigo a mano —me dijo Cummins mientras me palmeaba la espalda.

Lo subimos en el coche y le indiqué la dirección del hospital de Quilmes. Les dije:

—En la guardia van a querer saber cómo ocurrió.

—Ya le dije, Villa, que de eso nos ocupamos nosotros. Usted fíjese que llegue vivo al hospital y encárguese de internarlo —me respondió Cummins.

Mujica no había dicho ni una sola palabra, pero cuando habló sentí que el mundo se me venía encima.

—Alguien como usted, doctor, capaz de robarle a un muerto, porque sabemos que se quedó con el alfiler de Firpo como nos contó Villalba, debe ser un hombre de valor...

Villalba me había delatado. La cabeza de caballo me dejaba en sus manos.

Ellos tenían razón: yo me encargué de internar al enfermo y ellos se ocuparon de la policía.

Pasaron varias semanas sin que Cummins ni Mujica volvieran a comunicarse conmigo. Aquel amanecer, mi mujer me preguntó sobre lo que había pasado esa noche. Creo que no se lo conté porque no pude decidir qué me parecía más terrible: que me dejara o que terminara aceptándolo.

El siguiente encuentro fue una mañana diáfana a la luz de un sol espléndido que entraba por el despacho de Cummins. Siempre estaba con Mujica, como si fueran gemelos. No nos veíamos desde aquella vez con el cuerpo sangrante entre nosotros. Cummins me saludó efusivamente y me dijo:

—¡Cómo se demora ese partido de paleta! Es que el país está cada vez más complicado. Pero le vamos a asentar golpe por golpe. ¿Usted me entiende, doctor?

—Sí, perfectamente.

—¿Se acuerda de Mujica? Siempre tengo que hacer un esfuerzo para que ustedes se caigan simpáticos. Pero hoy lo llamé para otra cosa. Necesito que me firme un certificado de defunción para un pariente.

—¿De qué murió?

—Eso lo tiene que poner usted, doctor.

—¿Dónde está el cuerpo, señor?

—El cuerpo, el cuerpo, hoy todos parecen preocupados por esa cuestión. Eso ya lo arregló Lopresti, usted sólo tiene que firmar el certificado. Los papeles están en orden y de todo el trámite del cementerio se ocupa la cochería.

—Sí, señor. Pero necesitaría ver el cuerpo. Por lo mismo que usted dice: para desmentir los rumores.

—¿Qué rumores, Villa? —me preguntó Mujica cambiando el tono de voz y dándole otro giro a la conversación.

—Se dice que Emergencias se usa para mezclar cajones legales con cajones clandestinos.

—¿No nos tiene confianza, Villa? —me respondió Mujica.

—No se trata de eso. Es por la seguridad de todos.

—Usted encárguese de la suya. Por la nuestra velamos nosotros. Si le decimos que no hay problemas es porque no los hay.

—¿O prefiere que busquemos otro médico?

—No, señor, déme que lo extiendo.

—Paro respiratorio traumático —aseveró Cummins.

—Sí, señor. ¿A nombre de quién?

—Ya le dije una vez que el nombre no tenía importancia. ¿Está claro, Villa? Hombre, mujer, da lo mismo. Ya está muerto, está adentro del cajón, nadie va a averiguar. Podría poner mujer y haber un hombre dentro del cajón, y al revés. Adentro del cajón podría estar

Drácula. Eso no le incumbe. Usted sólo tiene que poner la firma.

—Está bien —le dije, mientras firmaba lo que creía mi propia partida de defunción. Al mismo tiempo pensaba en toda la importancia de la firma en un Ministerio y en que Firpo tenía razón cuando hablaba del tráfico de cajones.

—Gracias, Villa, ahora aflojémonos un poco. Usted sabe que la organización que preside el Ministro deposita automáticamente dinero en una cuenta en el exterior. Ahora lo suyo es sólo un número.

—Pero yo nunca quise dinero. Nunca hice nada para ganar más dinero del que cobro por mis funciones.

—El dinero mantiene la boca cerrada. Y sólo el dolor la abre. Por ahora estamos hablando de dinero. Pero le vuelvo a decir, aflojémonos. ¿Dónde juega usted a la paleta?

—En Avellaneda.

—¡Qué bien, Villa, qué bien! Tengo algunos amigos en Avellaneda.

Yo solamente esperaba cuándo iba a ser la próxima vez. Si de noche o a la luz del día. Si bien la noche es inquietante, en otro sentido protege porque vuelve todo un poco más disimulado. En cambio, la luz del día suele ser despiadada. No hay dónde refugiarse de esa claridad que comienza por la cara cuando uno se mira al espejo desnudando cada rasgo hasta tener la

sensación de que verdaderamente se podría llegar al alma. Desde que había estudiado medicina, ésa era mi manera de representarme una endoscopia: una luz muy fuerte, como un rayo de una coloración penetrante, de esos que uno veía en las estampitas, buceando en la profundidad de los órganos hasta encontrar el corazón.

Esos dos hombres habían cambiado mi vida. ¿Era así? ¿O era una serie de acontecimientos que se habían acumulado uno tras otro con una lógica implacable? La muerte de Firpo había sido decisiva, me había dejado sin opciones. Después, ¿cómo hacer para retroceder? No tenía valor para quitarme la vida. Sí, había pensado en escapar. Pero, ¿quién puede escapar de los acontecimientos que lo envuelven?

Pensar eso me tranquilizó: yo era una hoja en la tormenta, una hoja arrastrada por el viento.

Sólo me cabía esperar y esperaré. Y la llamada llegó. También fue a la madrugada, y esta vez ya no nos sobresaltamos, ni mi mujer me preguntó nada. Sólo me dijo:

—El botiquín está completo.

Ni siquiera me sugirió como la vez anterior que me cuidara.

Esta vez el asunto era en la localidad de Florida, en la calle Ombú. Imposible olvidarse del nombre y Cummins me hizo un chiste:

—Venga por la sombra, Villa.

En el lugar había un enorme galpón donde funcionaba una fábrica de bujes de goma. No parecía aban-

donada, de día debería ser un lugar en actividad. Sobre el galpón habían construido una especie de oficina o vivienda. Mujica había salido a esperarme a la puerta y no intercambiamos más que un saludo durante el trayecto. El lugar estaba poco iluminado, había como olor a goma quemada. Cuando entré, Cummins me dijo:

—Llegó más rápido de lo que pensábamos. Seguro que vino por la Panamericana.

—Sí, tomé ese camino.

—Mire, Villa, tenemos un problema.

—Usted dirá.

—Pase, venga conmigo.

Detrás de la oficina había una habitación. Una mesa, una silla, una lámpara y en una cama un hombre tirado. Estaba con los pies y las manos atados a la espalda. En lo que parecía ser una sábana, había manchas de sangre. Me llamó la atención que solo tuviera los calzoncillos puestos. Parecía inconsciente.

—Ese es el problema —dijo Cummins señalando hacia la cama.

Me acerqué al hombre enrollado como en posición fetal, estaba sin conocimiento. Me di cuenta de que tenía todo el cuerpo lleno de hematomas. Lo di vuelta y vi que su cara estaba casi desfigurada. Le tomé la presión, le ausculté el corazón. El hombre parecía estar sin reflejos. Busqué comprobar si tenía la cabeza golpeada y me encontré con dos hemato-

mas como si le hubieran pegado con una cachiporra.

—¿Puede hacer algo para reanimarlo? —me preguntó Cummins.

—No creo. Está inconsciente.

—¿Eso qué quiere decir? —me preguntó Mujica.

—Que está mal.

—Esta vez no lo podemos llevar a un hospital. ¿Qué tipo de atención se necesitaría?

—Necesita que lo canalicen, que le saquen radiografías de la cabeza, de tórax.

—Nada de eso se puede hacer.

—Usted me preguntó —le dije a Cummins con cierta irritación.

Los dos se quedaron en silencio. Volví a revisarlo y encontré que había quemaduras en el bajo vientre. Lo habían picaneado. Había un olor insoportable, una mezcla de carne quemada y excrementos. El mismo olor que sentí la primera vez que fui al Sur con Firpo y trajimos a los quemados de un barco petrolero que se había incendiado. El olor a bordo también era insoportable, fui dos veces a vomitar. La segunda, Firpo me dijo: "Ya se va a acostumbrar, Villa". Mientras, yo me acercaba a esos despojos envueltos en vendas que parecían momias vivientes hasta que uno susurró: "Tiráme del avión, pibe, tiráme, no aguanto más este dolor. Matáme, pibe, no me dejes sufrir así".

Pensé que si este hombre pudiese hablar diría lo mismo, sólo que yo ya no era un pibe. Y me dije, menos

mal que no puede hablar, menos mal que tiene los ojos cerrados, si no, vería todo el sufrimiento en esos ojos. En su estado, en unas horas se moriría.

—Hay que llevarlo a un hospital, si no, se muere —le dije a Cummins.

—¿No hay manera de reanimarlo? Tenemos que hacer que hable, tiene datos importantes, están preparando un atentado contra el Ministro. Y éste es parte de una pista.

—Este hombre no va a hablar por un tiempo.

—¿Pero no hay una inyección? ¡Tiene que haber alguna manera de hacerlo reaccionar! ¡Si aguantó tanto tiene que poder aguantar un poco más! —dijo Cummins con rabia, molesto por que el hombre pudiera haber decidido morirse.

—Te dije que era demasiada parrilla —le reprochó Mujica—. Entró en shock, nadie resiste tanto. Mientras estaba consciente vaya a saber qué cosa lo hacía callar: los ideales, no convertirse en un delator, no saber nada en serio, o colgarse de alguna puta idea que no tiene nada que ver con todo esto. Te dije, el tipo no está acá, está colgado de algo. El cuerpo está, pero la cabeza se voló, se desprendió el alma del cuerpo. Vaya a saber dónde... pero es la única manera. Lo experimenté en mí mismo: hasta donde pude aguantar el dolor. Lo hice, y la única manera era no estar ahí. Pensaba en la primera mujer que me cogí, en el color de un perro que tuve cuando era chico y se perdió una Navidad. Me picanié hasta que me desmayé.

—¿Ves que no miento? —siguió diciendo Mujica y se levantó la camisa y le mostró las marcas de quemadura en el cuerpo a Cummins.

—Con cigarrillos, con la plancha, hasta que me desmayaba, era la única manera de saber hasta dónde podía aguantar. Así, gradualmente, hasta la picana —Mujica no paraba de hablar:

—Cummins, no sé para qué lo llamaste a este inútil, no sirve para nada. Este hombre ya es un muerto. No hace falta un médico, hace falta un hoyo donde dejarlo. Y estoy cansado de tu estilo empalagoso con este Villa. Que sepa de una vez de qué se trata. Que él también está hasta las manos. Estoy hartado de su inocencia y de que esté distraído como si fuese un convidado de piedra. Sépalo, Villa, usted también es parte del festín.

—Te desbordaste, Mujica —le dijo Cummins por toda respuesta.

—Sí, posiblemente, pero basta de comedia. Éste es mi trabajo, necesito esa información y hago lo posible por obtenerla. Si se muere, hice mal mi trabajo, eso es todo. Después lo que le pase a este cerdo, si se muere, si sufre, ni me importa ni me hace perder el sueño. Lo único que necesitaba saber era si podía vivir un poco más y me daba cuenta de que no por lo que había resistido, para eso no lo necesitaba a este doctor. Ahora, decíle que se vaya porque nosotros tenemos que seguir trabajando. Quiero decir que no lo podemos dejar acá ni tampoco en ningún lugar donde quede vivo.

—¿Es su última palabra como médico, Villa?

—Sí, señor —le contesté a Cummins.

—Entonces váyase y déjenos solos.

Las piernas me temblaban. Como aquella vez en el Sur, una vez que salí vomité todo. No podía quitarme de la nariz el olor a quemado. “Me tomó la pituitaria”, me dije. Trataba de respirar a grandes bocanadas. Prendí un cigarrillo y me llené las narices de humo. Fui hasta el coche y comencé a manejar desde el Norte hacia el Sur.

Cuando llegué a mi casa, Estela fingía dormir. Necesitaba darme un baño. Me metí bajo la ducha y me quedé un rato largo. Cada tanto salía para aspirar la loción de afeitar. No quería salir del baño, quería quedarme envuelto en ese olor agradable, embarcarme en el vapor borroso que se dibujaba en el frasco de Old Spice. “Tomarte el buque querías”, me hubiera dicho el Polaco y habría tenido razón.

En algún momento tuve que salir del baño y acostarme al lado de mi mujer mientras pensaba en el cuerpo del hombre tirado en la cama con el bajo vientre todo quemado. Y no sentí ningún remordimiento, no podía hacer nada por él, ni siquiera aliviarle el dolor. Solamente me preguntaba dos cosas. La primera era cuándo me volverían a llamar, aunque después de las palabras de Mujica quizá nunca más volverían a hacerlo. La otra era si, más allá de esta noche, cada vez que cerrara los ojos iba a poder borrar esas imágenes de mi cabeza.

Una de mis preguntas obtuvo respuesta: para empezar a olvidar sólo se necesita tiempo. Y los acontecimientos me estaban dando tiempo. El lópezzreguismo había entrado en un enfrentamiento total con los sindicalistas, los militares y hasta parte de la Iglesia.

Los días pasaban y esos dos hombres no aparecían en mi vida. Le pregunté a Villalba por Cummins y Mujica, y me contestó:

—Viajaron al interior, creo que a Córdoba. Esa provincia siempre fue difícil.

—Sí, usted tiene razón, históricamente ha sido así para el peronismo.

—Es un secreto, Villa, no lo diga a nadie, pero el lópezzreguismo aunque ha surgido del peronismo creo que se ha diferenciado de él como una fuerza política propia. Son palabras de Cummins.

—Si Cummins lo dice... —le respondí a Villalba, quien ya me había dado la espalda para atender la correspondencia, esperando que le llegaran tarjetas de vaya a saber qué lugar del mundo.

Me quedé solo. Pensé en llamar a mi mujer, hoy se cumplía un aniversario del día en que nos habíamos

puesto de novios: los dos tomábamos como fecha aquel viaje a Resistencia. Me volví a preguntar quién sería aquel Núñez que llevábamos en el cajón. Pensé en la amistad de Villalba con Lopresti. Conociéndolo a Villalba, todos los papeles estarían en orden y todo sería legal.

Las palabras de Mujica acerca del robo del alfiler de corbata me habían cambiado la vida. Había podido ir borrando las imágenes, pero no sus palabras. Quizá ser un poco inútil serviría para salvarme. Necesitaba juntar papeles, anotar todos los datos posibles, necesitaba pruebas, por si el lópezzreguismo caía, de que había actuado coaccionado. ¿Y el dinero? Siempre estuvo en una cuenta, nunca lo había aceptado. Necesitaba protegerme: iba a hacer un informe desde el primer día en que Villalba me presentó a Cummins y a Mujica.

Comencé a trabajar al tuntún, sin rumbo fijo porque la cabeza me hacía tun-tun cuando revisaba los archivos y encontraba todos los que había caratulados como "Ministerio de Bienestar Social. Ref. Traslados Lopresti". Durante esos años, estadísticamente habíamos trasladado a más de doscientas personas. Todas bajo subsidio, todas de la Capital para el interior, todas por la misma cochería. Las hojas se comenzaron a acumular: hacía fotocopias que guardaba en el cofre de Arsenal. Por otro lado recurría a mi memoria, recordaba conversaciones, datos que, llegado el momento, si me los pidiesen podría suministrar.

Confiaba en mi memoria. Como cuando estudiaba medicina y aprendía todo de memoria: tenía músculos y vísceras en la cabeza. Memorizaba cada parte del cuerpo y para los exámenes acudía a reglas mnemotécnicas: "Mamá es acróbata en dos circos". La frase resumía el mundo de las arterias, ese mundo que al hombre del balazo le había estallado en una pierna, y la recordé cuando le hice el torniquete. Mamá, las mamas internas y externas; es, la escapular; dos, las dos circunflejas externa e interna. Cada vez que intentaba memorizarla se me presentaba el recuerdo de esos dos acróbatas rusos caminando por un hilo sobre la 9 de Julio, caminando tan alto como el Obelisco, y mi tía diciendo: "Caminan como Jesús caminaba sobre el agua." "¿Cómo se sostienen, tía?", le preguntaba yo. Y ella respondía: "Porque creen, por eso pueden estar tan concentrados".

Después estaba mi otra regla mnemotécnica preferida: "Perón habla por radio desde afuera". Perón era el peroné, el hueso externo; tibia, el interno. Radio y cúbito, huesos del antebrazo: radio, el externo y cúbito, el interno. Ese era mi mundo: había que ubicar lo que estaba afuera y lo que estaba adentro. Y así se armaba ese cuerpo que tomaba voz cada vez que Perón hablaba por Radio *Colonia* cuando durante el día se había corrido el rumor de que iba a hablar desde el exilio en algún momento de la noche. Después, la frustración de una espera interminable hasta que llegaba el comentario de algún vecino que informaba: "La

Libertadora interfirió todas las radios". Y así hasta el próximo rumor: Perón habla por radio desde afuera.

Comencé a escribir en un código secreto. Sabía que también los otros hablaban en código. En un momento por la radio dejaron de hablar del Ministro y todos los mensajes los cursaban para el Hermano Daniel. Me acordé del pacto de sangre entre Villalba y Salinas, me pregunté si Villalba también era un hermano, y si Mujica y Cummins querían que yo entrara en esa hermandad.

Confiaba en mi memoria y en la carpeta que guardaba en el cofre de Arsenal. Ahí estaba la historia de Cummins, de Mujica, de Villalba, también mi propia historia, todas armadas como esos esqueletos bamboleantes que mi memoria unía. Sólo yo tenía la clave porque la había hecho con las mismas reglas mnemotécnicas que había usado para estudiar anatomía.

Volvía una y otra vez a Arsenal para ir agregando nuevos datos y cifras en las carpetas. Hice una estadística de la cantidad de fallecidos que habíamos trasladado y cuántos NN había entre ellos. Esa noche, como todas las del último tiempo, volví a mirar la media medalla y la cabeza de caballo. También tuve que hacer una apuesta. Salguero me dijo:

—Te apuesto a que antes de tres meses cae Isabelita.

—Pero eso es mucho tiempo, falta todo el verano. Recién estamos en diciembre.

—Vos deberías saber, estás adentro, Villa, y corrés con el caballo del comisario.

Yo ya no sabía con qué caballo corría porque el de Firpo había muerto, y sólo tenía una joya decomisada, inútil, apenas un recuerdo para esconder.

Cummins y Mujica volvieron.

—Están muy nerviosos —me dijo Villalba en un tono casi confidencial.

—Sabe, el error de la lucha que ellos llevan adelante es que suena mucho a una venganza personal. Se necesita algo más sistematizado, por eso yo monté este sistema de comunicaciones. Es necesario que esto dé un giro, se lo digo yo que aprendí estrategia en el curso de Defensa Nacional. Hay que estar preparado para el día de mañana.

—Sí, esto es una partida de ajedrez —le respondí dándole cuenta de que repetía las palabras de Pontorno, sin saber muy bien lo que decía.

—Lo nuestro, Villa —porque usted como yo es un funcionario de carrera y ni Cummins ni Mujica lo son—, no lo olvide nunca, es esperar. No es un momento para actuar. Usted sabe, Villa, todos los papeles de Emergencias están limpios.

—Lo sé, señor, siempre fue su preocupación.

—En este tiempo tengo otras preocupaciones, Villa.

—¿Cuáles?

—El giro, ya le dije el problema es el giro. Creo que la gente que rodeó al Ministro lo condujo a un callejón sin salida. Usted sabe, yo ando por muchos lados,

tengo muchas relaciones. Nunca hay que jugar todos los boletos a un solo caballo. Hablando de eso, ¿todavía guarda el de Firpo?

—Sí.

—Debería usarlo ya que él se lo regaló.

—Tengo miedo de perderlo.

—Tiene razón, Villa, esas cosas uno termina por no usarlas, por miedo a perderlas o a que se las roben.

Me sonreí de la ironía de Villalba, ya sabía que su delación me había puesto en manos de Cummins y Mujica.

Con esa conversación había empezado la mañana en el Ministerio. Desconfiaba de Villalba pero me parecía que sobre el asunto del giro había sido sincero. Que él mismo necesitaba hablar con alguien, y hablar conmigo debería considerarlo una manera de hablar en voz alta. Sin embargo, traduje la conversación con Villalba a mi código cifrado.

Ese día el clima en el Ministerio estaba muy alterado. Había habido un atentado, una bomba hizo volar por el aire a altos oficiales de la policía. Los rumores de la Secretaría Privada del Ministro y la radio hablaban de la detención de uno de los agresores, mientras otros habían escapado o muerto en un enfrentamiento con la policía.

Esa misma tarde, Villalba me dijo, recordándome la conversación de la mañana:

—Seguramente, Villa, mañana aparecerán dos o tres cadáveres. Es como le digo: hay que terminar con la venganza y pasar a implementar una estrategia sistemática.

—Sí, usted tenía razón.

—Seguro, Villa. Y lo digo porque cualquier día nosotros podemos ser víctimas de un atentado. Como dice Pontorno, hay mucho poder concentrado en esta oficina. Bum y volamos por el aire. Es un segundo.

—Hoy estamos todos muy impresionados.

—Es verdad, Villa, tenemos tiempo. No debemos dejarnos llevar por los acontecimientos. Uno siempre debe estar más allá de ellos.

—Sí —le respondí a Villalba, tratando de con vencerme a mí mismo de lo que decía. Me di cuenta de que estaba solo. Villalba, al menos, me tenía a mí para reflexionar en voz alta, pero yo ni siquiera podía contar con mi mujer, y el Polaco me hubiera despreciado. Creo que ya me despreciaba la última vez, la noche del casamiento; pero yo estaba solo y mi única arma era hacer ese informe que me permitiera aguardar el día de mañana con alguna posibilidad de volver a ubicarme.

Fui a buscar el coche al garaje y extrañé no tener a quién llevar. Ya no tenía la plantación para escaparme y sólo me quedaba volver a Arsenal. Mi mujer había aprovechado un vuelo a Resistencia para ir a visitar a sus familiares. Así se había ido el día, entre la incertidumbre y el temor.

Dudaba entre comer solo o ir a comer al Club. Miré en el modular la foto que tenía con mi mujer. Me pareció lejana. En el paisaje no había ninguna plantación, únicamente una aerosilla y unos cerros. Así parecía estar yo: suspendido en el aire. Decidí ir al Club para agregar algunas anotaciones a la carpeta sobre el atentado y el giro del que había hablado Villalba. Un giro era lo que yo no podía dar en mi vida.

Llegué al Club, saludé y me senté en la barra para pedir algo de comer. Estaban Paiva y Pereyra. Comenzaron a hablar entre ellos, como siempre, para joderme un poco.

—¿Vos te dejarías abrir por Villa?

—Ni loco.

—¿Aunque te estuvieras muriendo y te tuvieran que operar?

—Ni loco.

—¿Por qué?

—Porque cuando toma un vasito de ginebra le tiemblan las manos.

—¿De borracho?

—No, de miedoso.

Siempre había sido así con ellos, siempre estuvimos cruzados. Me tenían envidia por ser médico, yo los creía superiores porque eran campeones de paleta. Ellos siguieron hablando:

—Te apuesto a que Villa se lo tomó en serio.

—¿Por qué?

—Porque se lo toma todo en serio.

También como de costumbre se acercaron, me palmearon los hombros y me invitaron a jugar a la pelota. Como Mujica y Cummins, eran inseparables. Les dije que estaba cansado, que el día había sido muy largo y me quería volver temprano a casa. Si les hubiera dicho que estaba solo me habrían invitado a ir con putas. Iban de putas todas las noches y siempre arrastraban a alguien.

Cuando cerré el cofre, después de guardar la última nota en la carpeta, sentí alivio: al menos hasta el otro día podía olvidarme de la historia. Me volví caminando. Estaba oscuro. Como tenía un poco de miedo, me puse a cantar.

Eran días de terror. Sin embargo, paradójicamente, esa noche estaba más tranquilo, como si se hubiera cerrado el círculo y el poder de Cummins y Mujica se hubiera circunscripto a esas cincuenta hojas de papel con membrete.

Sin Estela la casa parecía deshabitada porque yo mismo me volvía un extraño, porque desconocía dónde estaba cada cosa. Necesitaba dormir y, cosa inusual en mí, pensé en tomar un poco de whisky.

Me fui quedando dormido en el sofá del comedor mientras ensayaba nuevas reglas mnemotécnicas y el mundo se volvía un lugar tranquilo y apacible. La llamada me sorprendió. Esta vez era la voz de Mujica:

—Villa, vístase y venga a esta dirección: Manuel Ugarte 1423, planta baja. Es una casa.

—Ya estoy vestido.

—Mejor, así llega más rápido.

—¿Dónde queda esa calle?

—En Núñez, a dos cuadras de la cancha de River.

—Voy a tardar cerca de una hora.

—Venga lo más pronto posible.

—¿Y Cummins? —le pregunté casi de manera impertinente, como si el hecho de que hubiese hablado Mujica al que, sin embargo, le temía más, me hubiese hecho pensar por un instante que esos dos hombres podrían haber roto su unión indestructible.

—Está al lado mío, Villa, no pierda el tiempo con preguntas estúpidas —me respondió Mujica y colgó el teléfono.

Mientras manejaba encendí el transmisor. Oí la voz de Pizarro enviando un mensaje a alguna provincia. Cosas caseras, fechas de viajes, algún nacimiento, alguna muerte. Todo con el mismo tono de voz. Estuve tentado de entrar en la red y pasar un mensaje. Que le comunicaran a Villalba que estaba cumpliendo un traslado oficial pedido por Mujica. Eso me aseguraría que, al menos por unas horas, iban a conocer mi paradero. La voz de Mujica me había sonado rara. Bueno, siempre me quedaba el *handy talkie*. Me fijé que estuviera cargado. No tenía batería, no sabía si en lo que me quedaba de viaje iba a alcanzar a recargarlo. Estaba a la altura de los cuarteles de Palermo y me sorprendió una pinza. Eso me demoraría. Seguramente estaban detrás de la gente que había hecho el atentado. La antena de la radio y el *handy talkie* despertarán sospechas. Busqué la credencial del Ministerio.

Cuando detuve el auto se acercó el oficial y sin dejarme hablar me obligó a que me bajara. Querían revisar el auto.

—¿Y esta antena? —me preguntó.

—Soy funcionario —le contesté.

—¿De qué repartición?

—Ministerio de Bienestar Social.

—La niña bonita.

—No entiendo, oficial. Aquí tiene mi credencial, soy médico.

—¿Usted se cree que eso es una garantía? ¿Cómo sé que no va a curar a un terrorista?

—Trabajo para el Gobierno.

—Hoy por hoy eso tampoco es una garantía.

—Oficial, voy a visitar a un enfermo pariente de un funcionario. Me llamaron con cierta urgencia.

—No hay nada, está limpio —dijo un suboficial que se acercó.

—Siga, doctor. Espero que tenga buenas noches.

Miré la hora y apreté el acelerador. Cómo le iba a explicar a Mujica que me había agarrado una pinza. Me iba a preguntar: “¿Le mostró la credencial?”, como si esas alas rojas abrieran todas las puertas. Como si la firma del Hermano Daniel sirviese para imponer autoridad y terror, el mismo que se iba apoderando de mí a medida que me acercaba al lugar. Hasta que ver el estadio de River desierto y silencioso como un enorme animal apagado me hizo dar cuenta de que no había nadie por la calle. Solamente yo, con mi auto, yendo al encuentro de Mujica y Cummins.

La casa quedaba a dos cuadras de la vía. Retuve en la memoria que del lado derecho había una verdulería y del lado izquierdo una pescadería. El olor de ambas

era inconfundible. En realidad, no era una casa sino un chalet de dos plantas construido alrededor del cincuenta. Estilo americano, seguro que fue la vivienda de un arquitecto: demasiados detalles bien cuidados. La puerta del garaje era una persiana negra que contrastaba con el buen gusto del resto de las cosas. Se me pasó por la cabeza que lo tenían ahí, que ése sería el lugar que usaban para torturar, pero enseguida pensé que era demasiado a la calle y los gritos se podían oír desde afuera. Vi la sombra de Mujica aguardándome en el porche. Estaba todo cerrado, las persianas bajas; si no hubiese sido por la sombra de Mujica en el vestíbulo parecería la casa de alguien que se hubiera ido de vacaciones.

Entré y conmigo entró la sombra de Mujica que me condujo directamente a lo que podría ser un sótano o una leñera, donde había olor a humedad y desaparecían los ruidos del mundo y sólo quedaba la boca de su linterna guiándome en una escalera de veinte escalones. Los conté.

Los oídos me zumbaban y me temblaban las manos. En la oscuridad busqué las alas de metal y las toqué para que me trajeran suerte. Era como si entrara al fondo de la Tierra, como si esta vez me hubiera hundido con Mujica y Cummins en las entrañas de algo horrible, y el destino nos fuese a unir para siempre después de que pisara el último escalón y avanzara hacia donde estaba Cummins detrás de una hendidura de luz que se dejaba ver a través de la puerta.

Cummins estaba de pie, recortado en una luz que parecía el escenario de un teatro donde él me estuviera esperando para salir a escena y la luz lo fuera siguiendo paso a paso. La leñera tenía una pequeña puerta. Sabía que por lo que había detrás de esa puerta, Mujica y Cummins me habían llamado esa noche.

Cummins abandonó el rayo de luz, me extendió la mano y me dijo:

—Vista, es importante que la pueda hacer reaccionar.

—¿Es una mujer?

—Un enemigo no tiene sexo —me respondió Cummins.

—Sí, señor.

—Es importante que hable, se vincula con el atentado de esta mañana con la bomba. El Ministro está furioso porque uno de esos policías era de la hermandad.

—¿Por qué le contás? —le preguntó Mujica a Cummins a manera de reproche.

—Para que no ignore la responsabilidad que tiene.

Me impresionaba que fuera una mujer, las palabras de Cummins habían dejado entrever esa posibilidad. Esperaba que esa vida no dependiera de mis conocimientos médicos. Se trataba únicamente de hacerla reaccionar. El botiquín era un peso que me sostenía sobre la tierra, era una manera de tomarme de la mano de Estela Sayago ya que ella misma lo había preparado.

Cummins se había apartado de la puerta que ahora no parecía pequeña, sino tan gigantesca que costaba

ba empujarla. Entré en un vaho donde se mezclaban el humo y el olor a excrementos. Me dije: "la picanearon", y me di cuenta, aún sin verla, de que ya tenía la certeza de que era una mujer.

El cuerpo estaba sobre un catre. La ropa despertaba una ambigüedad vertiginosa. Ropa de combate o de fajina, borceguíes a pesar del calor. Parecía un soldadito. Pero eso que estaba sobre la cama era menudo. Estaba de espaldas, con la cabeza hundida en la almohada. Tenía el pelo corto, casi militarmente. Un pelo oscuro mezclado con un poco de sangre. En la oreja derecha, un arito. Cummins había dicho la verdad, era una mujer. Parecía estar inconsciente.

—Tenemos miedo de que haga un paro, Villa —me dijo Cummins en un tono entre de consulta y conciliatorio.

—¿La golpearon mucho?

—Lo de siempre —respondió Mujica.

—¿No está herida de bala? —pregunté.

—No, sólo golpeada y picaneada. ¿Está claro, Villa? ¿O no reconoció el olor a mierda que hay en la pieza?

Había un punto en el que Mujica dejaba de producirme miedo para producirme irritación. La misma que a veces le producía a Cummins. Creo que eso me hizo hablar.

—¿Cómo se dejó agarrar viva?

—Para que pudieran escapar sus compañeros. Nos distrajo, tiró todo lo que tenía y después nos fuimos encima.

—¿Por qué no se tomó la pastilla?

—Por una cuestión de tiempo: necesitaba darles tiempo a ellos. Después fue ella la que no tuvo tiempo, su cabeza estaba concentrada en distraernos para que los otros pudieran escapar. Fue así porque cuando la revisamos le encontramos la pastilla.

—Se queja, parece que está volviendo en sí —dijo Mujica.

—Eso no quiere decir nada, necesito revisarla.

—Es lo que estamos esperando, ¿o se cree que lo invitamos a una fiesta? —me increminó Mujica.

—Necesito espacio. Mujica, córrase, me tapa la luz. Se necesita aire, esto es tan cerrado, ni siquiera hay una ventana. El aire está viciado. Le voy a colocar el respirador de mano, pero cuatro personas consumimos más oxígeno que dos. ¿Por qué no esperan afuera? Esto va a llevar un tiempo.

Había hablado con una autoridad médica que hasta a mí me resultaba desconocida. Sin embargo, tuvo sus efectos: hasta me animé a decirle a Mujica que fuera al coche y que buscara en el baúl la valija con el resucitador. Le alcancé las llaves y me miró, esperando sólo el momento en que iba a empezar a poder prescindir de mi ayuda. Se le notaba en los ojos que esperaba ese momento.

Me quedé en el mismo lugar y en la misma posición hasta que regresó, para que se diera cuenta de que el resucitador era muy importante. Cuando me lo entregó le hice una seña para que se retirara, pero antes

le reclamé las llaves del auto. Era mejor que las tuviera conmigo por lo que pudiera pasar.

Tomé la valija con la cruz roja en la tapa. Me pareció más pesada que cuando la llevaba siendo auxiliar de a bordo. Ahí había un pequeño tubo de oxígeno y el botiquín mayor para cirugía más compleja.

Lo abrí. Estaba completo. Me acordé de memoria de cada compartimento y para qué servía cada cosa. Saqué el respirador y lo puse sobre la mesa por si lo necesitaba y me acerqué al cuerpo que yacía sobre la cama. Le tomé el pulso, después la ausculté.

La di vuelta: le habían roto la cara. Por la cara podía ser cualquier cosa: un hombre, una mujer. Un resto de venda le cubría los ojos. Respiraba con dificultad, y lo que Mujica llamaba quejidos eran gestos o sonidos de pánico instintivo como reacción ante los golpes. Como si a pesar de estar desvanecida todo el tiempo amenazara con llevarse las manos a la cara.

Busqué un poco de amoníaco en el botiquín a ver si eso la reanimaba. Se lo hice aspirar, parecía que podía reaccionar pero caía nuevamente en un sopor.

Lo hubiera necesitado a Seoane que había hecho la especialización en terapia intensiva y un día me había dado una clase sobre maniobras de resucitación. Les pediría permiso a Cummins y a Mujica para hablarle por teléfono y hacer una interconsulta. Aunque era muy tarde y podría hacer preguntas. Pero era la única maniobra que se me ocurría. Si quería venir él personalmente, le diría que no había tiempo, dada

la gravedad. Yo estaba acostumbrado a diagnosticar a través de la radio a enfermos que estaban en alta mar o en medio del río. Me llamaban desde del barco, me pasaban los síntomas y daba la medicación mientras por la otra línea hacía la interconsulta con alguno de los médicos de la guardia. Así atendí desde intoxicaciones hasta malaria. Me puse a buscar en la agenda el teléfono de Seoane, y cuando estaba de espaldas, ella me habló.

—Sacáme, no doy más.

Me estremecí con ese balbuceo, pero más por lo que ella me pedía. ¿Cómo podía haber pensado que yo no era uno de ellos para pedirme semejante cosa? Sin duda hay momentos de desesperación en que se pierden las consignas y la mentalización para la que alguien fue preparado. Ella había cometido dos errores. Uno era confiar en mí, y el otro, que me diera cuenta de que todavía podía aguantar más tiempo. Miré el reloj, habían pasado diez minutos desde el momento en que nos habían dejado solos. Sin darme vuelta, sin saber a quién le hablaba, le dije:

—Soy médico, mi obligación es salvarte la vida.

—Si sigo viva me quiebro y eso...

Se calló, se había vuelto a desvanecer y recién ahí me volví a dar vuelta. No sé por qué necesitaba tiempo. Estaba en condiciones de soportar un calmante y le di una inyección. En principio no iba a poder hablar. Necesitaba pensar en lo que hacía y tampoco sabía por qué había hecho eso. Hubiese bastado con atravesar la

puerta, llamarlos y decirles que todavía se podía seguir un poco más, que estaba a punto de hablar.

Pero por qué tenía que pagar yo por su error. Si hubieran sido un poco más profesionales en la cuestión habrían advertido que apretando un poco más la cosa ya estaba y habrían logrado la información que querían obtener. También ella podía haber mentido. Tal vez por un sentimiento instintivo ella se dio cuenta de que no me había acercado para golpearla y eso le hizo confiar.

Abrí la puerta y salí para enfrentarme con Cummins y Mujica. Les propuse la interconsulta telefónica.

—Usted está loco —me dijo Mujica.

—¿Qué quiere decir? —me preguntó Cummins.

—Lo que le estoy diciendo. Seoane es un especialista en resucitación no espontánea, lo puedo consultar.

—Pero, ¿no se da cuenta de que él empezaría a preguntar? Querría saber quién es, hasta podría querer venir él.

—Yo no le diría ni quién es ni dónde estamos —le contesté a Cummins.

Ellos se miraron como dándose tiempo a pensar. Sin duda la cosa funcionaba porque yo no les estaba mintiendo y también necesitaba pensar qué hacer porque no lo sabía. Yo también necesitaba tiempo. En una fracción de segundo se me representó qué pasaría si accedía al pedido de ella. Desde que había entrado a trabajar para Cummins y Mujica siempre llevaba conmigo en un lugar secreto una inyección de potasio.

Pensaba que, si vaya a saber por qué razón me torturaban, antes de sufrir esos dolores me daba el potasio que iba directo al corazón.

—Vaya y trate de reanimarla por su cuenta, Villa, acá todos nos jugamos muchas cosas —me dijo Cummins.

—Sí, ya voy —le dije mientras volvía a atravesar la puerta y con la decisión tomada, porque si se daban cuenta de que la había dopado la iba a pasar mal. Pensé: “Es preferible que esté muerta a que esté dormida. Si descubren que la dopé, me matan”. Con ese pensamiento casi maquinalmente atravesé la puerta. Me dirigí a la mesa y busqué el botiquín. Parecía un autómata repitiéndome la misma frase: “Si se dan cuenta de que la dormí, me matan”.

El aire era irrespirable, el olor a orín se confundía con el amoníaco, yo mismo parecía estar entre embriagado y anestesiado. Me pellizqué las manos porque necesitaba estar despierto. “Si se dan cuenta de que la dopé, me matan”. Yo le doy la inyección, pensé, después se verá.

“Hay, tiempo, siempre hay tiempo”, me decía mientras veía cómo el líquido fluía a través de sus venas y su cuerpo iba adquiriendo una rigidez casi inmediata, y la máscara de la cara se le contraía en un grito ahogado no sabía si de alivio o de horror.

Saqué la aguja y me dije: “Es verdad, es fulminante”.

Ya estaba muerta. Me senté en la cama, tenía unos minutos. Todavía ellos no lo sabían. Pensé qué iba a hacer. Lo mejor era colocarle la mascarilla. Se la colo-

qué, casi se la aplasté, y la cara se le perdió detrás de ella. Necesitaba hacerlo antes de llamarlos.

En el suelo estaba abierta la valija con el resucitador. Mi tarea era simular que la resucitaba, siempre me había parecido una valija de ilusionista. Esta vez necesitaba que el truco fuera efectivo.

Me quité el saco y lo dejé sobre una silla. Fui hasta la mesa y tomé algo de un vaso sin saber qué tomaba. En la mesa estaban sus pertenencias. Las miré como un sonámbulo. Entre ellas había un objeto y me lo guardé. Me dije: "Es la segunda vez que le robo a un muerto".

Volví a la cama y me subí sobre ella haciéndole masajes de manera desesperada. Golpeé ese cuerpo como si realmente lo estuviese reviviendo, como si fuese posible, porque lo que hacía era de verdad, tan de verdad que empecé a llamar a Mujica y a Cummins a los gritos:

—¡Esta mujer se muere! ¡Por Dios! ¡Esta mujer se muere! ¡Ayúdenme!

Mujica y Cummins tuvieron que sacarme de encima del cuerpo de la mujer al que yo estaba prendido como una garrapata, hasta tal punto que uno de ellos me pegó una trompada y lo último que sentí fue que yo también me desmayaba y me moría con ella porque entré en un vacío que no había conocido nunca.

Cuando recuperé el conocimiento me dolía la mandíbula, había sido el golpe de Mujica o de Cummins. Me llevaron a una habitación contigua.

—Hizo todo lo que pudo, Villa —me dijo Mujica. Me sorprendieron sus palabras y su reacción. Había logrado engañarlos.

—Ahora tenemos otro problema —dijo Cummins mirando hacia la habitación.

—¿Qué le inyectó? —me preguntó Mujica.

—Coramina.

—Fue un paro fulminante —dijo Mujica.

—Masivo —le respondí.

—En estos casos uno siempre tiene que estar pensando en el paro —dijo Mujica como reprochándose cierta impericia en la maniobra.

—Acá no la podemos dejar —dijo Cummins que cada vez que hablaba de la cuestión hacía un gesto que indicaba la otra habitación, como si la presencia de la muerte fuera algo contaminante.

—Si la encuentran muerta acá mañana los de los Servicios se nos van a venir encima. Y se van a reír de nosotros. La teníamos en las manos y la dejamos escapar —dijo Mujica que siempre estaba atento a su pericia.

—Hasta pueden pensar que lo hicimos a propósito porque formamos parte del complot —le respondió Cummins, lo cual en estos tiempos no parecería nada descabellado.

—La podemos tirar al río —dijo Cummins casi consultando a Mujica como si quisiera desprenderse rápidamente del cadáver.

—Es peligroso. El río siempre devuelve los cadáveres.

—¿Entonces?

—Por un tiempo no tienen que encontrarla. Lo mejor es no involucrar a gente nueva. Creo que hay que blanquearla, que hay que hacerlo por derecha pero con un pequeño truco.

—¿Qué idea tenés?

—Lopresti.

—Sé más claro, Mujica.

—Hay que conseguir un documento falso y enterrarla en la Chacarita con otro nombre.

—Es muy complicado, Mujica —le dijo Cummins.

—¿Por qué? Tenemos a las personas. Lo tenemos a Lopresti en la funeraria. Ya lo hemos hecho otras veces. Lo tenemos a Villa para el certificado de defunción. Tenemos el cuerpo. Solamente hay que hablar con Etchegaray por los documentos. Pero en una hora te hace uno. Lo hacemos todo de manera legal.

—En un punto, Mujica, tenés razón. A la Chacarita no la va a ir a buscar nadie.

—Sobre todo si están los papeles en regla.

—¿Y cómo la vamos a llevar hasta allí? —les pregunte interrumpiendo de manera brusca la conversación porque de alguna manera yo tenía que ver con ese cadáver.

—En la ambulancia del Ministerio, doctor.

—Pero, ¿bajo qué nombre?

—El que le guste, doctor. ¿Le gusta Marta Céspedes, nacida en el '41, 34 años, tez morena, nariz aguileña? Nacida en Capital, soltera. Así de paso voy armando los datos que le doy a Etchegaray. Pero no se preocu-

pe, doctor, el nombre verdadero no lo va a saber nunca. Ni tampoco el falso que vamos a poner en el documento y que va a figurar en la oficina del cementerio.

—Cuanto menos sepa, mejor para usted, Villa —agregó Cummins.

—Pero ¿cómo la trasladamos? Hay que llenar una planilla. Al chofer hay que decirle algo —le contesté a Cummins.

—No se preocupe, doctor. Otero trabaja para nosotros. Él está de guardia esta noche.

—¿Otero? —pregunté asombrado.

—Sí, Otero y muchos otros. ¿De qué se extraña?

Mujica nos interrumpió:

—Puede ser un furgón directo de la funeraria y de esa manera ni siquiera lo necesitamos a Otero. Cuanto menos gente, mejor. Una ambulancia llama más la atención que un furgón. Y así ni pasa por el Ministerio.

—Pero tiene que haber un familiar.

—¿Por qué no hace de primo del campo, Villa? Díga-le eso a Lopresti, que aparte de médico usted es un primo del campo... Vamos, le digo que así es sencillo. Es por derecha, está blanqueada. Hasta va a tener flores.

—¿Quién lo llama a Lopresti? —preguntó Cummins.

—Que lo llame Villa. Lopresti tiene *handy talkie*, así habla con él directamente. Ningún empleado de por medio. Mientras tanto, nosotros limpiamos este antro.

—Hay que quemar las cosas de la chica —le dijo Cummins a Mujica.

Mujica lo miró y se sonrió. Dijo:

—Creo que esta noche todo el mundo está loco. ¿Por quién me tomás, Cummins? ¿Por un chico de jardín de infantes? ¿Te pensás que debuto hoy?

—Hay que limpiar la habitación —dijo Cummins.

Me pregunté si se iban a dar cuenta de lo que faltaba, de lo que yo había tomado. Fue un arrebató, una tentación, estuve a punto de decirles, pero me callé la boca y me fui al coche a buscar el *handy talkie*.

Subí al auto y lo llamé a Lopresti por el *handy*. Me contestó rápidamente:

—¿Quién habla?

—Aquí el doctor Villa —le respondí.

—¡Ah! ¿Cómo le va, doctor? ¡Qué raro a estas horas de la noche!

—Lopresti, estoy con Cummins y Mujica. Tenemos un cuerpo para enterrar mañana en la Chacarita. ♦

—¿Están con los familiares?

—Estamos solos nosotros tres, Lopresti —le respondí.

—¡Ah!, ya entiendo, doctor. No me hace falta nada más que la dirección. ¿Es por el Ministerio?

—Me dijo Cummins que se hacían cargo ellos.

—Dígame la dirección, doctor. Con Mujica y Cummins nunca hay problemas, solamente quería saber cómo era la cuestión.

—Manuel Ugarte 1423.

—Yo personalmente voy a manejar el furgón, Villa. Dígales a Mujica y a Cummins que voy sin ayudantes.

Lopresti había contestado tan rápidamente que no debía estar durmiendo. “Nunca duerme, como los

radioaficionados”, me dije a mí mismo. No supe cuánto tiempo pasó entre que fui a avisarles a Mujica y a Cummins que ya Lopresti iba para el chalet y el momento en que el furgón negro surgió en medio de la oscuridad como si hubiese brotado de la nada. Cuando miré la hora, apenas habían pasado cuarenta minutos, recién eran las cuatro de la mañana y ese día parecía ser eterno.

Mientras me saludaba, ya se acercaba a la camilla y yo me apuraba a abrirle la puerta del chalet y a quedarme en el coche como me habían ordenado.

Las luces se fueron apagando lentamente. Las tres sombras negras atravesaron el porche. Eran Mujica y Lopresti los que llevaban la camilla, mientras Cummins iba apagando las luces y cerrando las puertas. En un instante, el cuerpo desapareció en la noche y estuvo adentro del furgón. Mujica se acercó al auto y me dijo:

—Lo seguimos a Lopresti hasta la funeraria.

—Sí —le contesté, mientras esperaba que ellos subieran a su auto y comenzara el extraño cortejo.

Cuando nos pusimos en marcha, respiré hondo. De alguna manera estaba a salvo, por lo menos estaba al aire libre y podía respirar. Estaba vivo. Pensé en la muerte. Entonces prendí la luz del auto y busqué lo que tenía en el bolsillo. Algo brilló: una cadena y un pedazo de medalla en la que me encontré con mi nombre.

Sentí un dolor, una puntada en el corazón, la misma puntada que cuando, de espaldas en la habitación, oí esa voz. La voz era la de Elena, aunque no fuera ni

su pelo ni su color, aunque fuera imposible distinguir las facciones en la cara deformada y sangrante, y estuviera casi desconocida vestida de soldado. "Es una pesadilla, no puede ser verdad", me dije.

Los guiños de luces del auto de Mujica que iba adelante me hacían dar cuenta de que no era una pesadilla. Que era tan cierto como la marca que tenía en la mano al llegar a la funeraria: había apretado la medalla durante todo el camino.

Cuando llegamos, Lopresti desapareció en salones oscuros. Tuvimos que esperarlo un rato.

—Él la va a preparar —dijo Cummins.

—Después que Villa firme el certificado de defunción, vamos para lo de Etchegaray —le recordó Mujica.

—Todo quedó perfecto —dijo Lopresti surgiendo detrás de los cortinados lilas que había en la funeraria.

—Fírmelo, doctor. Después nosotros lo llenamos con los datos —me dijo a mí, extendiendo el certificado en blanco.

Puse "paro respiratorio traumático" y lo firmé.

—Bueno, doctor, ya se puede ir a su casa. Ha sido un día duro para usted —me dijo Cummins.

—Como se dará cuenta, Villa, mañana no está invitado al entierro —Mujica había recuperado su tono irónico—. ¿O quiere venir?

—No, no, pero como usted dijo, le podría poner una flor en mi nombre.

—Ya sabe, Villa, cuál es la política de la casa, nada de nombres —me dijo Cummins.

—Esperá, Cummins, Villa tiene razón, tal vez le podemos poner flores: Villa, tu primo del campo —dijo riéndose y sin saber por qué todos empezamos a reírnos, hasta Lopresti que no sabía de qué se hablaba.

Me despedí y no sé cómo llegué hasta mi casa. Estaba amaneciendo. Seguía solo, mi mujer recién volvía a la tarde. Guardé el coche y me fui a bañar y a sacarme el olor. Lo único que quería era sacarme el olor que había en aquella pieza. Después, me hice un café y me senté a esperar en el comedor que se hiciera la hora de que abriera el Club. Esperaba el momento de ir a guardar la media medalla con mi nombre. Lo miré. Me pareció que era el nombre de un muerto.

III

Cuando salí de la boca del subte me encontré con la Plaza apenas iluminada. Había soldados hasta en la puerta de la Catedral. Desde el golpe militar no usaba el auto. Fue un consejo de Villalba: "Por el tema de la radio en el coche, hasta que reactualicen todos los permisos", me dijo. Apenas habían pasado dos días y todo estaba muy convulsionado. Cummins y Mujica habían desaparecido. El Ministro, se decía, había seguido el camino que un día siguió Perón, no se sabía si estaba en Venezuela, quizás en el Paraguay o ya había ido para España. Ésos eran los rumores.

Era mi primera guardia después del golpe militar. Estaba con parte médico y no había ido por el Ministerio. Pero ese fin de semana se abría para mí como un largo tiempo. Existía una barrera de soldados que había que atravesar para llegar a la puerta de Defensa. La Casa de Gobierno estaba apagada. Cuando se me acercó el oficial y me preguntó dónde iba, le mostré la credencial de médico y le dije que tenía que hacerme cargo de la guardia. Me dejaron pasar y comencé a subir las escalinatas que me parecieron interminables.

La pregunta insistente, martillante para mí durante estos dos últimos días, era dónde estarían escondidos Cummins y Mujica. Si los metían presos seguramente hablarían. Pero, ¿de qué me podían acusar? Sólo de la complicidad que había tenido con ellos. ¿Y lo de Elena, cómo explicarlo? Podían hacer una autopsia, aunque ya habían pasado más de tres meses. "Fue el año pasado", me dije, como si ese plazo me tranquilizara, como si decir el año pasado fuera una manera distinta de decir tres meses.

Había ido a Arsenal a comprobar si estaban las carpetas y tuve necesidad de llevármelas a casa por unas horas y leer todo lo que estaba escrito. La verdad objetiva de los acontecimientos. La media medalla con el nombre de Elena me pareció un recuerdo lejano, de una juventud donde alguna vez había sido feliz. ¿Podría volver a serlo? Tenía mis dudas. Y hasta la cabeza de caballo me despertó un gesto de ternura y un póstumo sentimiento de amor hacia Firpo. Cuando me topé con la medalla que llevaba mi nombre sentí un ligero estremecimiento.

Nunca había matado a nadie. Ahora entendía lo que se decía cuando se hablaba de un colapso interior. Por un momento el mundo se derrumba, como las catástrofes de la naturaleza de cuyos efectos me había ocupado durante años. Un temblor de tierra. Sí, primero fue eso, un temblor que me atravesaba todo el cuerpo cada vez que cerraba los ojos y veía esas sombras que cruzaban el vestíbulo iluminado llevando en la camilla el cuerpo muerto.

Después fue un sismo, un dolor en el estómago, un desgarramiento como cuando se abre la tierra, una grieta en medio del estómago que se iba agrandando y revolvía las tripas. Más tarde parecía un terremoto, porque ya no era mi cuerpo el que estaba invadido por ese sentimiento de colapso, sino que el mundo que me rodeaba comenzaba a resquebrajarse. Las paredes se agrietaban, los techos se venían encima, las casas parecían de papel y yo no encontraba dónde ponerme porque el mundo había dejado de ser un lugar seguro.

A esto le seguía un sentimiento de altruismo por el cual, por compasión, era necesario que salvara a Estela Sayago de una ola que la arrastraba, la dejaba sola y a la intemperie, sola en un mundo deshabitado. Un sentimiento casi apocalíptico, de fin del mundo, donde los cuerpos aparecían indefensos e inermes ante mis ojos y nadie más que yo podía liberar a Estela como había liberado a Elena.

Finalmente me quedaba solo en la Tierra. Un lugar árido donde uno no necesitaba alimentarse ni dormir, el mundo era una catástrofe continua. Pero ahora no la acompañaba ningún elemento de la Naturaleza, estaba solo con eso para siempre. No era remordimiento moral, era una presencia dolorosa en el cuerpo.

El Ministerio estaba tomado por los militares como todas las reparticiones públicas importantes en materia de seguridad nacional y Emergencias lo era. Yo espe-

raba los movimientos que fuera a hacer Villalba. Él había dicho que no había que olvidarse de que éramos funcionarios de carrera. Pero él aparecía menos comprometido, más limpio, no había puesto ni el cuerpo ni la firma a todas esas maniobras turbias en las que yo indirectamente había participado. Pero lo de Elena había sido bien directo, ahí no había alternativa, todavía me preguntaba cómo había podido darle esa inyección. ¿Con qué fuerza? "Obré como un autómatas", me dije a mí mismo. Creí que el poder era eterno y no que siempre cambia de manos. Sin embargo, era así. En la conversación telefónica Villalba no se había mostrado intranquilo.

El ascensorista no era Pascualito, así que no me pude disfrazar de japonés y tirar golpes al aire. El ascensorista era un conscripto. En la puerta de la oficina fue otro conscripto el que volvió a pedirme la credencial, a pesar de que desde la mesa de entrada ya habían anunciado telefónicamente mi llegada.

Entré en la Dirección. Pizarro estaba como siempre con su pierna de palo golpeando contra un escritorio y bebiendo su vaso de leche. El paisaje resultaba familiar. Los mismos cuadros, los mismos pizarrones, los mismos mapas. El operador de guardia también era el mismo, un tal Vega que solía estar los fines de semana. Sin embargo, el que operaba con la radio y tenía los auriculares puestos era un conscripto.

De pronto, del despacho de Salinas, el que una vez había sido de Firpo y al que entraba desde hacía años,

salió un asistente. Era imposible no reconocerlo para alguien que como yo había sido asistente de un jefe de Compañía en Campo de Mayo.

—El coronel lo espera, doctor —me dijo con sumo respeto.

Atravesé esa puerta y pensé que últimamente me la pasaba atravesando puertas. El coronel estaba de espaldas mirando el movimiento de las tropas en la Plaza: por un instante los dos detuvimos la mirada frente al paso de un tanque que marchaba silencioso, como si se hubiera extraviado del resto de la Compañía y vagara solo por la Plaza. Parecía ridículo que hubiera algo que patrullar esa noche en que todo el mundo estaba encerrado en sus casas.

Se dio vuelta, nos miramos y me dijo:

—¿Cómo le va, Villa?

Sentí que las piernas me temblaban. El sueño, la pesadilla que había tenido durante estos doce años se hacía realidad. Otra vez bajo las órdenes de Matienzo, sólo que ya no era teniente sino coronel.

—¿Cómo me reconoció, señor? —le pregunté casi balbuceante.

—Nunca me olvido de la cara de un conscripto.

Miré la cara que había sido la causa de tantos temores y sufrimientos cuando su boca se abría para vociferar una orden que mi cuerpo no podía ejecutar por un miedo que me paralizaba, a lo que se agregaba una torpeza innata para los ejercicios físicos que volví a experimentar al mismo tiempo que le dije:

—Usted no ha cambiado mucho, señor. Con un poco más de tiempo lo hubiera reconocido.

—No es lo mismo, Villa, una cara que miles de caras. Según esa lógica usted debería haberme reconocido y yo no. Pero ya le dije: nunca me olvido de la cara de un conscripto. Y no le miento si le digo que hasta el momento en que entró no había asociado para nada su apellido con aquel soldado bajo mis órdenes.

—Han pasado más de doce años, coronel —le dije recuperando un poco el hilo de voz.

—Es mucho tiempo, Villa. Perdone, doctor Villa, porque en todo este tiempo usted se ha hecho doctor.

—Sí, coronel, quizá la vida me ha hecho doctor.

—¿Y qué otra cosa que la vida puede hacernos tomar una decisión así? ¿No me diga que se arrepiente?

—No, no, coronel, ser médico es lo mejor que podía haberme pasado. Se lo debo al doctor Firpo.

—Supe que se suicidó.

La respuesta de Matienzo me dejó helado. Si sabía de la muerte de Firpo, si tenía esa información, también sabría de Villalba, de Cummins, de Mujica y, por lo tanto, de mí.

—Sí, ¿cómo supo, coronel?

—Esas cosas se saben. Tengo entendido que era lo único rescatable que hubo en esta Dirección. Un hombre con principios sólidos, un hombre de la vieja generación. Por lo que sé, fue combatido por el Ministro y las personas de su entorno. El doctor parece que era un caballero.

—Sí, coronel, claro que lo era. Yo era su mano derecha —le contesté con énfasis como si Firpo con su cabeza de caballo volviera del más allá de la muerte para salvarme con su nombre y con su honor. Y hasta me pareció verlo entrar por la otra puerta del despacho, estrecharse las manos con Matienzo, y como en los días patrios lucir una escarapela diminuta en la solapa.

—¿Y por qué no siguió con él? —me preguntó casi curioso.

—Lo seguí, coronel, estuve hasta el último momento con él. Estaba en el otro despacho cuando se suicidó, mejor dicho, estaba en el baño. Cuando llegué ya era demasiado tarde.

—¿Sabe por qué lo hizo?

—No soportaba la muerte de su mujer. No la podía olvidar. Y junto con ella perdió un mundo que se desmoronaba para él. Perdió el poder de la Dirección, lo relegaron.

Me detuve de golpe. Me pareció que estaba hablando de más.

—Sí, se rumoreó que fue por asuntos políticos, que no soportaba lo que pasaba en este Ministerio. Incluso hasta se habló de que lo habían asesinado.

—No fue así, yo estaba ahí ese día. Y usted, ¿cómo sabe tanto, coronel?

—Lo conocí a Firpo en la Escuela Superior de Guerra cuando hicimos juntos el curso de Defensa Nacional. Yo era muy joven, apenas un subteniente. Re-

cuerdo que intercambiamos algunas palabras en más de una oportunidad. Me pareció un hombre de bien.

—Sí, Firpo era un hombre de bien —le dije a Matienzo todavía sin poder sobreponerme a la impresión del reencuentro y de que él lo hubiese conocido a Firpo. Me pareció un buen signo que se conociesen y quizás era una luz para poder confiar en Matienzo. “Aunque estoy otra vez bajo sus órdenes, ahora soy doctor”, me dije.

El coronel atendió una llamada que le habían pasado. Lo miré, estaba vestido de combate como lo había visto en Campo de Mayo. Tuve la misma sensación de temor infantil que cuando lo vi por primera vez vestido de esa manera. El mismo terror que viví los seis meses en el Batallón de Combate. Sin saber cómo, el azar me había conducido hasta ese lugar. Sin saber manejar un arma, sin poder cargar con la bayoneta cuerpo a cuerpo cuando me lanzaba contra las bolsas colgadas que eran el cuerpo del enemigo. El mismo temor que cuando en maniobras el correntino cargó contra mí y sentí el acero de la bayoneta en el cuello mientras él comenzaba a gritar: “Tengo un rehén”, lo cual significaba un fin de semana franco.

El mismo terror sentí aquella noche cuando al entrar en la cuadra se me acercó el imaginaria y me dijo: “Parece que nos mandan a Santo Domingo”. Le pregunté quién se lo había dicho, a media voz, para no despertar a nadie, aunque todos los ojos de la cuadra parecían estar abiertos y todos soñaban con Santo Domingo.

Gente de campo que nunca había dormido en una cama con colchón, sábanas y frazadas y hasta había algunos que no se acostumbraban a andar con borceguíes.

Matienzo le había dicho que irían los mejores soldados. Eso me tranquilizó. Yo no era un buen soldado, sólo quería escapar de ahí y volver a los Olímpicos. Lo único que esperaba era la visita de mi tía Elisa y de Elena. Por ellas no me había hecho desertor. Me pareció volver a ver a Elena con su pelo largo atravesando el planchón de Campo de Mayo, y a los conscriptos, los suboficiales y los oficiales dándose vuelta para mirarla mientras yo me hinchaba de orgullo pero a la vez me llenaba de celos porque me parecía que ella los provocaba con su manera de caminar y el vestido estampado que se le pegaba al cuerpo. Y la mirada de los hombres se perdía en esas flores. Hasta que me decían: “Soldado Villa, tiene visita”. Y yo la tomaba del hombro y nos íbamos caminando por el paseo de árboles y flores reservado a las visitas, atormentándola en voz baja con mis ideas de desertión. No era que no quisiera cumplir órdenes, lo que me desesperaba era no saber cumplirlas. Lo que implicaba estar castigado. Y estar castigado era estar encerrado días y días sin poder ver a Elena y enloquecer de celos.

“Si se trata de ser buen soldado, no voy a ir a Santo Domingo” le contesté a Ramírez, soldado clase 44. En medio de la oscuridad de la cuadra me susurro: “Nunca conocí otro país, nunca me subí a un avión. Dicen que en Santo Domingo el mar es transparente

y las mujeres se enamoran de los soldados". "Si una mujer se enamora, es lindo ser soldado", le contesté, recordando la primera vez que vi el amor en los ojos de Elena. Elena tenía mi única foto de soldado, tal vez se había perdido con ella. Ahora ella estaba muerta, enterrada en algún lugar de la Chacarita.

Matienzo seguía hablando por teléfono, pensé si se acordaría de Ramírez que era un soldado ejemplar y llegó a dragoneante. Quizá si le viera la cara, se acordaría.

En la vida cada uno tiene sus fotografías, aunque Matienzo no había colocado ninguna sobre su escritorio, quizá porque se iba a ir pronto. Y la que tenía Salinas con sus compañeros de graduación la habían retirado después que lo balearon los Montoneros y ya no volvió al Ministerio y su ayudante paso a retirar sus cosas.

El coronel terminó la comunicación mientras yo permanecía de pie igual que en Campo de Mayo.

—Disculpe, doctor, son tantas cosas. Tome asiento, por favor —me dijo.

—Gracias, coronel.

—Todavía no le pregunté cuál es su función aquí.

—Médico de guardia coordinador de vuelos sanitarios.

—¿Y en qué consiste esa coordinación específicamente?

—Traslados de urgencia en aviones, ambulancias, helicópteros, desde el interior a la Capital, derivación interhospitalaria entre provincia y Capital. También actuamos a nivel nacional en catástrofes, inundaciones, terremotos, grandes incendios.

Mientras le respondía a Matienzo me parecía estar recitando de memoria lo que alguna vez le había escuchado a Firpo.

—Mucha responsabilidad tener todo eso a cargo. ¿Y vuela mucho?

—Depende de la guardia. Estadísticamente tres o cuatro veces por mes.

—En su casa lo deben extrañar. Médico, y aparte, tripulante.

—Mi señora está acostumbrada. Ella también vuela, es enfermera de a bordo.

—¡Qué bien! ¿Se casó con aquella chica que lo iba a visitar? Ahora me acuerdo de dos cosas de su vida de soldado. Una, que era muy torpe para la instrucción militar; la otra, que tenía una novia muy linda. ¿Me equivoco?

—No, señor, las dos cosas eran ciertas. Pero no me casé con ella.

—Siempre es así, Villa, uno nunca termina casándose con el primer amor.

—Así parece.

—Póngase cómodo, Villa. Este fin de semana va a ser largo y vamos a tener más de una oportunidad de conversar. ¿Ya cenó?

—No, todavía no.

—Me imagino que no rechazará la comida del cuartel. La traen especialmente de Palermo. Voy a cenar en un rato, quizá le guste compartir la mesa conmigo. Quisiera conversar con usted y que me contara algunas cosas de esta Dirección. El funcionamiento, siempre es importante conocer el funcionamiento. Sobre todo para un soldado, supongo que para un médico también. Los dos nos ocupamos de organismos.

—En todo lo que pueda serle útil estoy a su disposición, coronel —le contesté y me pareció que lo que decía era equivalente a lo que Villalba llamaba sistematización. Me extrañó que me nombrara a Firpo y que no mencionara para nada a Villalba o a Salinas. Me di cuenta de que cuando hablaba con Matienzo mi lenguaje se empobrecía, era como si no me salieran las palabras y comenzara a balbucear.

Salí del despacho y me acerqué a Pizarro que estaba tranquilo, la pierna ortopédica parecía darle una tranquilidad de conciencia para toda la vida. Actuaba de la misma manera con Matienzo que antes con Villalba o con Salinas. Le pregunté qué hacía Matienzo en ese lugar.

—Está a cargo provisoriamente del Ministerio. En este momento es un objetivo militar y él dirigió la operación de la toma del Ministerio.

—¿Hubo resistencia? —le pregunté a Pizarro con la remota esperanza de que me hablara de una lista de muertos en la que figuraran Cummins y Mujica.

—Ninguna. Ya todos habían escapado.

—Entonces no hay nadie preso ni muerto —le insistí a Pizarro.

—Oficialmente, no.

—¿Y qué encontraron?

—Armas abandonadas, fundamentalmente un depósito con Itakas, municiones, hasta bazucas y granadas. Un arsenal.

Me quedé en silencio. Nunca había relacionado el nombre del Club con un arsenal. El nombre siempre había venido así, casi naturalmente. Pensé que las carpetas eran mi arsenal.

—Se nota que casi no tuvieron tiempo de escapar.

—También había pelucas.

—¿Pelucas?

—Sí, pelucas de mujer, de todos los colores.

—¿Y para qué querían pelucas?

—Para los secuestros extorsivos, los operativos, los robos a bancos y los copamientos de lugares, las redadas en las fábricas y en cualquier sitio que hubiese militantes de izquierda.

—Pero, ¿por qué pelucas de mujer?

—No sé, se disfrazarían de mujer... Una mujer siempre parece menos peligrosa.

—En estos tiempos todo es posible. Y a usted, Pizarro, ¿quién se lo contó?

—El soldado que opera en la radio. Es radioaficionado y entre los radioaficionados no hay secretos.

—¿Le dijo cuánto tiempo iban a quedarse?

—El coronel es un hombre al que no le interesa estar detrás de un escritorio. Se van a quedar mientras consideren que es un objetivo militar. Creo que en unas semanas va a venir un director para hacerse cargo.

—¿Un militar?

—Seguramente. El tema es de qué Arma. Antes que alguien del Ejército o de la Marina preferiría alguien de la Aeronáutica. Son más civilizados, tan educados como los navales pero más civilizados.

—Sí, y además aquí hay aviones.

—Hoy lo que menos importa son los aviones. Lo importante es la red radial y todos los datos que hay del movimiento de funcionarios, hospitales y otras yerbas.

—¿Usted cree que habrá traslados masivos de funcionarios a otras reparticiones?

—No creo, aunque traerán a su gente de confianza, como todos. Lo que les importa es la estructura, el funcionamiento, como dice Matienzo, nosotros no contamos. El puesto más comprometido es el de Villalba, él era carne y uña con Salinas y el entorno del Ministro.

—¿Va a cenar con nosotros, Pizarro?

—Nadie me invitó. Por otra parte con mi dieta no le quiero arruinar la comida a nadie. Hace años que sólo tomo leche y hablo por radio. Una cuestión de

costumbre. Usted debería saber, doctor, que no es mentira lo de la úlcera y el carácter agrio.

—Estoy impresionado, Pizarro. El coronel había sido mi teniente en la Compañía en que hice la conscripción. Volver a verlo en estas circunstancias me produjo un sentimiento extraño, medio supersticioso.

—La vida está hecha de encuentros y desencuentros de esa clase. ¿Sabe? Desde el accidente de la pierna pienso con esa lógica.

—Sí, pero estar otra vez bajo sus órdenes... No sé cómo ubicarme, si como doctor o como conscripto.

—Matienzo parece un gringo franco. Los ojos claros, la cara medio colorada, seguro que es hijo de campesinos italianos. Si habla con él, sea claro, no ande con vueltas.

—En la conscripción vi cómo esos ojos se endurecían hasta parecer casi metálicos, inhumanos.

—Con más razón, doctor, entonces no hay que darle motivos. Le diría que él está como una fiera enjaulada. ¿Vio que cada tanto mira para la Plaza donde está la tropa? Él quiere estar ahí, no sabe nada de papeles ni de manejos políticos. Sólo piensa una cosa: un funcionamiento perfecto es la mejor manera de exterminar al enemigo. Y parte de la idea de que en la burocracia de la administración pública no puede haber un funcionamiento perfecto. Esto no le interesa, yo creo que quiere conversar con usted, preguntarle cosas por una curiosidad innata, pero en el fondo no le interesa nada de lo que pasa aquí, ni siquiera de lo que pasó.

—No me olvidaré de sus palabras, Pizarro.

Me despedí de Pizarro sabiendo, sin embargo, que me iba a olvidar, que ante la mínima insinuación de Matienzo me iría de boca como aquella vez en el velorio del padre de Sívori, como cuando imité el vuelo de una mosca delante de Firpò. Era un impulso. Sólo una idea me atormentaba después de que abandoné el despacho que ahora era de Matienzo, si debía contarle todo lo que había pasado y si debía entregarle el informe que había estado escribiendo durante todos estos meses. Darle el informe era una prueba de confianza y de lealtad hacia él, era ponerme en sus manos.

El tiempo hasta la hora de la cena transcurrió o se fue en tareas menores como el pedido de una ambulancia con la incubadora portátil para trasladar a un bebé desde una sala de primeros auxilios de la periferia hasta el Hospital de Niños. Antes de movilizarla, creí necesario pedirle la autorización a Matienzo por el intercomunicador.

—Coronel, ¿puedo movilizar la ambulancia para trasladar un recién nacido?

—Por supuesto, doctor, ¿cómo se le ocurre consultarme? Lo hubiera decidido usted.

—Pero las normas dicen que no se puede mover ningún vehículo sin permiso.

—Muévase, doctor, muévase, no pierda tiempo —y cortó la comunicación casi irritado, y a mí me pareció estar zumbando otra vez alrededor de él por el patio del cuartel al grito de: “Muévase, soldado”, hasta que

la orden se volvía impersonal y era “moverse”. Hasta cuándo, hacia dónde, sólo el Señor lo sabía, pero para entonces uno ya había aprendido que el Señor estaba en el cielo, y uno marchaba cuabras interminables moviéndose a un ritmo vertiginoso que contrastaba con la marcha tranquila del teniente que había prendido un cigarrillo y caminaba sin apuro por el planchón, por lo menos hasta terminar el cigarrillo.

Alrededor de las diez de la noche, dos soldados de Palermo trajeron la comida de campaña, la misma para oficiales y soldados.

—No estoy acostumbrado a comer tan tarde. Pero todos hemos cambiado nuestros hábitos en estos tiempos —me dijo Matienzo mientras me invitaba a la mesa.

—Siéntese, doctor —agregó con tono cortés.

—Sí, coronel.

—Quién diría que iba a compartir la cena con un soldado fuera de las maniobras, pero la vida tiene esas cosas... A usted mismo, doctor, ¿no le parece medio raro?

—Sí, coronel, estoy tratando de habituarme.

—Disculpe si no lo invité a Pizarro, no fue por un problema de jerarquías. Simplemente que no soporto a ningún hombre que tenga algún tipo de invalidez, ni siquiera a los inválidos de guerra. Mientras están heridos hasta puedo arriesgar la vida para salvarlos, pero después no los soporto. Sé que es un defecto pero me es imposible sobrellevarlo. Seguramente un día Dios me castigará, pero por ahora estoy en la Tierra.

—En mi profesión uno debe acostumbrarse —le dije con el tono más convincente posible, tratando de que verdaderamente me creyera.

—Seguro, doctor, lo de ustedes es duro. En su profesión uno se tiene que volver como un robot. En algo se parece a lo mío. Pero, dígame, entre nosotros, no hay alguna clase de enfermo que le desagrade más que otro.

—Sí, coronel, los quemados. No soporto el olor de la carne quemada. Me descompone —le contesté a Matienzo dándole cuenta de que no me había podido controlar y el impulso a la confidencia me había traicionado otra vez.

—Esperemos que en estos días no haya ningún incendio, doctor —me contestó risueño, mientras yo trataba de sacarme de encima el olor a la calle Ugarte que había entrado como de golpe en el recuerdo, y me quedé tan ensimismado que el coronel volvió a hacerme un chiste.

Comenzamos a cenar mientras él me hacía preguntas generales con las que intentaba informarse de la dotación de aviones y ambulancias, de médicos y enfermeros, de depósitos y camiones, cuánto tiempo se tardaba desde que una emergencia llegaba a guardia hasta las instancias directivas y el momento de poner en marcha el operativo. Es decir, todas preguntas que llevaban a la cuestión que le interesaba: el funcionamiento.

En esa conversación se pasó la cena y Matienzo se fue a descansar a un catre de campaña que se había preparado en el despacho. Era raro ese camastro tan sencillo, tan insignificante, con una severidad adusta que lo hacía destacarse entre todos los sillones lujosos y los pisos alfombrados.

—Prefiero el catre —me dijo Matienzo.

—¿No le resulta incómodo, coronel? Aquí nunca tuvimos *office* de guardia.

—Al contrario, en esta oficina no me hallo, me encuentro perdido. ¿Alguna vez entró en el despacho privado del Ministro?

—No, coronel, nunca pasé del saloncito de la Privada.

—Tenía una habitación con baño en *suite*, a todo lujo. Parecía un baño romano, daban ganas de sumergirse en esa bañera por un rato, un baño de espuma y vapor. Dicen que celebraba ritos mientras se bañaba, me corrió un escalofrío y me fui rápidamente. ¿Usted no va a dormir?

—A veces me recuesto en un sofá o en la camilla de alguna de las ambulancias.

—Buenas noches, doctor. Nos vemos mañana por la mañana. Yo estoy acostumbrado a desayunar temprano.

Me despedí del coronel y me fui a tirar a la ambulancia. Necesitaba descansar. Pizarro, como siempre, estaría despierto toda la noche por el insomnio y porque para acostarse tenía que sacarse la pierna ortopédica y colocarla sobre algún escritorio, y seguramente,

como siempre también, tenía miedo de que empezaran a joderlo, que Mussi se la escondiera y amenazara con prenderle fuego.

Cuando estuve en la camilla, con la puerta cerrada de la ambulancia me sentí un poco ahogado, como si me faltara el aire. En un rincón estaba la valija con el resucitador y eso me inquietó un poco. Se me cruzó aquella noche en Ugarte. Después, Mujica no se había ahorrado ningún detalle: "Sacamos las manchas de sangre de la habitación con detergente y lavandina. La envolvimos en una frazada y la metimos en la camilla y después la tapamos con una sábana blanca. En el camino se nos cayó un borceguí y nadie se animó a ponerlo, así que se lo pusimos sobre el pecho, como un trofeo. Estuvo esas horas que quedaban en depósito en lo de Lopresti y por la mañana Cummins y yo hicimos de familiares, hasta le pusimos algunas flores, como usted quería". Pensé si me daría tantos detalles porque ya habría averiguado que esa mujer había sido mi novia.

Tirado en la camilla, yo mismo parecía un muerto. No lograba conciliar el sueño, quizá Matienzo fuera un rayo de luz.

Me levanté y me fui a dormir a la cabina y así pasé el resto de la noche. Atento y en vigilia como en la conscripción, anticipándome a esa voz que sonaba por toda la cuadra y que gritaba implacable: "¡Soldados, arriba!". Ahora esperaba otra vez que la voz de Matienzo

me despertara sobresaltado y con temor al castigo por haberme quedado dormido.

Por la mañana desayunamos juntos. Matienzo ya estaba levantado, esperándome con una taza de mate cocido en la mano.

—Seguro que no tomaba mate cocido desde la conscripción —me dijo con cierta sorna.

—No, coronel. Durante meses estuvimos tomando mate en vez de café. Había un hombre de Salinas que quiso cambiar el código Q porque le parecía antipatria y un día también decidió que el servicio de café que se ofrecía al personal fuera sustituido por el de mate cocido. Tenía una guerra personal con el Brasil y decía que convenía explotar la yerba que era nuestra.

—¡Qué folclórico, Villa! Seguro que tiene muchas anécdotas como esa.

—Algunas, coronel.

—Cuando el trabajo nos deje tiempo me contará otras.

El día fue pasando rápido: dos o tres traslados en ambulancia, el pedido de un traslado en avión que parecía el lastre del tiempo político y que Matienzo rechazó. El almuerzo con choferes, enfermeros y soldados se improvisó sobre la mesa de operaciones que a veces usábamos para jugar al ping-pong.

Más de una vez Firpo había desplegado mapas sobre esa misma mesa, calculando tiempos y distancias de los

aviones que habían salido para un operativo, clavando alfileres con que seguía el rumbo de los aviones y diciendo: "Este servicio nació con suerte, nunca se cayó ningún avión; nunca tuvimos un accidente. Es porque se hizo para la vida, no para la muerte". Pizarro, sentado en un extremo de la mesa, quedaba oculto a la mirada del coronel.

Por la tarde hablé por teléfono con mi mujer, a la que no veía desde la noche anterior. Estaba curiosa por saber cómo había sido el día con los militares en la Dirección. Del otro lado del teléfono, Estela habló con tranquilidad, su tranquilidad a veces se confundía con la indiferencia.

—¡Hola! ¿Qué tal? Aproveché para llamarte ahora que el coronel salió por un momento.

—¿Cómo va todo?

—¿Sabés una cosa? Lo que es el destino... El coronel que está al mando es el mismo que tuve como teniente cuando hice la conscripción.

—Nunca me hablaste de él. ¿Cómo se llama?

—Matienzo.

—Pero ¿qué te parece?, que sea él, ¿es para bien o para mal?

—En principio, lo tomo como un buen signo.

—Pero vos me habías dicho que en la conscripción no te había ido bien.

—Sí, pero ahora soy médico. Ha pasado mucho tiempo. El trato es otro.

—No te apures, Villa, cuidáte, sé más desconfiado. Mirá que vivimos momentos peligrosos. Hablá sin decir nada, no hablés de personas, hablá de cosas.

Mi mujer siguió hablando pero ya no la escuchaba. Sabía que me iba a pasar lo mismo que me había pasado con las palabras de Pizarro: me las olvidaría. Me animé a interrumpirla y le dije:

—Lo que pasa, Estela, es que Matienzo es la única luz para mi catástrofe interior, quizás ahora las cosas van a cambiar. Es la única manera de salir del colapso.

—¿De qué me hablás, Villa?

—De nada, Estela, de nada, solamente una sensación y cómo explicarle a alguien qué es una sensación. Sólo pinchándolo con una aguja, como aprendí en medicina.

—Me parece que estás raro esta mañana. Tal vez deberías haber seguido con parte médico, últimamente tuviste mucho trabajo. Mujica y Cummins te exigían demasiado.

Me quedé paralizado, escuchar los nombres de Mujica y Cummins dichos por otra persona era como traerlos a la vida real, mientras que cuando yo los nombraba tenían otra existencia. Si los nombraba Estela estaban vivos, eran de carne y hueso y en cualquier momento podían reaparecer.

—¿Vos creés que están en el país? ¿Creés que están vivos o muertos? —le pregunté de manera desesperada.

—Te dije que lo más probable es que se hayan escapado con el Ministro. Pero qué te importa, vos sos médico.

—Sí, tenés razón, yo soy médico. Te llamo más tarde, ya vuelve el coronel.

Cuando corté, me quedé pensando en aquellas palabras del jefe de Cirugía del Fiorito en el primer día de guardia: "Un médico está más allá de la vida y de la muerte. Un médico es Dios. Para abrir a alguien por el medio y encontrarse con las vísceras y los órganos al desnudo hay que ser Dios, si no mejor no abrir y dedicarse a otra cosa. Entonces mientras están acá en mi guardia nunca se olviden de eso: cada vez que tocan a un enfermo, que sienta que es Dios quien lo está tocando". Yo nunca me había sentido así.

A las doce de la noche, después de la cena, vendría otro médico a relevarme. Faltaban unas horas. Finalmente no había sido tan duro como esperaba, quedaba esa cena en que estaba seguro de que sería el invitado de Matienzo. Y así fue, sólo que esta vez no fue comida de campaña sino unas pastas que preparó Mussi.

Nos sentamos a la mesa y Matienzo me preguntó:

—¿Qué toma, doctor? Sabe, uno puede conocer a un hombre por el vino que bebe. Hice un curso de catador, es un *hobby* que me ha servido para dos cosas fundamentales: para poder conversar en una cena muy formal y para conocer el gusto de los hombres.

—Parece muy útil, coronel, porque también a mí me cuesta conversar.

—La conversación de hoy, Villa, va a ser íntima y directa. Por ejemplo, ¿qué piensa de Villalba?

Sentí que el coronel me inquiría con la mirada, me arrinconaba como yo lo arrinconaba a Pascualito contra un rincón del ascensor mientras me hacía el japonés y le tiraba golpe tras golpe que él se encargaba de esquivar, sólo que yo no era boxeador. Matienzo insistió:

—Reaccione, Villa, la pregunta es directa pero informal, si usted quiere, extraoficial.

—Coronel, Villalba transformó todo esto. Lo modernizó. Él pensó que lo importante era la creación de la red sanitaria. Las comunicaciones nos iban a dar un poder que las otras Direcciones no tenían. Su lema favorito ha sido siempre: "Llegar lejos, lo más rápido posible".

—Parece que lo aplicó para su vida, o al menos para su carrera.

—Es un funcionario de carrera, coronel.

—Sí, pero en los últimos años llegó a lugares muy altos. Tenía muy buena relación con el ex Ministro.

Las palabras de Matienzo fueron mágicas. Como si me hubieran liberado de una carga. Era la primera vez que oía hablar del Ministro como ex, entonces quería decir que Mujica y Cummins podían transformarse en ex asesores, ex Cummins, ex Mujica. Eso me tranquilizó y me hizo confiar en el coronel.

—Villalba, coronel, sólo piensa en la sistematización. Piensa que el ex Ministro fracasó porque su política

represiva era poco sistemática. Venganza de entre casa la llamaba él.

—¿Cómo es eso, Villa?

—Sí, coronel, Villalba piensa que habría que aplicar a la lucha antissubversiva el sistema que él aplicó para combatir a la polio.

—¿La considera una epidemia o una peste?

—No sé, coronel. Él piensa que todo debe sistematizarse.

—¿Y Salinas?

—Salinas no tiene muchas luces. Sólo tenía la confianza de su superior, el jefe de la custodia de Perón y por lo tanto la confianza del Ministro.

—Está bien, teniendo en cuenta que era un suboficial. ¿Por qué pedirle más?

Me daba cuenta de que tenía un montón de pen-samientos escondidos, callados durante años y que ésta era mi oportunidad para decirlos. La palabra ex me había soltado la lengua. Al contrario de lo que creí, también tenía una posición.

—¿Por qué tantas armas, doctor?

—Eso nunca lo supe, coronel. Firpo dijo que cargaban las ambulancias con armas y por eso le fue como le fue. Lo cierto es que esto se convirtió en un arsenal. Recibíamos amenazas. Hasta dijeron que trasladábamos cadáveres clandestinamente.

—¿Eso decían?

—Sí, coronel —le contesté y me di cuenta de que se me había soltado la lengua, como si hablara otro. Por

un momento me había olvidado de Cummins y Mujica, de mí mismo en la calle Ugarte y en la calle Ombú, como si aquello lo hubiera hecho un autómata.

—¡Habrá sido un trabajo pesado el suyo! Mantener un equilibrio, una independencia es difícil cuando uno cumple órdenes.

—Por supuesto, coronel, yo era una víctima de los acontecimientos —le contesté dándole un respiro y pensando que quizá con mi manera borboteante de hablar el coronel no hubiera reparado en la referencia al traslado de cadáveres. Pero era casi imposible, él era muy observador y muy atento a las palabras del otro.

—¿Y Cummins y Mujica?

—¿Los conocía, coronel?

—En el curso de Defensa Nacional uno conoce a mucha gente, desde un caballero como Firpo hasta gente de los Servicios.

—¿Eran de los Servicios?

—¿Usted no lo sabía, doctor?

—No, coronel.

—Sin embargo, usted los visitaba mucho. Revisando los papeles que encontramos su nombre figura en más de una cita.

Desconfié del coronel, porque me acordé de que Cummins y Mujica nunca dejaban nombre.

—Cuando Villalba no estaba yo era el coordinador de vuelos. Me llamaban para darme instrucciones respecto a la posibilidad de trasladar algún enfermo.

—Seguro que un recomendado.

—Era lo más habitual.

—¿Y Pontorno?

Matienzo era un jugador certero e implacable. Como en un parque de diversiones los muñecos iban cayendo uno a uno. Sólo que ignoraba cuál era el premio si me decidía a entregarle el informe que tenía oculto en Arsenal. Me detuve un instante y me dije: mi premio y mi castigo.

—Pontorno, según la versión que me dio Villalba, trabajaba para el coronel Osinde. Era un infiltrado.

—Le dije, Villa, nunca me gustaron los inválidos.

—Pontorno está al tanto de todos los movimientos de la oficina, tiene todas las claves secretas para mover los aviones, y conoce los números particulares desde el Presidente hasta el último Ministro.

—Parece muy informado.

—Sí, está muy informado.

—Yo pensaba en usted, Villa, pero si lo tengo que explicar es un mal chiste. Me ha sido muy instructivo lo que me ha dicho. En la semana o en la próxima guardia volveremos a hablar, quizás usted se acuerde de más cosas.

—¿Hasta cuándo va a estar, coronel?

—No lo sé, éste es un lugar de paso para mí.

—¡Qué lástima que no se quede!

—¿Lástima para quién, Villa? Ya le dije que esto no es lo mío.

—¿Va a haber traslados, coronel, o exoneraciones o represalias?

—Lo importante, doctor, es el funcionamiento, no las personas.

Así me despedí esa noche de Matienzo, lleno de esperanzas y perplejidad. Cuando llegué a mi casa era más de la una de la mañana. En el trayecto vi a poca gente por la calle, había más patrulleros, como si lentamente el Ejército se estuviera retirando a los cuarteles y la policía tomase el control de la ciudad.

Mi mujer me esperaba mirando una película por la televisión, sabía que llegaría más tarde porque había ido sin el coche.

—¿Qué mirás? —le pregunté tratando de hacer un esfuerzo por reconocer a algún actor de esa película argentina, en blanco y negro, que transcurría en el Sur.

—*La Tierra del Fuego se apaga* —respondió.

Vi la nieve, o más que la nieve los hielos, y me dije que debía volver al Sur, al paisaje de la foto con la aerossilla, un viaje interminable hasta el cielo.

—¿Falta mucho?

—Está por terminar.

—¿Ella es Zully Moreno o Ivana Kislinger?

—No sé, yo también las confundo.

La dejé sola con el final y me fui a duchar. Me acordé de lo que había dicho Matienzo del baño del ex Ministro. Me imaginé la bañera del chalet de Ugarte llena de agua y Mujica y Cummins sumergiéndole la cabeza a Elena. De pensarlo me invadió un sentimiento

profundo de angustia y me puse bajo la ducha para que el agua cayera hasta el día del Juicio Final, hasta que la Tierra del Fuego se apagara.

Y se apagó, y cuando se apagó, Estela me llamó desde afuera para avisarme que la mesa estaba servida.

—¿Qué tal?

—No sé, me queda un sabor extraño cuando no sé si la historia termina bien o termina mal.

—Suele pasar.

—¿Y la cena con Matienzo?

Sabía que ella iba a ser tan directa como el coronel.

—Hablamos un poco de todo.

—Eso está bien.

—Sí, pero no fue sólo eso.

—¿Qué le contaste, Villa?

—No le conté, le dije cuál era mi posición. A alguien^e tenía que decírsela después de tantos años.

—Justo a él!

—Siento que todos me abandonaron.

—¿Eso me incluye?

—No, todos los del Ministerio.

—Pero Villalba te habló por teléfono.

—Una vez.

—Te dije que esperarás, hoy todo el mundo está envuelto en esto sin saber para dónde ir. Villalba debe estar calculando qué pieza mueve.

—¡La teoría de la partida de ajedrez! ¡No me hables con teorías de Pontorno! Pontorno está terminado. Lo dejó entrever Matienzo.

—¿Le hablaste de Pontorno?

—Sí.

—¿Y de quién más? —me preguntó y pensé que quería saber si también había hablado de ella, si podía confiar en mí.

—De Salinas, de Villalba, de Firpo.

—¿Y de Mujica y Cummins?

—Habló el coronel.

—¿Qué dijo? —me inquirió casi con premura, lo que a pesar del miedo y de la situación me produjo cierto placer al comprobar que ella también perdía la calma y no podía esperar.

—Que trabajaban o eran de los Servicios.

—No le habrás prometido nada.

—¿Qué querés decir?

—Espero que no te hayas comprometido con él.

—Estela, tengo que tomar una decisión. Durante todos estos meses estuve haciendo un informe secreto sobre las actividades del Ministerio.

—¿Dónde está? ¿Está acá, en casa? —me dijo con miedo, como temiendo por su propia vida. Es una egoísta, pensé...

—No tengas miedo, está en un lugar secreto que sólo yo conozco.

—Sí, pero, ¿para qué lo hiciste?

—Para cubrirme.

—¿Y cuál es la decisión?

—Si se lo entrego al coronel o no.

—Quemálo.

—¿Quemarlo? ¿Después del trabajo que me llevó?
¡Si hasta está escrito en clave! Si se lo doy tengo que trabajar toda una semana para traducirlo y que Matienzo lo pueda entender.

—¿En clave? ¿En qué clave?

—Las reglas nemotécnicas que aprendí en la Facultad.

—¡Estás loco, Villa!

—Vos también me dejás solo.

—No, yo te digo que lo quemes. Matienzo se irá, es un hombre de paso. Nuestro trabajo está en el Ministerio, tu decisión me arrastra también a mí.

—El coronel me parece un hombre providencial.

—¿Por qué?

—Porque lo conocía a Firpo y dijo que era un caballero, hay algo que los hace parecidos.

—¡Otra vez ese Firpo en nuestra vida! Ya aquella mujer te había dicho que no lo siguieras.

En eso tenía razón. Había desoído las palabras de la Cuca Cuquilla. Pero esta vez estaba seguro de que Matienzo también era un caballero y me ofendía que Estela desdeñara tan rápidamente "mi punto de vista". Se lo dije con énfasis:

—Yo también tengo mi punto de vista.

—El problema, Villa, es que todos tienen "su punto de vista".

—No entiendo.

—No importa, te pido que no lo hagas.

—Ya hice muchas cosas que me pediste.

—Si le das el informe al coronel, me vuelvo al Chaco, te dejo, Villa.

No le contesté. No quería quedarme solo. Quería extender mi mano por las noches y encontrar la suya aunque a veces la pensara como indiferente. Decidí mentirle para darme tiempo. Ella me había enseñado que no había que apurarse.

—No se lo daré, te lo prometo.

—¿Lo vas a quemar?

—Todavía no, pero te prometo que no se lo voy a dar.

—Está bien.

Ahora comenzaría a maniobrar para ver cómo se las arreglaba para que quemara el informe. Protegerme era protegerse, si le hubiera dicho que no, Estela se habría ido.

Me daba cuenta de que tampoco podía confiar en ella. Me dormí pensando que por la mañana iría al Club a buscar el informe.

Por la mañana fui a Arsenal. Busqué el informe y me costó reconocer mi propia letra, casi un jeroglífico. Me dije: "letra de médico". Lo único que Villa tiene de médico.

En el Ministerio había pasado a guardia activa los fines de semana y a guardia pasiva los días hábiles. Mi mujer iba todos los días a cubrir una guardia activa, lo que me daba la ventaja de poder enterarme de los acontecimientos.

tecimientos sin tener que ir. También la posibilidad de estar solo para poder hacer lo que quería.

Últimamente, como no le podía contar a mi mujer lo que sucedió con Elena en la calle Ugarte, me encerraba en la biblioteca "Esteban Echeverría" de los Olímpicos y me dedicaba a leer libros de mitología llenos de historias de traiciones y amores desgraciados, donde aparecían casi siempre dos gemelos como réplicas de Cummins y Mujica.

En la biblioteca comencé a traducir el informe para Matienzo. Empecé a escribir febrilmente todo lo que había oído. La vez que lo vi a Villalba conversar con Lopresti y Salinas. Fue cuando arreglaban el traslado en avión hacia el interior de dos féretros, dos hombres. Me pregunté si eran hombres lo que había allí dentro. Describí la cara de Villalba, el apuro de Salinas, la complacencia ambiciosa de Lopresti; anoté la suma de dinero que implicaba ese traslado.

Así pasé mi primera tarde: copiando las cifras de cuánto habían costado los helicópteros y la coincidencia de la cantidad de vuelos a San Nicolás, los mismos días a la misma hora. Anoté al lado: lugar, fábricas y sindicalistas. Bastión de la lucha obrera. Narré detalladamente el día en que Perón se descompensó por una supuesta neumonía y desde Olivos comenzaron a reclamar tubos de oxígeno. Denuncié que ni siquiera tenían montado un pequeño hospital de emergencia, y que los laboratorios se negaban a suministrar el oxígeno porque era domingo, aunque yo les dijera: "Es

para el Presidente". Mencioné la intervención médica de Emergencias y el traslado al hospital Cetrángolo bajo las directivas de la Dirección representada por el doctor Blanco. La posterior discusión entre Salinas y el médico de cabecera del Presidente, en la cual el Director lo acusaba en el mejor de los casos de negligencia y en el peor de complot.

Durante aquella semana los días transcurrieron de manera febril. Por la mañana el trabajo en la biblioteca y hacia la noche, esperar que Estela trajera alguna noticia. Ella se mantenía más bien reservada. Lo más importante que me había dicho eran palabras de Villalba: "Dijo que hay que esperar, que la Dirección está limpia".

Sin embargo, yo seguía con la firme decisión de entregarle el informe a Matienzo antes del fin de semana. Trabajaba en secreto tratando de no levantar la sospecha de mi mujer. A veces me costaba concentrarme en lo que estaba transcribiendo por las ideas que me venían de golpe a la cabeza: historias con los Olímpicos, desde Delfo Cabrera hasta Pascualito. Me imaginaba que Matienzo tenía un hijo que había sufrido un accidente en algún lugar de la Patagonia. Partíamos a la noche en el "Guaraní". Atravesábamos una tormenta de nieve, el avión se movía pero finalmente aterrizábamos en un campito con tractores colocados a los costados que iluminaban la pista y le daban un aspecto casi de otro planeta. El hijo estaba en el casco de una estancia al que íbamos a buscarlo en una

Rural. Lo colocábamos en la camilla del avión y comenzábamos el vuelo de vuelta a Buenos Aires. Matienzo mirándome porque la vida de su hijo estaba en mis manos. Entonces había un momento decisivo, dramático: yo tenía que practicarle una traqueotomía para salvarlo. Y lo hacía en medio del aire, con los elementos mínimos, y era la primera vez que se realizaba una traqueotomía en vuelo. Y cuando llegábamos al Aeropuerto y lo trasladábamos al Diagnóstico, los especialistas preguntaban quién había hecho la traqueotomía y Matienzo me señalaba con el dedo y decía: "El doctor Villa. Fue providencial, le salvó la vida. Se necesita valor y decisión". Matienzo me daba un apretón de manos y nos íbamos caminando por el pasillo mientras me preguntaba: "¿Qué quiere, Villa? Pídame lo que quiera". Yo me quedaba un rato callado hasta que le decía: "Ser médico en la Secretaría de Deportes. Para poder ir a las Olimpiadas, ¿sabe?, como el capitán Dossi. ¿Se acuerda, coronel, del jefe de Compañía, campeón de sable, que fue a las Olimpiadas de Japón? Parecía un Dios en esa foto que había en el Casino de Oficiales".

Matienzo ni siquiera me recibió personalmente porque estaba muy ocupado, pero a mí la cabeza me ardía por lo que le iba a entregar. La tarde del jueves había puesto la última palabra del informe y sabía que mi vida estaba en sus manos. Ya ni en mi mujer podía con-

fiar, estaba desolado. Sólo esperaba que el coronel pudiese leer el informe antes de que yo tomara la guardia del sábado a la noche. Dos días es tiempo suficiente, me dije. Y le dejé las carpetas en un sobre cerrado, a su nombre.

El asunto era cómo pasar esos días con las mismas ideas en la cabeza. Si pudiera pensar en otra cosa sería feliz, me decía. Hacía esfuerzos por prestar atención pero era imposible. Mi mujer me hablaba y parecía abstraído.

—¿En qué pensás, Villa? —me insistía.

—En los dioses, Estela.

—¿En los dioses?

—Sí, como los antiguos, estamos en manos de los dioses.

—¿De qué hablás, Villa?

—¿Ves ese aguacil al lado de la luz?

—Sí, anuncia la tormenta.

—Bastaría que me parara y lo apretara entre las manos y se acabaría todo para él, tan lleno de vida como parece con ese zumbido como un motorcito. Así estamos, en manos de los dioses.

—No deberías ir más a la biblioteca. Te volvéis extravagante, hasta me da un poco de vergüenza.

—No debería darte vergüenza.

—Últimamente tenés ideas fijas, deberías tomarte vacaciones.

—Mañana debo tomar la guardia, me espera el coronel.

—Me enteré por Villalba de que es el último día que está en el Ministerio. El lunes viene el nuevo director: un hombre de la Marina. Tal vez yo haya volado con él, acordáte de que al "Esperanza" lo tripulaba gente de la Marina.

—¿Matienzo se va?

—Sí, ya te lo había anticipado.

—Como todas las cosas.

—Pero no te preocupes, como el que lo reemplaza es de la Marina seguro que lo conozco, volé con muchos capitanes de navío y de corbeta. Y además estuve en Ezeiza mucho tiempo, en el Policlínico había muchos marinos. Quedáte tranquilo, Villa, todo se va a arreglar —me dijo Estela y me tomó la mano como en los viejos tiempos y yo sentí un alivio momentáneo porque no podía dejar de pensar que el coronel se iba del Ministerio.

El día sábado fue el más largo. Salí para la guardia con mucho tiempo de anticipación. La cabeza me ardía, daba vueltas y vueltas por el Centro evitando y acercándome al mismo tiempo a la Plaza de Mayo.

De pronto me encontré frente a la casa del doctor Firpo. Como un autómata toqué el timbre. Atendió Gaita, la sirvienta de toda la vida, los hijos no estaban. Me saludó con cordialidad y me preguntó qué quería. Casi automáticamente, le dije:

—Me gustaría recorrer la casa, a veces lo extraño al doctor.

—¿No me diga? En cambio los hijos no parecen extrañarlo.

—¿No?

—Esto se ha convertido en una pensión. Sólo vienen a cambiarse o a comer. ¿En serio le gustaría pasar?

—Siempre quise pasar. Tantas veces me imaginé esta casa por dentro...

—Pase, doctor, pase. El señor siempre hablaba de usted.

—¿Sí? ¿Qué decía?

—Villa es un empleado eficiente, decía. Pero pase, pase.

La plantación era como me la había imaginado. Bibliotecas de roble con puertas de vidrio, pisos alfombrados, *boiserie*. El escritorio del doctor, un escritorio español del siglo XVIII con incrustaciones de marfil. Me estremecí al ver sobre él dos cabezas de caballo que eran dos pisapapeles de bronce veneciano. Me quedé tan hipnotizado que Gaita me los acercó para que los viera mejor.

—El doctor decía que era una réplica de los de San Marcos, era muy religioso —me dijo Gaita mientras me extendía los pisapapeles.

—Éstos son más pesados.

—¿Más pesados que cuáles?

—Que el alfiler de corbata.

—¡Ah! ¡El alfiler de corbata! Eso fue un misterio. Nadie sabe cómo se perdió. El doctor lo quería tanto...

—Sí, lo quería mucho —le contesté buscando ya la salida de la plantación mientras le devolvía los pisapapeles y miraba la hora porque de tanto demorar se me estaba haciendo tarde.

—Se me hace tarde para tomar la guardia. El otro médico me debe estar esperando. Discúlpeme que haya tocado el timbre a estas horas de la noche.

—No se preocupe, doctor; siempre me voy a dormir tarde. Me la paso esperando a los hijos del doctor.

Salí de allí y paré un taxi para ir hasta la Plaza. Entrar en la plantación me había conmovido. ¿Los pisapapeles serían el presagio de alguna cosa? Tantos años esperando al doctor en el auto o en el hall de entrada y de pronto estar adentro, mirar la biblioteca, tener los pisapapeles en mis manos. Me quedé con la curiosidad de saber en qué parte de la casa estarían los diplomas con las firmas del sha de Persia y del general De Gaulle.

Cuando llegué al Ministerio, el coronel ya había cenado y se había ido a dormir. No estaba Pizarro y había pocos civiles. Me lo imaginé durmiendo en el catre y pensé en el catre de Perón la noche en que llamaron desde Olivos para que consiguiéramos un catre especial. Por su enfermedad sólo podía dormir ahí. No querían que lo pidiéramos al Dupuytren ni a ningún servicio de traumatología porque no debía trascender su estado de salud. Salimos en la ambulancia con Mussi a buscarlo a una fábrica que se ocupaba de esas cosas. A pesar de que invocamos el Ministerio el sereno no quería entregarlo si no era con una orden del dueño. Cuando lo ubicaron al dueño, éste preguntó para quién era el catre a esa hora de la noche: "Es para Perón", le dijimos.

Nadie podía creer las cosas que le faltaban a Perón y a la mañana siguiente en el libro de guardia donde anotábamos todas las novedades registramos el episodio. El lunes cuando lo leyó Salinas mandó arrancar las hojas foliadas y firmadas y hubo que rehacerlo. Muchas cosas no pasaron nunca por el libro de guardia: las

ambulancias para Ezeiza, algunos viajes misteriosos del helicóptero, la mayoría de los traslados en féretro.

Por la mañana, Matienzo se levantó temprano para desayunar. Yo pasé la noche en la ambulancia y tuve que tomar una pastilla para dormir. Comencé a sospechar que algo sucedía porque el coronel desayunó solo en su despacho y no se dejó ver casi hasta el mediodía, sorpresivamente dijo que iba a comer a Palermo. Lo dijo por el intercomunicador y salió por la puerta privada de tal manera que no lo pude ver.

Ya se sabía que se marchaba al día siguiente porque el ayudante comenzó a cargar los efectos personales del coronel en un *jeep* que lo esperaba en el garaje.

No lo vimos entrar. Vi su sombra a través del cristal de la puerta de su despacho y oí su voz llamándome por el intercomunicador.

—Que pase Villa —dijo con un tono de voz que me recordó aquellos días de Campo de Mayo.

Estaba de pie ante él. En la pared faltaba el retrato de Perón. El coronel sentado frente a mí me miraba a los ojos. Sobre el escritorio estaba la carpeta en que reconocí mi letra.

—¿Qué pretende con esto? —me preguntó señalando la carpeta.

—Informarlo, coronel.

—¿Con qué objetivo?

—Que usted estuviera al tanto.

—¿Usted cree que esto es un documento?

—En cierto modo, sí, coronel.

—¿Tiene copia?

—No.

—Usted entrega un documento secreto, confidencial, ¿y se queda sin copia?

—No lo pensé, coronel.

—Hay muchas cosas que no piensa. Eso se nota en el informe.

—¿A qué se refiere?

—A que esto no es objetivo. Las pruebas son insuficientes. Es el informe de un desesperado. Hay una pasión enfermiza en su descripción de Cummins y Mujica. ¿Qué quiso hacer, Villa?

—Explicar mi punto de vista de los acontecimientos.

—¿Se da cuenta de que se implica usted e implica a mucha gente? ¿Por qué lo hace?

—Se lo dije, coronel, alguna vez tenía que exponer mi punto de vista.

—¿Espera algún beneficio, Villa?

—Sí.

—¿Cuál?

—Que un hombre como usted pueda comprender por qué hice ciertas cosas.

—Lo que comprendí, Villa, es que usted es un hombre peligroso. Por miedo puede llegar a hacer cualquier cosa.

—Sé que por miedo puedo hacer cualquier cosa, pero no entiendo por qué eso me hace peligroso.

—¿Sabe, Villa? El miedo es paradójico, es la mejor metodología en algunos casos, pero al mismo tiempo

escapa a toda metodología. Un hombre con miedo es como una granada siempre a punto de estallar. ¿Sabe cuál es el problema? Cualquiera la puede activar. No, Villa, usted no sirve para mi metodología. Para mi metodología hasta es más útil Villalba.

—Permítame, coronel, ¿usted piensa así de mí por lo que hice con la chica?

—La chica es una más, no me interesa especialmente. Ni me importan los motivos que lo llevaron a hacer eso. Usted, Villa, ni siquiera despierta mi curiosidad. Por otra parte, esto recién empieza. Mi diferencia con esta gente es metodológica, pero el enemigo es común.

—¿Entonces no le sirve, coronel?

—Mire, Villa, esto si quiere lo puede guardar, quemar, tirar, hacer lo que quiera. Sólo tiene un interés personal, que es el suyo. Usted, Villa, no sirve para ningún puesto operativo. Yo lo desafectaría, ni siquiera le daría una tarea administrativa. Pero no se preocupe, me voy mañana y de esas cosas no me ocupo.

—¿No se lo quiere quedar, coronel?

—Ya le dije que no, ¿por qué me lo vuelve a preguntar?

—Porque no sé qué hacer con él. Antes lo tenía escondido, antes de entregárselo a usted tenía un sentido, ahora tiene otro. Es algo que me quema las manos.

—Tome, Villa, cargue con su propio engendro. Ni siquiera yo lo voy a aliviar. Lléveselo. Y lo relevo de la guardia, puede irse ya. No quisiera cuando salga a

saludar al personal tener que saludarlo a usted. Ahórrreme ese momento.

La carpeta era un peso enorme, tan enorme como el desprecio de Matienzo. No había tenido piedad, ni siquiera estaba indignado sino que no me quería tener ante sus ojos. Necesitaba volver a casa, llegar a los Olímpicos. Entrar a cualquier hora de la noche en Arsenal y sacar esa carpeta de la circulación. Yo tampoco la quería tener ante mis ojos porque ya bastante la tenía en la cabeza.

Como cualquier noche, cuando llegué a Arsenal estaban apostando:

—Te apuesto, Villa, a que López Rega está en España —me dijo Ibarra, el bufetero.

—Yo ya no apuesto más, Ibarra —le dije de manera resignada.

—El que no apuesta no puede ser socio de este club —me contestó con un tono de seriedad.

“Lo único que me falta es perder el cofre de Arsenal”, me dije. Dónde pongo la carpeta, dónde el caballo de Firpo, dónde esas dos medallas partidas al medio como mi vida, tuve ganas de preguntarle a Ibarra mientras me iba caminando hacia donde estaban los cofres con la llave que me había dado.

Dejé el engendro, como lo llamó Matienzo, y me sentí aliviado. Después de la humillación y del desprecio me embargaban la decepción y cierta sensación

de no entender qué me llenaba de resentimiento hacia Matienzo. Sin embargo, en ese mismo punto comenzó a surgir un sentimiento de odio hacia él, odio porque no había aceptado mi punto de vista. ¡Qué diferencia con Dossi! Pero él era un Olímpico. El coronel es un campesino y un campesino se aferra a la tierra y a las mismas costumbres que va adquiriendo día a día en esa rutina monótona. Un campesino tiene un solo punto de vista, me dije.

A medida que regresaba a mi casa los ojos se me iban llenando de lágrimas un poco por el viento, un poco por la impotencia, y la sensación de odio se iba apagando para dejar lugar a un profundo desmoronamiento. Qué iba a hacer ahora que la vida no me había dado otra oportunidad. La oportunidad que creí tener cuando cenamos esa noche con Matienzo. Tampoco se lo podía contar a mi mujer porque seguramente me reprocharía lo que había hecho y, hasta como había dicho, podía dejarme.

La Cuca Cuquilla había muerto y ya no podía encontrarla en alguno de los vagones cargados de girasol donde tirando los dados pudiera decirme algo de mi futuro. Tampoco estaba Cabrera corriendo en medio de la noche con el pecho lleno de medallas que iluminaran la oscuridad. Todo era negro, muy negro, y no sabía adónde ir.

Finalmente encontré un lugar. Sólo que no fue esa noche ni la siguiente. Pasaron semanas hasta que llegó al Ministerio alguien de la Marina para ser rápidamente desplazado por un comisario retirado y un poco más tarde por otro coronel, el Coronel Merano. Con él, Mussi, que seguía viviendo en la costa cerca del río en Olivos y le robaba la electricidad a la Residencia Presidencial, pudo realizar su sueño. Mussi era amigo de la infancia de Merano, y cuando éste entró al Ministerio para asumir la Dirección lo abrazó delante de todos y le dijo: "¿Qué tal, Pascual?" Porque Mussi era Pascual y no Pascualito, el campeón mundial. Y no le gustaba que la gente lo llamara Pascualito. Y Mussi realizó su sueño porque se transformó en el hombre de confianza de Merano. Dejó de ser chofer y pasó a estar en el despacho del coronel. Entonces me dijo: "Ves, Villa, ahora si quiero me vienen a buscar en coche a mi casa, y si Firpo viviera se tendría que disfrazar de chino y llevarme en *rickshaw*".

Pero el lugar no fue junto a Mussi. Lo encontré caminando, casi a la deriva, cuando ya creía que no había lugar en el mundo para mí.

Entré en ese paisaje tan familiar a la tía Elisa. En otros tiempos, la Chacarita era un paseo. Ahora se había convertido en un sitio lúgubre, casi sórdido que hasta solía inundarse. Y mientras caminaba iba recordando ese paseo de la infancia desde el cigarrillo de Gardel hasta las flores a la Madre María.

¿A quién buscaba? ¿A Marta Céspedes nacida en diciembre del '41? ¿Enterrada casi el mismo día de su cumpleaños en diciembre del '75? Llevada a la Chacarita por extraños. Marta Céspedes que era el nombre de Elena Espinel. Su tumba o su nicho podía estar vaya a saber en qué lugar de la Chacarita y vaya a saber si la habían llevado a ese cementerio.

Sin embargo, no dejaba de buscarla en un recorrido exhaustivo que iba relevando, como en un pequeño catastro, galerías de nichos donde mi memoria trataba de retener aquel nombre que me parecía posible. Desde la estadística más elemental: hay más hombres que mujeres enterrados, muere más gente entre los cuarenta y los cincuenta que entre los cincuenta y los sesenta. Iba construyendo mi pequeño mundo de conjeturas, tenía mi camino de tumbas donde buscaba un nombre en medio de las inscripciones familiares y un rostro en las fotos de las lápidas. Me pasaba horas en la Chacarita buscando la tumba de Marta Céspedes. La búsqueda se había transformado ya en una obligación ineludible. Había dado con algunas tumbas de mujeres de esa edad, o de edad aproximada, que habían muerto en diciembre del '75. No se me ocurría ir

a la Dirección de Cementerios a pedir una lista de los entierros de ese día porque temía levantar sospechas.

La posibilidad de encontrarla por ese nombre, por haber confiado en el chiste macabro de Mujica, se disolvió luego de pasados los primeros días de la búsqueda. Había, sin embargo, un nombre cuyos datos podían coincidir: Silvia Gutiérrez, 1943-1975, escrito sobre una cruz que todavía era de madera en el lugar donde el pasto había crecido hasta tapar casi la cruz y el nombre.

Sin flores, sin lápida, yacía Silvia Gutiérrez, en el ángulo izquierdo de una larga hilera de tumbas que miraba hacia la barrera de la Paternal, olvidada del mundo.

Nunca tuvo una visita durante todos los días que recorrí el cementerio y yo tampoco me decidí a pedirle al cuidador que encargara una lápida. Preferí esa hinchazón de la tierra casi escondida que sobresalía tímida pero implacable para decirme que ahí había un cuerpo que tenía un nombre.

Estuve tentado de ir a la Dirección de Cementerios y pedir algún dato de Silvia Gutiérrez, pero el miedo me detuvo. También busqué en la guía números de teléfono a los que nunca llamé. Finalmente qué me importaba quién era Silvia Gutiérrez a quien no necesitaba inventarle una vida sino arrebatársela. Arrebatarle la vida que pudiera tener para dársela a Elena, porque esa cruz y ese nombre eran sólo la excusa para que yo pudiera conversar o confesarme ante ella.

Entonces no dudé más y la elegí. La elegí para contarle lo que no había podido decirle aquella noche desde el momento en que oí su voz.

Lo primero que hice fue ponerle flores. Como un intruso comencé esa ceremonia despojada pero íntima en que uno va cortando los tallos, eligiendo la combinación de aromas y colores, tratando de recordar las flores que le gustaban. Y fueron camelias. Y no era fácil conseguir camelias en Buenos Aires, pero las busqué —como aquella vez en mi juventud cuando era mosca— ahora en una elegante florería de la calle Paraguay, cerca de la plantación. Y era como si las hubiera cortado de la plantación misma y hubieran crecido en ella, displicentes, elegantes, hasta casi indiferentes en esa suavidad y en ese sentimiento que da sentirse distintas a todas las flores.

Lo primero que le dije fue: “¡Qué suerte que no fue Otero el que te llevó hasta el cementerio! Hubiera sido una burla”. Y lo habría sido verdaderamente si uno se imaginara ese cortejo en que Otero y Villa marchasen juntos. Él, sin saber que vos eras la chica del pelo corto y teñido, aquella chica de la bicicleta, y yo, acompañando a una mujer que había estado en mi vida y que iba a seguir estando aunque estuviese muerta, y todo se parecía tanto a aquella vez que marchaba detrás de aquel cortejo en el Chaco mientras Musi y mi mujer iban en la ambulancia.

Hacía muchos años que habíamos dejado de vernos. Más de diez. Cuando oí tu voz me pareció un sue-

ño real, y me di cuenta de que no te había olvidado nunca.

Que no te viera no quiere decir que no supiera nada de vos. En los Olímpicos, tarde o temprano se termina sabiendo todo. Sabía que te habías casado con un jugador profesional. Y te digo, hasta me dio un poco de alegría, una alegría miserable, saber que te había ido mal en tu matrimonio. Fue un sentimiento que no pude evitar.

Adiviné cómo se había ido construyendo tu vida. Cuando el matrimonio empezó a fracasar, te inclinaste a dos cosas: al hijo que tuviste y a la militancia política. Siempre habías sido disidente y combativa. Esa fue la causa de nuestra primera separación. No eras como las otras. Te habías afiliado al Partido Comunista, estabas en la revista *Vuelo* de Avellaneda. Era una revista de poesía política revolucionaria, y parecías exótica respecto a cualquiera de las chicas que iban a bailar a Crámer o al Automóvil Club. En el fondo siempre seguías siendo peronista por herencia de tu padre. Por eso nunca llegué a entender cómo entraste a la escuela en aquella huelga de estudiantes.

Fui siguiendo tu vida a través de las apuestas de los Olímpicos. Vos sabés que en Arsenal apuestan hasta la cabeza de uno y, un día, va no me acuerdo quién, me dijo: “Te apuesto a que la que era tu novia se hizo mon-tonera”. Y yo seguí de largo como quien no hubiera oído nada, pero lo oí.

La tía Elisa, que siempre te siguió queriendo, me dijo un día: “Elena tiene un puesto muy importante

en el sindicato petrolero. Es una sindicalista conocida". Y yo le contesté lo que siempre le había contestado a la tía Elisa: "Yo de política no sé nada". Y, ¿acaso me equivocaba?, ¿acaso mentía? ¿No estás más segura ahora tapada con ese montoncito de tierra, sin sentir nada, ni frío, ni miedo, ni incertidumbre? Y lo que es mejor, sin sentir el colapso. Porque algún día, después que termine de contarte qué paso aquella noche, te voy a contar lo que es un colapso interior y espero que, a diferencia de mi mujer, me puedas entender.

En estos doce años hubo alguna posibilidad de volver a encontrarnos. Sé que fuiste a visitar a la tía Elisa al menos dos veces, que fueron las que me contó, todavía no me había casado y vos estabas separada, y sé que ella te dijo algo de la posibilidad de volver a encontrarnos. Ya entonces creo que no me hubiera atrevido. Primero, me avergonzaba y me daba miedo tu carrera política; segundo, no sé si eras la mujer adecuada para un médico. Eso por mi parte. Por la tuya, pensé que me despreciarías por el rumbo que había tomado mi vida. Y ése era un punto en el que nunca hubieras claudicado.

También me enteré de la muerte de tu padre, como antes me enteré del accidente que había sufrido por el que debieron cortarle la pierna en el Fiorito. Ahí también tuve sentimientos encontrados: por un lado me hubiera gustado estar como médico en ese hospital de mis guardias y haberlo salvado, y por otro, me daba vergüenza que él hubiera ingresado en estado de ebriedad.

Como ves, estaba al tanto de tu vida. Mi última esperanza de un reencuentro fue cuando la tía Elisa te avisó que me recibía de médico. Y el día de la jura esperé que surgieras de entre la gente para poder entregarte el diploma. Hasta me demoraba en ir caminando hacia el estrado, esperando esa presencia tuya que no llegó nunca.

Creo que fue la última vez que te esperé. Después casi no tuve noticias tuyas. Algunos decían que habías pasado a la clandestinidad. Tía Elisa rechazaba esos rumores que consideraba infundios, y hasta me daba una dirección en Bernal a la que te habrías mudado, aunque yo nunca me animé a ir.

Desde ese momento no supe más de vos hasta aquel día en la calle Ugarte. De aquella noche hay cosas que se borraron con la misma precisión con que otras permanecen. Por ejemplo, lo que me contó Mujica de tu borceguí. Después, el olor que había en esa pieza que todavía retorna por momentos sin que yo pueda saber de dónde viene.

No te reconocí con el pelo corto y teñido y vestida de soldadito. Además, cómo me iba a imaginar que ibas a estar ahí. Igual que Matienzo. Cómo iba a adivinar que lo iba a reencontrar en el Ministerio después de tantos años. ¿Te acordás de Matienzo, aquel teniente de Comunicaciones que no te sacaba los ojos de encima?

Hay un antes y un después de oírte la voz. Antes, te odiaba porque tu presencia hacía que yo tuviera que estar ahí. Odiaba tu existencia desconocida. Que vos

existieses hacía que yo tuviese que estar ahí cumpliendo las órdenes de Mujica y Cummins.

Después de oírte la voz comencé a actuar como un autómatas, incluso cuando tomé la media medalla. Y hasta más tarde, cuando te acompañaba en silencio y sabía que estabas ahí sola, muerta, y recordando que siempre habías tenido miedo de dormir sola.

No sé por qué hice lo que hice. Todos los pensamientos surgieron después. Ahora podría empezar a darte algunas razones. La primera es de índole absolutamente personal. Es egoísta: fue por miedo a que me comprometieras, que Mujica y Cummins averiguaran y pudieran relacionarte conmigo. Lo que de hecho me hubiera convertido a sus ojos en un infiltrado. Por lo tanto, me iban a vincular con el atentado. Yo desde mi lugar en el Ministerio podría haber dado la información y la logística necesaria para que pudieran operar. No me olvidaba de que en la oficina todos, y especialmente Villalba, te conocían. Hubiera sido fácil relacionarnos, en seguida hubieran inferido lo que yo inferí. No sé si eso era cerrarte la boca, pero me daba un respiro. Y yo siempre he necesitado respiros, como si mi vida hubiera sido el intervalo entre un respiro y otro. Como cuando corría con Cabrera. Entonces tenía que esperar la noche, ese minuto para vivir la vida, y la vida era algo que se aspiraba de golpe, como una bocanada de aire.

Cuando te digo que no te reconocí tengo el mismo sentimiento que tuve cuando te vi avanzar por el

muelle en Corrientes y te habías cortado y teñido el pelo. Era un sentimiento de enojo pero también de indiferencia, como si me dijera: esa mujer no tiene nada que ver conmigo. Como si hubiese sido la fotografía de una extraña, por eso no quise ninguna foto hasta que no te vi crecer el pelo. Si eras una desconocida no me importaba nada de lo que te pudiera pasar.

Más tarde pensé que había sido un sentimiento altruista, que te había escuchado verdaderamente y que lo había hecho para salvarte, lo cual me daba valor, otro valor ante tus ojos y ante mí. Te había salvado y me había salvado, como quien dice maté dos pájaros de un tiro.

Quiero decirte que todas estas cosas contradictorias entre sí son, a su manera, verdaderas. Más por el momento no puedo decirte. Tampoco puedo pedirte perdón porque creo en esas mismas cosas que te cuento.

Respecto a lo que pasó después, nada tengo que ver. No hubiera podido evitarlo. Por otro lado pensé que lo mejor era que no siguieran dañando tu cuerpo. Casi hasta preferí que estuvieras en un lugar, enterrada como todos, aunque fuera bajo otro nombre. Después de mi primera visita, te confieso que hasta estuve a punto de hablar con tu familia y decirle que estabas aquí, Elena Espinel, Marta Céspedes, bajo el nombre de Silvia Gutiérrez. Lo de las flores fue un chiste macabro de Mujica, creo que yo en ese momento ya estaba bajo los efectos del colapso. ¿Por qué no te acompañé al sepelio? Porque no hubiera servido de

nada y porque tenía miedo. Es verdad que hoy sabría con más certeza dónde estás, pero tengo la seguridad de que estás ahí y me estás escuchando.

Lo del nombre no fue idea mía. Quizás algo del destino intervino porque Marta fue tu segundo nombre aunque lo rechazaras porque no te gustaba. La foto que pusieron en el documento no la vi nunca.

No sé, Elena, si hubo oficio religioso. A la hora en que calculé que era tu entierro, recé. Después puse *La danza del fuego* de Falla para verte como te imaginabas el día de tu muerte. Faltaban las camelias blancas, las traje después. Ahora.

Sé que nunca más, o sólo muerto, voy a volver a atravesar esta puerta. Me hubiera gustado conocerte cuando todavía era el mosca de Sívori, entonces yo era alguien que prometía. Siempre te divertía mucho mi historia de mosca, y me pedías que te la contara una vez más.

Ahora me voy a dar vuelta y te voy a dar la espalda, como les doy la espalda a todas las cosas que me duelen y que quiero ignorar. Hasta hoy me ha dado resultado. Por eso me despido, porque después voy a arrancar derecho hasta la puerta sin mirar para atrás. Como cuando nos peleábamos, solo que entonces siempre alguno de los dos volvía.

Apenas habían pasado dos semanas de mi visita al cementerio, cuando volví a oír aquella voz familiar. Estaba en el living y Estela Sayago andaba por algún lugar de la casa.

—¿Qué tal, Villa? ¡Tanto tiempo! —era la voz de Cummins, no podía ser otra.

—¿Cummins? ¿Es usted? —le pregunté para asegurarme de que no estaba soñando.

—Sí, Villa, parece sorprendido. ¿O creía que me había muerto y estás hablando con un fantasma?

—No, Cummins, su voz es inconfundible —le respondí.

—Creo recordar que antes me llamaba señor Cummins. Pero está bien, Villa, no se disculpe. El mundo ha cambiado.

—¿Dónde está?

—Antes también era yo el que hacía las preguntas. Pero no se equivoque, Villa, los caminos que conducen al Señor son infinitos. Sólo quería adelantarle la novedad que va a haber en su vida: lo trasladarán a Resistencia.

—¿A Resistencia? —lo interrumpí desconcertado.
—¿Sí? ¿Y sabe qué casualidad? Con Mujica estamos trabajando en esa zona.

—¿Para quién trabajan?

—Para el Gobierno. Nosotros siempre trabajamos para el Gobierno.

—¿Y yo qué tengo que ver? Soy médico.

—Sí, tengo bien presente que es médico, sobre todo por aquella intervención feliz en la calle... Bueno, siempre dije que no hay que dar nombres.

—¿Pero a mí por qué me trasladan? —dije, volviendo a ese tiempo pasado en que yo le preguntaba a Cummins cuando sentía que mi vida estaba en sus manos.

—Por la descentralización. Pero entre nosotros, Villa, Mujica y yo hicimos un pequeño esfuerzo para que lo trasladen. Lo queremos cerca. Nos va a ser útil.

—¿Para qué? No le he contado nada a nadie.

—¿Seguro, Villa?

—Hablar hubiera sido condenarme a mí mismo.

—Con eso no me dice nada, Villa, uno a veces busca condenarse a sí mismo. A propósito, nos llegaron rumores de que estaba escribiendo un informe.

Me quedé callado. Me pregunté si Matienzo habría hablado con ellos aunque no me parecía posible. Podrían haber grabado la conversación con el coronel, o bien Matienzo había hablado con alguien del asunto que, por alguna razón, se lo había contado a Cummins o a Mujica. O quizá ya desde antes sabían o sospechaban que yo estuviera haciendo un informe, lo cual no

necesariamente implicaba que supieran que yo se lo había entregado a Matienzo. Por suerte, no lo había quemado. Si no, ¿cómo me creerían?

—Sí, escribí un informe que tengo guardado. Ni siquiera mi mujer lo conoce. Una catarsis.

—Me alegro de que no me haya mentido, Villa, pero me gustaría leer su catarsis. ¿Todavía la conserva?

—Sí, señor.

—Entonces, Villa, traiga el informe con usted cuando venga a Resistencia. Siempre he sido un lector curioso —agregó Cummins irónicamente.

—¿Y eso en cuánto tiempo será?

—Usted sabe cómo es la administración pública, siempre se demora. Pero en este caso va a ser rápido. Volando.

Cummins se burlaba de mí.

—Necesito un poco de tiempo, arreglar mis cosas, decirle a mi mujer.

—Se va a poner contenta de volver a su provincia. También está arreglado el traslado de ella. Sabemos que tiene muchos conocidos en la Marina. ¿Sabe? Ahora cambiamos de elemento.

—¿Qué quiere decir?

—Que ya no estamos en tierra, Villa, tampoco en el aire. Ahora estamos en el agua. Trabajamos para la Marina.

—Cummins, ¿usted me habla desde el Chaco?

—Sí, desde el medio de la selva. No, Villa, estoy en Buenos Aires, tuve que venir a arreglar algunas

cosas y tomo un avión de vuelta en una hora, pero no quería dejar de darle la noticia yo mismo. Pronto nos vemos en Resistencia. ¡Ah! Le manda saludos Mujica.

Cuando Cummins cortó la comunicación sentí nuevamente que el mundo se derrumbaba. La única idea fija era ir hasta Arsenal para buscar el informe y quemar todo lo referido a la calle Ugarte, o al menos borrar los nombres de Cummins y Mujica. No sabía cómo iba a poder rehacer "el engendro", como lo había llamado el coronel, pero sentía que de nuevo me invadía esa sensación que presagiaba lo que llamaba mi colapso interior. Tenía miedo.

Mi mujer había oído sonar el teléfono pero estaba en el jardín y cuando arreglaba los rosales por nada del mundo dejaba lo que estaba haciendo. Sin embargo, me vio por la ventana hablar por teléfono y cuando entró me preguntó con quién había hablado.

—Con Cummins —le dije.

Ella se quedó un instante desconcertada. Tenía las manos sucias de tierra y también algunas gotas de sangre porque se había pinchado con una espina de los rosales. Aunque no quise pensar en eso, me parecieron todos signos de mal augurio.

—¿Que quería? —preguntó ella como desconociendo que no había hablado con cualquiera sino con Cummins.

—Darle una noticia.

—¿Qué noticia?

—Nos trasladan a Resistencia.

Los ojos le brillaron y yo no sabía si era de asombro o de alegría o de las dos cosas al mismo tiempo.

—¿A mí también? ¿Y por qué?

—Órdenes superiores, ahora trabajan para los Servicios de la Marina. Me dijo que te ibas a poner contenta y no se equivocó. También me dijo que eras conocida entre la gente de la Marina.

—Nunca te oculté ninguna de las dos cosas. Vos sabías que una vez que tuviera terminada la carrera me gustaría volver al interior y también te dije que cuando trabajé en el hospital de Ezeiza conocí a personal naval. ¿Qué pensás hacer?

—No sé.

—Preguntále a Villalba a ver qué opina.

—Él ya lo debe saber y no me comunicó nada. Hace meses que no tiene una conversación personal conmigo.

La miré a los ojos, algo había cambiado en su rostro. Nunca le había preguntado quién era el "personal naval", como lo llamaba ella de manera impersonal, ni cómo lo había conocido. No sabía casi nada del pasado de la mujer con la que me había casado. Tampoco nunca quise o necesité preguntárselo. Me bastaba con tomarme de su mano.

—En la provincia estaremos más seguros —me dijo como si fuese una decisión tomada y como sellando un pacto entre nosotros.

—Parece que Cummins y Mujica sirven para unirnos —le dije a manera de reproche, no tanto dirigido a ella como a mí mismo.

—Hay personas a las que la adversidad las une.

—Nosotros somos esa clase de personas.

—Probablemente, Villa, y si fuera así, ¿qué tendría de malo?

Cuando le pedí a la secretaria una entrevista con Villalba y me la concedió, supe que él ya sabía lo del traslado. Me recibió en su despacho. Ya era un hombre de confianza del coronel Merano.

—Se me adelantó, Villa, por primera vez después de tantos años, se me adelantó. Yo estaba por llamarlo. Tenía que hablar con usted. Últimamente casi no hemos conversado. Es que hay tanto trabajo... Uno no termina de explicarle a un director el funcionamiento, que ya viene otro. Y la cosa vuelve a empezar. ¡Menos mal que conozco de memoria todos los mecanismos de esta Dirección! ¿Pero qué le estoy contando? ¡Si usted es uno de los nuestros!

—¿Y por qué me trasladan?

—¿Cómo se enteró, Villa?

—Uno siempre se entera de esas cosas.

—Tiene razón. Pero en este caso debe haber tenido una ayudita. Seguro que fueron Cummins y Mujica que están trabajando allá. Hacen bien, hay que trabajar toda esa frontera con el Paraguay: Chaco, Corrien-

tes, Formosa. La selva es un caldo de cultivo para la subversión.

—Señor, no respondió a mi pregunta. Soy un funcionario de carrera.

—Mire, Villa. Se va a organizar una red sanitaria. Van a mandar aviones helicópteros. Prefieren una persona con experiencia y antecedentes. Su foja de servicios dice que usted la tiene.

O Villalba mentía y yo iba para otra cosa, iba para “ayudar” a Cummins y a Mujica, o decía la verdad y nunca había hablado con el coronel que opinaba todo lo contrario.

—¿O sea, Villalba, que usted cree que yo soy la persona?

—Absolutamente. Se formó a mi lado. Aunque nunca fui médico, soy un poco el director moral de la Dirección.

Villalba me quería sacar de encima. O el poder que tenían Cummins y Mujica era más grande que el que yo suponía.

—¿Cuándo me trasladan?

—Los trasladan, Villa, porque su mujer va con usted. Lamento mucho perderla, es la mejor enfermera de a bordo. Pero usted la va a necesitar a su lado. Imagínese si yo no hubiese sugerido que la trasladasen a ella también. ¿Qué hubiera hecho allá usted solo?

—Se lo agradezco, señor.

—Yo ya firmé la resolución y la elevé. En dos días baja de la Privada. En una semana puede empezar a

pensar en irse. Supongo que levantar una casa lleva tiempo. ¿La va alquilar o la va a vender?

—Todavía no lo sé.

—Mejor, Villa, para eso hay que tomarse tiempo, es la casa de uno. Quizá lo mejor es que la deje cerrada. Quién le dice que en unos meses lo tenemos de vuelta por acá. Vio cómo todo esto cambia de un momento para otro. Ni yo sé dónde estoy a veces.

—¿Allá voy a tener casa?

—Sí, la de la Delegación. Usted la conoce, es cómoda, por lo menos hasta que se pueda ubicar. Sabe que por estar en comisión en el interior, por estar lejos del domicilio, cobran un suplemento. No es mucho, pero ayuda. Por otro lado, sería bueno que empezara a pensar en poner consultorio.

—Es lo mismo que me dice mi mujer.

—Ya le dije, Villa, personalmente voy a lamentar mucho no tenerla más a Estela entre nosotros. Pero no lo detengo más, vaya a llamarla por teléfono, deben tener muchos planes que hacer juntos. Uno no se va así nomás, de un día para el otro, de donde vivió tanto tiempo.

Salí del despacho de Villalba pensando algo que nunca había pensado antes. Me preguntaba si mi mujer, alguna vez, había sido la amante de Villalba. Tenían una manera de hablar uno del otro que hacía suponer una complicidad secreta.

Mi mujer opinaba lo mismo que Villalba: en los tiempos que corrían, lo mejor era cerrar la casa. Me imaginé que nos íbamos al límite con Paraguay, cerca de la plantación de los Piccardo. La casa era alta y desde la ventana recorría con la mirada toda esa extensión que me pertenecía hasta que al amanecer, cuando el calor todavía no apretaba, salía a caballo por la plantación dispuesto a ejercer un poder desconocido.

Llegó el traslado y me transformé en el delegado interventor de la Delegación de Salud del Chaco. Mi lugar de destino sería Resistencia. Ya Estela les había escrito a sus familiares que nos estaban esperando. “Están contando los días”, me dijo. Ella tenía sus planes para el futuro, hasta debería estar pensando en tener un hijo. Yo sólo pensaba en Cummins y Mujica. Mi destino seguía unido a ellos. Seguramente en medio de la noche y desde el medio de la selva volverían a llamarme para requerir mis servicios. Todo decía que íbamos a volver a “trabajar” juntos.

Fui hasta Arsenal y me encargué durante días de limpiar el informe. Mujica y Cummins ya no figuraban en él. Borré el episodio de la calle Ugarte, también el de la calle Ombú. De este modo parecía una catarsis. Después ya habría un respiro para explicar el resto.

Por un instante uní aquellos otros dos nombres que hacían un corazón partido. Después volví a guardar las cosas en el cofre, menos la carpeta, y me dije: “No tie-

ne sentido llevarlas conmigo, son cosas del pasado. Ya veré algún día lo que hago con ellas”.

Cuando me enteré de que me iba en unos días se me puso una idea fija en la cabeza: despedirme del Polaco.

No era fácil encontrarlo, lo busqué por el corazón de Avellaneda. Nadie sabía de él, como si hubiese desaparecido. Desconsolado, me senté en la plaza de Avellaneda a contemplar a las hijas del marmolero. Ahí por primera vez me había contado el chiste de las dos mujeres de formas opulentas y perfectas, de un color blanco que conmovía hasta la carne, y que eran el sueño de nuestra iniciación sexual. Y allí el Polaco me había dicho: “No existen de verdad, son las estatuas que están en la plaza”.

Las miré y las vi menos opulentas, menos blancas, menos perfectas. El tiempo había pasado. Lo busqué en la sede de Racing, donde por primera vez lo vi trabajar de mosca. En el Automóvil, donde fue el primer baile, en La super, donde jugábamos al billar. Nadie sabía nada del Polaco.

Hasta que fui al café Mar del Plata, frente a la sede de la revista *Vuelo*, donde muchas veces había tomado café con Elena y también con el Polaco. El mozo, que seguía siendo el mismo, me dijo que el Polaco se había casado y se había ido a vivir a Devoto, ahí se puso una pequeña fábrica.

Quedaba poco tiempo. Cuando llegué a la fábrica estaba cerrada. Pregunté a los vecinos, pero nadie sabía

dónde vivía. Le dejé una nota debajo de la puerta diciéndole que al otro día me iba en el Chevalier de las diez de la noche a Resistencia.

Al día siguiente el Polaco no estaba en la Terminal. Ya me había despedido del corazón de Avellaneda, y los Olímpicos habían quedado atrás. Sin medallas, sin Cabrera y a la luz del día, las casas no eran casas de juguete sino viviendas modestas, y el Policlínico se volvía insignificante.

Estela se ocupaba de los trámites y de los equipajes. Acabábamos de despedir el auto del Ministerio que Villalba había puesto a nuestra disposición. La miré a los ojos, estaba feliz, siempre había querido volverse al Chaco.

Yo todavía esperaba ver aparecer la sombra del Polaco, como en aquellos tiempos de mosca cuando caminaba desde la barra hasta la mesa donde se jugaba póquer fuerte.

Por los altoparlantes preguntaron por el doctor Villa y tuve la última esperanza. Me sorprendí cuando en las oficinas de la compañía me esperaba Villalba. Venía a despedirse. Caminamos hacia donde estaba Estela. Me pregunté por quién habría venido, si por mí o por ella. La miró a los ojos y le dijo:

—No quería dejar de despedirme, Estela. Fueron muchos años.

—El traslado no es definitivo, Villalba. Por otra parte, no va a faltar nunca un avión que vaya y otro que vuelva. Resistencia está apenas a unas horas de vuelo.

-Es verdad, usted siempre tan razonable, Estela. Pero hay que ver si el mosca Villa la deja volar sola.

-¿Qué es eso de mosca? -preguntó Estela.

-En el viaje va a haber suficiente tiempo para que Villa le cuente. Apúrense, el micro ya se va, están subiendo todos.

Nos despedimos. Como otras veces, no pude hablar, aunque me hubiera gustado interrumpir el diálogo entre los dos.

Mientras el micro empezaba a salir lentamente de la Terminal, mi mujer, entre intrigada e indiferente porque ya no veía la hora de irse, me preguntó:

-¿Qué es esa historia del mosca?

-Otro día te la cuento -le dije sabiendo que le mentía y que nunca se la iba a contar.

ESTA EDICIÓN DE 2.500 EJEMPLARES DE *VILLA*,
SE TERMINÓ DE IMPRIMIR
EN COSMOS OFFSET S.R.L.,
CORONEL GARCÍA 442, AVELLANEDA,
EL 6 DE FEBRERO DE 2006

